RAMÓN GONZÁLEZ FÉRRIZ

LOS AÑOS PELIGROSOS

POR QUÉ LA POLÍTICA SE HA VUELTO RADICAL



DEBATE

Los años peligrosos

Por qué la política se ha vuelto radical

RAMÓN GONZÁLEZ FÉRRIZ

DEBATE

Para Mateo

Introducción
La democracia volátil

Tras la crisis financiera de 2008, que devastó países enteros y se llevó por delante las expectativas de millones de personas, se produjo una gran crisis política. Empezó con protestas de distinto signo que, poco a poco, fueron permeando los medios de comunicación, las ideologías mayoritarias, los sistemas de partidos y las instituciones. Esa crisis, que subsiste hasta hoy, ha ido mutando con gran rapidez. Comenzó como una insurgencia contra el sistema económico y derivó en una gran lucha acerca de las identidades. En España, en la izquierda apareció Podemos, en la derecha Vox, y estalló el *procés*. Pero esos cambios formaron parte de algo más amplio que sucedió en toda Europa y en Estados Unidos. Fueron quince años particularmente volátiles en los que la democracia cambió más de lo habitual. Años en los que las ideas radicales se fueron apoderando de nuestra imaginación.

Casi nada de lo que ocurrió en ese tiempo fue del todo nuevo. No lo fueron el radicalismo de izquierdas ni el de derechas, ni la denuncia sistemática de unas élites consideradas corruptas e ineficaces, ni el hábil uso de los medios de comunicación para generar y consolidar nuevos liderazgos, ni la política puramente teatral y performativa, ni las apelaciones de determinados grupos a su identidad. Con todo, esa forma de política ha ido ocupando cada vez más espacio en el debate público y en nuestras instituciones. A veces su contenido ha sido intrascendente, meros gestos para llamar la atención. Pero hemos ido asumiendo como algo normal que la política y los

debates en torno a ella generen mucho ruido y una agresividad inducida. Sin embargo, esa no ha sido su única consecuencia. Ha tenido efectos mucho más peligrosos: algunas sociedades se han partido por la mitad, surgieron planes que han socavado seriamente la democracia liberal, y debates importantes sobre el feminismo, el patriotismo, la libertad de expresión, la ciencia o el funcionamiento de la economía se han convertido en simples peleas grupales.

En este libro abordo muchas de las razones que provocaron ese cambio político. Algunas son muy evidentes. En primer lugar, como bien sabemos ahora, la crisis económica fue brutal y suscitó un resentimiento genuino y justificado contra las élites políticas, financieras e intelectuales que en cierto modo fueron responsables de ella, bien por sus acciones, bien por su incapacidad para comprender los excesos del sistema. En segundo lugar, en esa época cambió profundamente el mercado de las ideas, la forma en que las élites políticas e intelectuales las generan y difunden, así como la manera en que la sociedad las consume. Como se ha repetido con frecuencia, esto se debió en buena medida a la aparición casi simultánea de las redes sociales y los teléfonos inteligentes, pero esa no fue ni mucho menos su única causa. Los medios de comunicación escritos se acercaron peligrosamente a la quiebra de su modelo de negocio, las televisiones se politizaron mucho y la figura del intelectual tradicional entró en declive. La política y el *infotainment* —la mezcla de información con entretenimiento— lo impregnaron todo y, al hacerlo, apresuraron la transformación de las ideas políticas, la rectificación constante de los mensajes, la improvisación de las promesas, la espectacularización de las propuestas y la aceleración de los ciclos. En tercer lugar, no solo los medios vieron en la polarización y el *infotainment* una manera de ser más relevantes y mejorar sus perspectivas de negocio: los líderes de casi todos

los partidos políticos, y con ellos los pensadores y los asesores de comunicación que les surtían de ideas y argumentarios, se dieron cuenta de que este clima, dominado por el sectarismo y la velocidad, podía ser electoralmente propicio para sus formaciones.

Existe, con todo, una razón aún más compleja y sutil del auge de esta política, más allá del descrédito de las élites, los cambios en el mercado de las ideas y el uso de la polarización como arma electoral. Desde principios de la década de 2010 se generalizó la sensación de que las viejas ideologías que habían regido Occidente tras la Segunda Guerra Mundial, la socialdemocracia a la izquierda y la democracia cristiana a la derecha, estaban acabadas. Que ambos sistemas de ideas habían dejado de ser válidos porque la sociedad se había transformado, porque las finanzas habían ocupado un espacio desproporcionado en el funcionamiento de las economías y porque la tecnología había cambiado las relaciones humanas y la jerarquía de las prioridades. Pero la crisis económica no era la única causa de muerte. También se impuso, al menos de manera transitoria, la noción de que los partidos que respondían a esos dos grandes relatos ideológicos eran burocracias inoperantes para los nuevos tiempos, que eran necesarias formaciones políticas distintas, adaptadas al entorno informativo actual. Se dio por sentado que el momento de esas dos formas de entender la sociedad y la democracia había terminado, y que el gran pacto económico que estas habían establecido durante décadas —llamado «neoliberal», pero que en Europa era un sistema mucho más desconocido, como explico en el primer capítulo— también estaba muerto. O incluso peor: era un zombi. Había que replantear la manera en que entendíamos la política y las ideologías. Y había que hacerlo con ideas más radicales.

Los años peligrosos trata, en concreto, de cómo, tras el

descrédito de las élites tradicionales, se inició un aparatoso combate para reemplazarlas por unas nuevas; cómo tras la aparente muerte de las viejas ideas se inició una fiera competición para sustituirlas por otras. Los actores son conocidos: el Tea Party y el 15M; en España, Podemos, Vox, el *procés* y el fracaso de los proyectos centristas; el Brexit y Trump, Alternativa por Alemania y Hermanos de Italia; Syriza, el giro izquierdista del laborismo británico y el giro *woke* de una parte de la izquierda estadounidense; el auge del nacionalismo autoritario y del pensamiento sobre la crisis climática; la sensación de pánico ante la muerte del liberalismo y la búsqueda tentativa de nuevos consensos.

Las ideas que abordo en este ensayo dominaron el debate político en el periodo que va desde el estallido de la crisis económica y el surgimiento de los primeros insurgentes de izquierdas y de derechas hasta los años posteriores a la pandemia y la invasión de Ucrania. Aunque su estructura es cronológica, no es propiamente una crónica: los acontecimientos que sucedieron entonces son bien conocidos, y lo que he querido aquí es reconstruir sus profundas motivaciones ideológicas, incluso psicológicas. Para ello, he contado también unas cuantas historias que ilustran la época, desde unas lágrimas de Angela Merkel hasta el éxito de los fundadores de *The Huffington Post*, los cambios de opinión de Íñigo Errejón o los impuestos a los fogones de gas en Florida. Y he intentado hacerlo con una relativa ecuanimidad: si bien mis posiciones políticas están más cerca de las grandes ideologías que se dieron por muertas que de las nuevas corrientes que trataron de romper los consensos, cuando los planteamientos radicales se consideran con la mayor imparcialidad posible, se entiende su capacidad de seducción e, incluso, su carácter adictivo. He tratado de comprender sus razones de fondo y explicar cómo unas ideologías se relacionaron con otras, cómo

ciertos extremos generaron un extremismo aún mayor en el otro lado y, sobre todo, cómo todas esas nociones se transformaron con una enorme rapidez y pasaron de la calle a las cámaras legislativas, de libros casi olvidados a los mítines de los líderes políticos. Si en el primer programa electoral de Podemos, presentado en 2014, no aparecía la palabra «feminismo», en apenas tres o cuatro años el partido se convirtió, esencialmente, en una formación feminista; si entre las principales reivindicaciones del Tea Party estaban la disminución del gasto público y que el Gobierno no interfiriera en la vida económica de los ciudadanos, cuando Trump se puso al frente del Partido Republicano, este se había erigido en el protector de las clases trabajadoras blancas; si Vox nació en 2013 como el partido de la unidad de España y los impuestos bajos, pronto mezcló ese mensaje con la defensa de la civilización cristiana y teorías sobre el papel de Georges Soros en el feminismo y la financiación del islam; si el movimiento *woke* surgió en grupos políticos minoritarios y marginados, y luego pasó a las facultades de humanidades y ciencias sociales de las universidades de élite estadounidenses, acabó siendo reciclado por cierta élite intelectual global e influyendo en la élite empresarial.

Durante estos quince años, dos rasgos han dominado la política. Una vez más, ninguno es del todo nuevo, pero ambos han cobrado un nuevo impulso. En primer lugar, casi todos los insurgentes que han logrado posiciones de poder han hablado en nombre de la gente normal: la batalla dialéctica dominante ha sido la del pueblo contra las élites. Sin embargo, como en tantas otras ocasiones, quienes se arrogaban la representación del pueblo solían proceder de la clase media y media-alta, cuando no de la muy alta. De hecho, aunque hubiera razones objetivas para que se produjera una transformación radical en nuestro paisaje ideológico, los insurgentes plantearon como un

enfrentamiento social lo que en parte eran sus expectativas personales de formar parte de la élite. En general, quienes hablaban en nombre del pueblo querían monopolizar su representación.

En segundo lugar, si las democracias liberales habían dado por sentado que las clases medias eran esencialmente moderadas, en estos años fueron estas las que se radicalizaron, las que quisieron subvertir el sistema que, según ellas, ya no las representaba y en el que habían dejado de confiar, y las que experimentaron una profunda repolitización. La sociedad nunca había estado anestesiada, como señalaron muchos líderes insurgentes que se sentían en la obligación de despertar a los demás de su indiferencia. Había actuado, simplemente, de manera racional. Mientras las cosas iban más o menos bien, se desentendía de la política y dejaba, con cierta confianza, que las instituciones, los partidos y los medios de comunicación hicieran su trabajo. Cuando esa confianza se vino abajo, se pensó que la repolitización ayudaría a reconstruirla: serviría para renovar ideas, cambiar liderazgos, transformar compromisos. Sin embargo, aunque la sociedad sí se repolitizó, las consecuencias no fueron las esperadas: no sirvió para que la política fuera mejor, más eficaz, más justa y, en muchos casos, ni siquiera más representativa. Es una paradoja difícil de digerir para un demócrata, pero fue uno de los descubrimientos genuinos de estos años peligrosos: aunque en teoría la democracia es un sistema que sirve para encauzar las pasiones políticas, esta, y el entorno mediático que la rodea, han servido para lo contrario, para exaltarlas y descontrolarlas.

Durante este tiempo he trabajado como periodista y he escrito o editado incontables textos sobre los temas que trato aquí. Es probable que muchas veces, en su momento, solo entendiera a medias lo que estaba pasando: no sé si siempre supe reconocer la trascendencia histórica de la llegada al poder

de Trump, el inicio del *procés*, la salida de Reino Unido de la Unión Europea, el regreso de un partido de extrema derecha al Parlamento alemán, la llegada de dos millones de refugiados a Europa, el auge de la cultura *woke* o el choque entre las viejas y las nuevas derechas. Más bien, ante la intensidad con la que los medios de comunicación respondieron a esos y otros fenómenos —una excitación que, a su vez, contribuyó a exacerbarlos y agravarlos—, intenté interpretarlos con el mayor escepticismo posible. Aun así, la sensación de inquietud fue constante y, en ocasiones, pareció que el edificio institucional de las democracias cedía ante unos acontecimientos que siempre han ido en la misma dirección: el socavamiento del pluralismo liberal y los valores asociados a la tolerancia. Han sido años muy inestables, en los que todo cambiaba y parecía que casi siempre lo hacía, al menos en términos políticos, a peor. Mi escepticismo de entonces no estaba fuera de lugar, pero hoy sabemos mucho más.

Ahora parece que ese periodo de increíble volatilidad está cambiando. Es posible que sea porque muchas de las ideas que rompieron el consenso ya forman parte de él. O porque los insurgentes pertenecen al *establishment* y resultan tan previsibles como sus predecesores. O, simplemente, porque, en los países ricos, nos hemos cansado de experimentos. En la década de 2010, la llegada al poder de personajes autoritarios, caprichosos y radicales parecía una maldición ineludible. En el momento en que escribo, los presidentes y los primeros ministros de la mayoría de los países occidentales son políticos convencionales y más o menos centristas, aunque el peso de los últimos quince años haya obligado a algunos a pactar con los radicales surgidos entonces. Sea como sea, esta me parecía una buena ocasión para reconstruir las ideas que dominaron ese periodo. En parte, también, porque ya está claro que muchas de las cosas sobre las que hablamos entonces eran menos

relevantes de lo que creíamos. Por eso, no voy a recurrir a términos que se han vuelto habituales para explicar procesos políticos complejos: no voy a hablar de *fake news* ni mucho menos de «posverdad», voy a mencionar poco el término «populismo» y no voy a identificar el auge de la derecha radical con los «perdedores de la globalización».

Mi tesis es que, tras años de constantes cambios y el auge de insurgencias de todo tipo que han cuestionado las ideas que conformaron las democracias desde la posguerra mundial, quizá esté surgiendo un nuevo panorama político. Es imposible que sea igual al anterior: ha transcurrido demasiado tiempo, han sucedido demasiadas cosas, y nos hemos vuelto demasiado adictos a la política teatral, las disputas identitarias, las ideas extremistas y la visión de los enfrentamientos ideológicos en términos casi apocalípticos. La izquierda y la derecha actuales son distintas, y tienen rasgos más radicales que hace tan solo veinte años. A su vez, es posible que, tras esta década y media de radicalismo, peligros, volatilidad y acontecimientos turbadores, se hayan despejado muchas incógnitas sobre cómo serán las ideologías dominantes en el futuro inmediato. Sin duda, incluirán muchas de las ideas que aparecieron en esta época o, en cierto sentido, estarán dominadas por ellas. Es esta conclusión, no muy esperanzadora para quienes somos liberales centristas, lo que explico al final del libro. Por ahora veamos, en el primer capítulo, qué había antes de que comenzaran estos años peligrosos.

1
La hegemonía invisible

¿Fue la gran crisis financiera el síntoma más evidente del fracaso del neoliberalismo? Incluso si aceptábamos que este había dado resultados apreciables durante treinta años, ¿había dejado de ser un marco ideológico útil? ¿Había muerto? Estas fueron algunas de las preguntas más recurrentes en la política global tras la crisis. Y tenían mucho sentido, pero, al menos en Europa, partían de una idea errónea.

En realidad, los países europeos no vivían propiamente bajo el orden neoliberal, un concepto muy popular y más citado por sus críticos que por sus defensores. En ellos dominaba un sistema de ideas mucho menos conocido y debatido, que para entonces se había convertido en un asunto al que apenas prestaban atención unos cuantos historiadores y economistas obsesionados por cierta tradición intelectual europea muy particular. A pesar de su relativa invisibilidad, en el momento de la crisis financiera este marco no solo estaba vivo, sino que durante años influyó mucho en las decisiones que se adoptaron para gestionar sus estragos. «Algunos hombres prácticos, que creen que no están sometidos a ninguna influencia intelectual —escribió John Maynard Keynes—, con frecuencia son esclavos de algún economista muerto». Si la frase fuera cierta, es bastante fácil saber de qué economista muerto eran esclavos los hombres, y sobre todo la mujer, que gestionaron la crisis financiera en Europa: Walter Eucken.

En 1944, el economista austriaco Friedrich Hayek publicó *Camino de servidumbre*. El libro no se hizo célebre hasta la

década de 1970, cuando políticos conservadores como Margaret Thatcher y Ronald Reagan empezaron a defenderlo en público como la mejor explicación del fracaso —y la amenaza— del socialismo. Pero ya en el momento de su aparición tuvo un impacto notable. Hayek sostenía que en Alemania la economía planificada había dado lugar a los acontecimientos políticos que finalmente condujeron al triunfo del nazismo. En su opinión, entre los economistas y los políticos había triunfado un marco ideológico según el cual, cuando la economía iba mal, era porque la intervención estatal no era lo bastante estricta y debía ampliarse e imponerse con más dureza. Así ocurrió durante la República de Weimar, después del crac del 29, cuya repercusión en Alemania fue enorme, y tras la llegada al poder de Adolf Hitler, en 1933. Hayek llegó a la conclusión de que cualquier planificación económica era una pendiente resbaladiza que, con el tiempo, acababa conduciendo a la restricción de las libertades y el autoritarismo. En el extremo caso alemán, había dado pie al nazismo y a sus políticas económicas proteccionistas y clientelares, por no hablar de una terrible violencia sin precedentes.

En el momento de la publicación de *Camino de servidumbre*, casi al final de la Segunda Guerra Mundial, la sociedad alemana estaba devastada por años de guerra y las consecuencias de los bombardeos aliados. Las críticas a la economía intervencionista del nazismo no eran una novedad, pero solían ser más matizadas que las de Hayek y no identificaban necesariamente la intervención estatal con el destino ineludible de la dictadura. Uno de los principales teóricos de esta corriente crítica fue Eucken. Nacido en 1891 en Jena, la cuna de la gran tradición filosófica romántica alemana, creció en un ambiente nacionalista y conservador que rechazaba la conflictiva modernización impulsada por los

gobiernos de izquierdas de la República de Weimar. Y aunque se acercó a los partidos políticos de derechas de la época, acabó alejándose de ellos debido a su defensa del proteccionismo y unas políticas económicas clientelares. En la década de 1920 se incorporó a la Universidad de Friburgo, cuyo rector durante los primeros años del nazismo fue el filósofo Martin Heidegger. Eucken manifestó públicamente sus muchas discrepancias con el régimen nazi. Pero sobre todo, dentro de su disciplina, puso énfasis en su obsesión por controlar la economía, que llevaba al extremo la tradición conservadora alemana. Eso le generó numerosos problemas en la universidad, hasta el punto de ser interrogado en varias ocasiones por la policía. Sin embargo, a diferencia de otros de sus amigos y compañeros, logró salir indemne incluso después de comprometerse activamente contra el régimen. Cuando la guerra terminó, Eucken pasó a formar parte del equipo que asesoró a Ludwig Erhard, el economista alemán que había sido nombrado director económico de la parte de Alemania ocupada por Estados Unidos y Reino Unido.

Eucken, al igual que otros economistas alemanes de la época —por ejemplo, Wilhelm Röpke, también enfrentado al nazismo y considerado cofundador de esta visión de la economía—, era partidario del liberalismo y llegó a participar en las reuniones organizadas por Hayek en la Sociedad Mont Pèlerin, el club de economistas en el que se desarrollaron muchas de las ideas que luego se denominarían «neoliberalismo». Sin embargo, él no estaba de acuerdo con Hayek en aspectos clave de su filosofía económica. Hayek consideraba que la competencia económica generaba sus propias reglas, por lo que el Estado debía abstenerse de crearlas *a priori*. Eucken, en cambio, creía que era importante que el Estado determinara un orden previo en cuyo marco se produciría esa competencia. Hayek valoraba la capacidad del mercado para actuar de manera espontánea. Eucken quería que el Estado impidiera el surgimiento de

prácticas abusivas. Pero, ante todo, lo que preocupaba a Eucken y a los demás partidarios de lo que acabaría llamándose economía social de mercado, u ordoliberalismo (*ordo* significa «orden» en latín), era la noción de responsabilidad. Según Eucken, los estados modernos y la creciente complejidad de sus leyes tendían a subvertir el principio de responsabilidad. Era difícil saber quién debía asumir las consecuencias de los actos de las empresas o de los individuos, sobre todo cuando fracasaban. Y eso generaba un riesgo moral: al no estar claro quién iba a pagar el precio de los errores y los malos resultados, aumentaba la probabilidad de que las empresas o los individuos actuaran de forma irresponsable, porque entendían que otro se haría cargo de sus acciones temerarias. Para empezar, el Estado. Si este prometía un rescate a quienes habían obrado mal, estaría incentivando ese tipo de conducta y, en última instancia, ni siquiera tendría los recursos suficientes para rescatar a todos los que, por imitación, actuaran de manera imprudente. El principal temor de Eucken y los ordoliberales era análogo al de una aseguradora: si alguien tiene un seguro de vivienda demasiado bueno, quizá no se preocupe mucho de que no se incendie.[1]

En la Alemania de posguerra el Estado debía, según Eucken, Röpke y los ordoliberales, crear unas reglas de juego claras para que la competencia funcionara, acabar con los monopolios que habían sido fundamentales en la economía nazi, llevar a cabo políticas monetarias estrictas que contuvieran la inflación y luego vigilar que nadie se aprovechara del sistema. A partir de ahí, todo el mundo asumiría la responsabilidad de sus actos. Ese marco suponía el rechazo del liberalismo anglosajón, caracterizado por la desregulación y un papel menor del Estado, en el que las ideas de Hayek iban ganando terreno. Pero los ordoliberales también se oponían a las nuevas ideas de izquierdas que proliferaron tras la Segunda Guerra Mundial: el

keynesianismo, que situaba al Estado como una presencia constante e intervencionista en la economía y, por supuesto, la planificación extrema del comunismo de la Unión Soviética. Eucken lo resumió así: «Un sistema competitivo genuino, equitativo y funcional no puede sobrevivir sin un marco moral y legal juicioso y sin la supervisión regular de las condiciones bajo las que tiene lugar la competencia». Los individuos debían ser «responsables» y el Estado «fuerte e imparcial».[2] El énfasis se ponía, pues, en las reglas (para impedir las trampas) y en la responsabilidad (que quien fracasara asumiera el coste que eso conllevaba). Tras esta postura subyacía una idea en esencia moral: la virtud tenía como premio la prosperidad futura y la responsabilidad individual era imprescindible para garantizar la democracia.

El resultado de ese sistema fue asombrosamente bueno. Erhard, que tras hacerse cargo de la zona ocupada por Estados Unidos y Reino Unido se convirtió en ministro de Economía del partido de centroderecha, la Unión Demócrata Cristiana, y más tarde en canciller del país, pondría en práctica las ideas de Eucken. Logró que la economía alemana se repusiera con rapidez de la hecatombe nazi y recuperase su potencia industrial, desvinculada esta vez del militarismo y los grandes monopolios del nazismo. Y aunque durante la década de 1960 el país viró un tanto hacia el keynesianismo con la llegada de los socialdemócratas al poder y el estado de bienestar creció mucho más de lo que Eucken —y sobre todo Röpke— habría creído posible y deseable, bajo el marco del ordoliberalismo la sociedad alemana se convirtió en una de las más prósperas de Occidente.

El ordoliberalismo, pues, no era una mera ideología económica. Incorporaba además una visión muy concreta de la moral que debía regir a las sociedades modernas industriales. Esta doctrina se fue asentando en Alemania al mismo tiempo

que el país lideraba, junto con Francia, la creación de las instituciones políticas europeas, cuyo fin era poner fin a los seculares enfrentamientos bélicos en el continente. De hecho, desde la creación de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero en 1952, uno de los empeños de los alemanes fue que las instituciones europeas incorporaran en su reglamento y su espíritu los principios del ordoliberalismo, aunque fuera de manera laxa y transformada. La base de un mercado común pasaba por la eliminación de los carteles nacionales, y la organización territorial de una futura comunidad europea recordaba un tanto al sistema federal alemán, lo que hacía que su modelo económico descentralizado y basado en la competencia fuera extrapolable. Y, según los ordoliberales, cuanto más descentralizado y federal era un sistema, más importantes eran las reglas claras. Con el tiempo, las normas de esas instituciones europeas, que fueron creciendo y adquiriendo más competencias, se volverían tan complejas y específicas que los pensadores influidos por el ordoliberalismo no dejarían de reivindicar la necesidad de unos principios básicos y simples que no diluyeran las responsabilidades. Cuando llegó el momento de crear el Banco Central Europeo, los alemanes intentaron que se asemejara lo más posible a su banco central, el Bundesbank. Del ordoliberalismo surgiría también el énfasis de la Unión Europea en las reformas estructurales y la consagración de los límites del déficit y la deuda pública de los países miembros en el Tratado de Maastricht. Francia, con una tradición económica más laxa, se enfrentaría durante décadas al intento alemán de imbuir a las instituciones europeas de un marco tan influido por el ordoliberalismo, que sin embargo se fue imponiendo. Ese choque sería más evidente que nunca durante la crisis que empezó en 2008.

Es posible que el ordoliberalismo haya sido la ideología económica más exitosa de la segunda mitad del siglo XX. Hasta

tal punto que no solo se volvió hegemónica en la política nacional alemana, sino que impregnó todas las instituciones europeas e influyó mucho en los partidos conservadores del resto de los países europeos, que consideraban excesiva la defensa de los mercados desregulados del neoliberalismo anglosajón. Y aunque con matices distintos, también influyó en los partidos socialdemócratas que se habían ido acercando al centro político: si bien la retórica era diferente, la tercera vía impulsada por el laborismo de Tony Blair no difería demasiado de la economía social de mercado. Por supuesto, cuando en 2008 llegó la gran recesión, el ordoliberalismo ya no era lo que había sido medio siglo antes: entonces casi ningún economista alemán se definía a sí mismo como ordoliberal y hacía tiempo que la mayoría rechazaba muchos de sus principios más morales.[3] De hecho, muchos alemanes del *establishment* manifestaban su exasperación siempre que otros europeos, o medios anglosajones como el *Financial Times* o *The Economist*, acusaban a su Gobierno de estar atrapado en unas nociones económicas propias de otro tiempo, envejecidas y desconectadas de las ideas que regían en el resto del mundo. Eso no era cierto, decían, no sin algo de razón. Alemania simplemente era un país juicioso que quería transmitir su responsabilidad al resto de Europa, sin extremismos, pero insistiendo en que asumir las consecuencias por los excesos y las frivolidades cometidas seguía siendo la base de un liberalismo sano y próspero. Sin embargo, era difícil no percibir la herencia ordoliberal en la actitud de Alemania y de los países llamados «frugales», aquellos que, como Países Bajos, Austria, Suecia o Dinamarca, son partidarios de una austeridad responsable. Durante los cinco años que duró la crisis, en el plano nacional Alemania se saltó muchas de las recetas de disciplina y responsabilidad que quería que los demás asumieran, aunque siguió ciñéndose a la idea del *Schwarze Null*

(«cero negro»): una política basada en la inexistencia de números rojos, en no gastar más de lo que se ingresa. La obsesión por esa cifra, que se identifica con el rigor y la austeridad, llegó a tal extremo de fetichismo que en 2016, en el Ministerio de Finanzas del *land* de Hesse se instaló una escultura formada por círculos de aluminio negros colgados del techo cuyo título es «Cero».[4] Como le gustaba repetir ingeniosamente al primer ministro italiano Mario Monti, el tecnócrata que representó a Italia en las arduas reuniones que tuvieron lugar durante lo peor de la crisis, la obsesión por la responsabilidad y el control hacían del ordoliberalismo, más que una teoría económica, una rama de la filosofía moral.

La crisis financiera de 2008 demostró que el ordoliberalismo había acertado en varias cosas. A fin de cuentas, la recesión global se había iniciado en Wall Street, el escenario casi caricaturesco del neoliberalismo anglosajón. Y los países del sur habían demostrado que la laxitud y la tendencia al despilfarro siempre conducían a la catástrofe. La burbuja inmobiliaria española, basada en el endeudamiento extremo de las familias, parecía la pesadilla de un economista ordoliberal y, en cierto modo, pensaban muchas autoridades alemanas, el sufrimiento de los españoles era un doloroso pero necesario recordatorio de que el país debía ordenar sus finanzas e impregnar su estrategia económica de moralidad. Grecia era un caso parecido. Si sus líderes habían falseado las cuentas públicas durante décadas, y se habían negado a reformar un sistema laboral y un sistema fiscal basados en trampas, ahora resultaba inevitable que los griegos sufrieran las consecuencias y quizá, con suerte, aprendieran la lección y adoptaran las medidas virtuosas necesarias para tener una economía sana y próspera.

Pero si el ordoliberalismo era, sin duda, una receta de éxito en tiempos corrientes, demostró que su filosofía moralista era completamente inadecuada para gestionar una crisis de

aquellas proporciones. Las críticas a la rigidez alemana, que habían sido habituales, sobre todo en Francia, durante los años de creación de la moneda única, empezaron a ser algo más que una discrepancia filosófica. Las ideas sobre la responsabilidad y el castigo no podían imponerse a la búsqueda de soluciones técnicas para una situación que suponía un desastre económico sin precedentes en la historia reciente. Sin contar, por supuesto, con que Alemania había contribuido a él. Aunque sus cuentas estuvieran saneadas y sufriera la crisis mucho menos que los países del sur, sus bancos habían incurrido en un ejemplo clásico de riesgo moral, al contribuir al sobreendeudamiento de los países del sur prestándoles demasiado dinero; un dinero que, quizá, en términos morales, no deberían haber recuperado.

Las críticas se personalizaron en Angela Merkel y en Wolfgang Schäuble, el ministro de Finanzas alemán —ambos, como Erhard, de la Unión Demócrata Cristiana—, por su rigidez y crueldad, después de que ambos se negaran a que la Unión Europea diera más ayudas a los países con problemas. Pero no era una cuestión de personalidad, sino un sistema de ideas tan profundamente arraigado, tan hegemónico, que apenas podía identificarse como tal y parecía una especie de sentido común irrenunciable. Eso quedó más patente que nunca en noviembre de 2011, durante la reunión del G20 celebrada en Cannes, Francia. En los meses anteriores, la Casa Blanca de Barack Obama había observado la crisis de la eurozona con inquietud y frustración. Existía la preocupante posibilidad de que Europa se sumiera en una depresión aún más grave y arrastrara consigo hacia la recesión a la economía estadounidense, dañando así, además, las opciones de Obama de ser reelegido en 2012. Los estadounidenses creían que tenían la solución al problema de algunos países del euro como España. Consistía, simplemente, en replicar lo que su país había

hecho al inicio de la crisis financiera, en 2008, cuando destinó una enorme cantidad de dinero público a calmar a los inversores que habían entrado en pánico.[5]

Durante la cumbre de Cannes, en una sala en la que se reunían los líderes mundiales, Obama y Nicolas Sarkozy —el anfitrión del encuentro y partidario de «refundar el capitalismo»—, presionaron a Merkel para que asumiera que la situación requería soluciones técnicas radicales que dejaran de lado el reparto de culpas y las lecciones morales y pusieran fin a la crisis. Alemania debía aportar más dinero para crear un «cortafuegos», un «gran muro» de dinero que garantizara la supervivencia del euro y la estabilidad de los países con más problemas, y que acabara con los ataques de los mercados a los bonos nacionales. En Grecia, el referéndum sobre la aceptación de las condiciones del rescate ofrecido por la Unión Europea, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Central Europeo estaba convirtiendo la crisis financiera en una gran crisis política. Italia parecía que iba a quedarse muy pronto sin acceso a los mercados y en España, donde faltaban dos semanas para la celebración de las elecciones generales, el Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero se había quedado aparentemente sin respuestas ante el aumento de la prima de riesgo, que se encaminaba hacia su máximo histórico desde la puesta en circulación del euro. Era urgente tomar medidas que sostuvieran a esos países, y Obama y Sarkozy hacían responsable a Merkel de que no se adoptaran decisiones. En ese momento, entre reproches y acusaciones cruzadas, para sorpresa de los presentes, Merkel se puso a llorar. «Daist nicht fair», «No es justo», dijo enfadada, con lágrimas en los ojos. «Ich bringe micht selbst um», «No me voy a suicidar», añadió. [6] «Para quienes presenciaron ese colapso en la pequeña sala de reuniones del complejo vacacional de Cannes, resultó chocante ver a la líder más poderosa y emocionalmente

contenida de Europa estallar en lágrimas», contó el *Financial Times*. Y entonces, seguía el relato de la noche, «una Merkel acorralada devolvió las críticas a los franceses y los estadounidenses. Si a Sarkozy o a Obama no les gustaba cómo dirigía su Gobierno, la culpa era de ellos». De hecho, les reprochó la canciller, «habían sido sus ejércitos aliados quienes, seis décadas antes, habían "impuesto" la Constitución alemana a un enemigo de guerra».[7] Las relaciones entre Alemania, Francia y Estados Unidos nunca habían sido fáciles, ni siquiera cuando la complicidad entre los tres fue imprescindible en los peores momentos de la Guerra Fría, ni cuando gestionaron la caída del Muro, la reunificación de Alemania o la creación de lo que con el tiempo se convertiría en la Unión Europea. Pero aquellas lágrimas de Merkel, derramadas además ante dos políticos con los que tenía una buena relación y sintonía ideológica, fueron un reflejo de que el mundo creado en la posguerra mundial, quizá el proyecto político más exitoso de la historia moderna, estaba terminando porque la filosofía que lo había mantenido en pie se había agotado. A esas alturas de la historia europea, el ordoliberalismo había dejado de ser una herramienta útil que los alemanes podían exportar para que los demás solucionaran sus problemas. Sin embargo, como delataron las dolidas expresiones de Merkel, no era fácil dejar atrás esas ideas. Ella no podía traicionar lo que no era solo una noción de la economía, sino de la moral. Después de seis décadas, eso supondría un suicidio ante la opinión pública alemana. Merkel no cedió demasiado, aunque inició un lento proceso de acomodo con el resto de los líderes mundiales y europeos para ir solventando, a un ritmo exasperantemente lento, la crisis. Con todo, el cruce de reproches y sus lágrimas certificaron el final de muchas cosas.

Los políticos avanzaron poco a poco hacia la solución de la crisis, pero quien acabaría resolviéndola fue un cargo no electo,

Mario Draghi, al frente a una institución poco democrática, el Banco Central Europeo. Y lo hizo con unas palabras que no tenían nada que ver con la culpa o la reparación: «Whatever it takes». El hecho de que el Banco Central Europeo planeara hacer «lo que sea necesario» para salvar el euro, la integridad de la eurozona y las economías de varias de sus naciones supuso trasladar la solución de la crisis al ámbito de lo técnico. Las medidas no solo incluían planes que contradecían por completo la ortodoxia de la economía alemana y su banco central —por ejemplo, ayudar a los gobiernos irresponsables—, sino que carecían de connotaciones morales. Por supuesto, Draghi y todos los decisores monetarios conocían el riesgo moral, sabían que las medidas respaldarían a bancos que habían sido demasiado laxos con el crédito, a gobiernos que durante los años de la burbuja habían sido imprudentes o que, como en el caso del griego, habían mentido de manera deliberada. Pero esa no era la cuestión. La cuestión era solucionar técnicamente la crisis. Y Draghi lo logró.

Esa medida tecnocrática sirvió para terminar con una crisis que amenazaba con prolongarse. Con todo, dicha solución, brillante y efectiva, no sirvió para llenar el vacío ideológico que dejaba el fracaso de la ortodoxia económica alemana y europea.

En aquel momento, este vacío no resultó evidente. De hecho, en mitad de esa crisis demoledora, el panorama político europeo y el occidental en general parecían llamativamente estables. En 2012, el mismo año en que Draghi pronunció la célebre frase, en Estados Unidos Obama ganó sus segundas elecciones presidenciales. En Europa, hacía seis meses que Mariano Rajoy había conseguido una abultada mayoría absoluta en España. En Italia gobernaba el tecnócrata Mario Monti, que en 2013 fue sustituido por Enrico Letta, un ortodoxo de centroizquierda. En Francia, el anodino y centrista

François Hollande había sustituido a Sarkozy y en Reino Unido, David Cameron, un conservador de ideas poco definidas, había relevado a Gordon Brown, un laborista muy moderado. En esos años iniciales de la crisis, en Grecia hubo tres ministros, dos pertenecientes a los partidos tradicionales y un tecnócrata. En 2013, Merkel consiguió el mejor resultado para los democristianos alemanes en más de dos décadas. Parecía que la política occidental y su sistema de partidos seguía funcionando con normalidad. De hecho, no había mucha discusión sobre cuál debía ser la fórmula política tras la crisis económica: había que continuar con la tradicional política democrática europea, con el bipartidismo más o menos imperfecto de la socialdemocracia y la democracia cristiana que había dominado la política desde la Segunda Guerra Mundial. Cuando, por las razones que fuera, esto fallara, se recurriría a la tecnocracia para que gobernara sin heredar las culpas previas, restituyera la responsabilidad, llevara a cabo medidas duras pero imprescindibles y luego devolviera el poder a los partidos tradicionales con la esperanza de que no volvieran a incurrir en el riesgo moral. Se consideraba que, a pesar de tener algún problema de legitimidad, este era un equilibrio asumible para la futura democracia europea.

Sin embargo, no sucedió como se esperaba. Durante los primeros dos o tres años de recesión económica, en medio de una ira generalizada por el estallido de la crisis y su pésima gestión, muchos declararon que las ideas que habían sido hegemónicas durante tanto tiempo ya no eran válidas para solventar los nuevos problemas. Buena parte de quienes habían vivido en los márgenes, poco interesados en la política institucional, o bien en partidos políticos pequeños o en rincones de la academia, prestigiosos aunque minoritarios, vieron una ventana de oportunidad para promocionar ideas que no eran del todo nuevas, pero que en ese momento, después de

que las viejas demostraran su inoperancia, o pusieran en riesgo su legitimidad democrática, podían tener una nueva utilidad y alcanzar el éxito. Eso se vería claramente en la Unión Europea. Aunque empezó, antes, en Estados Unidos.

2
Los nuevos insurgentes

Normalmente, transcurre algo de tiempo entre el estallido de una crisis económica y sus consecuencias políticas. Así sucedió en Europa tras la crisis financiera de 2008. Pero en Estados Unidos la primera reacción se produjo muy pronto, apenas cinco meses después de la caída de Lehman Brothers. Y su nacimiento pudo verse en directo por televisión.

El 19 de febrero de 2009, el veterano periodista económico Rick Santelli entró en directo desde la Bolsa de Chicago en el programa «Squawk Box», de la cadena de noticias por cable CNBC, que a primera hora de la mañana informa sobre la situación económica y financiera para, según describe el propio canal, «llevar Wall Street a los hogares de la gente normal y corriente».[1] Pocos días antes de la intervención de Santelli, el presidente Barack Obama había anunciado un plan gubernamental para ofrecer créditos baratos a los propietarios de viviendas que no pudieran pagar su hipoteca por falta de recursos y corriesen el riesgo de ser desahuciados. Santelli estaba indignado. «El Gobierno está promoviendo el mal comportamiento — dijo en su intervención—. Presidente, nuevo Gobierno, ¿por qué no creáis una web y que la gente vote en un referéndum en internet para ver si queremos subsidiar las hipotecas de los fracasados?», añadió. Los operadores de Bolsa que estaban a su alrededor, a los que describió como la «mayoría silenciosa» del país, escuchaban su intervención, cada vez más excitada e histriónica, y le jaleaban. «¡Esto es América! ¿Cuántos de vosotros queréis pagar la

hipoteca del vecino, que tiene un lavabo más que tú y no puede pagar las facturas?», gritó dirigiéndose a los operadores, que silbaron y abuchearon esa idea. «¿Y por qué no dejamos todos de pagar la hipoteca?», dijo uno de ellos acercándose al micrófono del periodista. En el estudio, los presentadores parecían cada vez más incómodos.[2] «¿Estás escuchando, presidente Obama? Estamos pensando en celebrar un encuentro del Tea Party en Chicago para julio —dijo Santelli, casi fuera de sí—. Voy a empezar a organizarlo».

El Tea Party al que hacía referencia era un movimiento de protesta que había surgido en Boston en 1773, cuando los territorios colonizados de lo que hoy es Estados Unidos aún pertenecían al Imperio británico. Los Hijos de la Libertad, un grupo clandestino y a veces violento que defendía los derechos de los colonos frente a las políticas abusivas dictadas desde Londres, protestaron contra una ley que permitía a la Compañía de las Indias Orientales, la empresa comercial británica, tener el monopolio de la venta de té en las colonias, mientras sus habitantes tenían que pagar nuevos impuestos decretados por el Parlamento londinense. Los Hijos de la Libertad sostenían que el Parlamento no podía cobrar impuestos en las colonias porque estas no tenían representación en él —*no taxation without representation*, «sin representación no hay impuestos», se convertiría en uno de sus lemas— y, para culminar una serie de protestas, asaltaron los barcos de la Compañía de las Indias Orientales atracados en el puerto de Boston y tiraron al mar el cargamento de té que transportaban. Ese ataque, y otras actuaciones vinculadas a lo que se consideraba el cobro de impuestos excesivos e ilegales a las colonias, formaron parte de la Revolución americana que acabaría conduciendo a la independencia y la creación de Estados Unidos.

Santelli no era el primero que, en la historia estadounidense

reciente, reivindicaba el espíritu del Tea Party de Boston para exigir impuestos más bajos y una menor intromisión del Estado en la vida de los ciudadanos. Pero en 2009 esa alusión tuvo un enorme éxito. Diez días después del irritado discurso en directo de Santelli, empezaron a celebrarse actos organizados bajo la denominación de «Tea Party» en ciudades como Washington y Chicago.[3] En ellos se exigía el fin de los planes de rescate del Gobierno —que no solo iban a salvar a los hipotecados en riesgo de desahucio, sino también a los bancos que habían generado la crisis—, una bajada de los impuestos, la reducción de la deuda pública y el fin las regulaciones medioambientales. Las protestas también rechazaban la reforma de la sanidad propuesta por Obama, que haría obligatorio cierto grado de cobertura sanitaria y financiaría parte de la atención médica con dinero público. Tal vez Estados Unidos vivía en un sistema neoliberal, pero el Tea Party creía que se encaminaba peligrosamente hacia un modelo socialista. La única respuesta sensata era una adhesión aún mayor a la Constitución y al instinto libertario de los padres fundadores.

El Tea Party no era jerárquico, carecía de organización formal y sus reivindicaciones divergían según el lugar o los diferentes grupos que lo integraban. Muchas veces rehuía cuestiones sociales como el matrimonio homosexual o el aborto para no generar divisiones entre los miembros más conservadores del movimiento y los libertarios, que reivindicaban una libertad total más allá no solo del Estado, sino de la religión o las costumbres. El tema central, sin embargo, siempre era la urgencia de que el Estado se retirara de los múltiples ámbitos de la vida que había ocupado, dejara que los individuos actuaran con total libertad y prosperaran o fracasaran en función de su talento y su suerte, sin ayuda pero sin obstáculos. Algunos miembros del Tea Party también defendían teorías de la conspiración, muchas veces propagadas

por locutores de radio independientes cuyos programas se emitían a través de *streaming* o emisoras locales, pequeños medios de comunicación en internet como Breitbart o incluso la cadena Fox News. Glenn Beck, un presentador de este canal de televisión, se convirtió en uno de los líderes del movimiento. En su programa diario explicaba cómo las élites políticas progresistas se habían ido apoderando sigilosamente del país, capturando para sí la riqueza y la libertad de los trabajadores. Beck recomendaba a los estadounidenses que compraran oro, puesto que era una fuente de valor no controlada ni por el Gobierno ni por la Reserva Federal, el banco central estadounidense. Otros miembros del Tea Party manifestaron su oposición a las vacunas obligatorias —que no solo consideraban una imposición del Estado, sino una herramienta para controlar los cuerpos— o educaban a sus hijos en casa para evitar la influencia negativa de las escuelas, cuyos planes de estudios estaban regulados por el Estado. En las manifestaciones se hizo ubicua la bandera de Gadsden —creada por un general del mismo nombre durante la Revolución americana—, en la que, sobre un fondo amarillo, aparece una serpiente de cascabel en actitud amenazante con el lema «No me pisotees», un emblema del orgullo individualista y la predisposición a no someterse a los designios de las autoridades y las élites.

Sin embargo, el Tea Party no fue solo una respuesta a la crisis financiera, los planes de recuperación y la reforma sanitaria que había implementado el Gobierno de Obama. En muchos aspectos, el grupo estaba dominado por la nostalgia y la ira. Su retórica, en ocasiones, remitía a relatos épicos del pasado estadounidense reflejados en la cultura popular, en los que los individuos se enfrentaban a solas contra una naturaleza despiadada, las autoridades corruptas y los intereses de las élites ociosas. A veces, el tiempo mítico reivindicado era la

Revolución americana o la conquista del Oeste del siglo XIX, y a veces era una época más próxima, como los Estados Unidos anteriores al New Deal, momento en que se expandió enormemente el sector público en el país. Otro periodo añorado era la década de 1950 cuando, en lo peor de la Guerra Fría, el país se convirtió en la mayor potencia militar y económica del mundo. Entonces su eficiencia había generado una prosperidad sin precedentes que se tradujo en coches relucientes, suburbios de casas recién construidas y trabajadores industriales con empleos bien pagados que podían permitirse ambas cosas. Pero, ante todo, esa década fue el momento previo a que Estados Unidos se corrompiera con los valores radicales, progresistas, hippies y comunistas de la década de 1960. Los jóvenes frívolos y privilegiados que denunciaban la guerra de Vietnam y los negros impacientes que pusieron en riesgo la paz social con sus reivindicaciones introdujeron ideas que habían carcomido al país desde entonces. Sin embargo, en ocasiones la nostalgia se remontaba apenas unas décadas, al momento en que Reagan declaró la guerra cultural a la izquierda de la década de 1960 y prometió desmantelar buena parte del Estado.

Según una encuesta de Gallup de principios de 2010, los miembros del Tea Party eran mayoritariamente conservadores (el 70 por ciento), hombres (55 por ciento), ganaban más de cincuenta mil dólares al año (55 por ciento), no eran jóvenes (un 50 por ciento tenía más de cincuenta años), no habían ido a la universidad o la habían abandonado pronto (68 por ciento) y —el epígrafe de la encuesta cuya cifra resultaba más abrumadora— eran blancos (79 por ciento).[4] No solo era un movimiento con un programa económico dominado por el desdén hacia el sector público y la nostalgia por una América más libre. «Tenemos que verlo como una manifestación de los profundos cambios sociales, e incluso psicológicos, que el país

ha experimentado en el último medio siglo», afirmó el historiador Mark Lilla en uno de los primeros ensayos escritos sobre el Tea Party que entendió su relevancia y cómo se insertaba en las grandes luchas ideológicas estadounidenses.[5] Por encima de las ideas sobre los impuestos y el gasto público, o la añoranza por los grandes mitos fundacionales del país, el movimiento expresaba una «total desconfianza en las instituciones y una extraordinaria —e injustificada— confianza [del individuo] en sí mismo». Durante décadas, en Estados Unidos el individualismo se había ido afianzando como el principal instinto ideológico tanto en el ámbito moral —los valores, la conducta sexual, las preferencias culturales— como en el económico. Había constituido el centro de la política estadounidense, su principal tendencia tanto a la izquierda como a la derecha y, con cierta lógica, tras la crisis financiera había convergido con otra idea arraigada en el sistema ideológico del país: la profunda desconfianza en las élites. En cierto modo, el Tea Party, decía Lilla, era la consolidación de esas grandes tendencias sostenidas en el tiempo.

> Muchos estadounidenses, una parte ruidosa y variada del conjunto de la sociedad, están convencidos de que las élites instruidas —los políticos, los burócratas, los periodistas, pero también los médicos, los científicos e incluso los maestros— controlan ahora nuestra vida. Y quieren que dejen de hacerlo. Dicen que están hartos de que les digan qué es una noticia y qué no lo es, o qué deberían pensar sobre el calentamiento global; hartos de que les digan lo que tienen que aprender sus hijos, qué parte de su nómina pueden quedarse, si deben pagar un seguro, a qué medicamentos tienen acceso, dónde pueden construir sus casas, qué armas pueden comprar, cuándo es obligatorio llevar el cinturón de seguridad y el casco, si pueden hablar por teléfono mientras conducen, qué alimentos pueden comer, cuántos refrescos pueden beber… la lista es larga.

Pero, decía Lilla, no era una lista de quejas políticas normales. Si en general esa retórica antielitista tenía por fin que un grupo social concreto —habitualmente denominado «el pueblo»— se hiciera con el poder y lo ejerciera para favorecer a sus miembros, en este caso era distinto. Los objetivos políticos a largo plazo del Tea Party no estaban claros. Por un lado, era un movimiento que se preciaba de ser popular, ajeno a las estructuras de poder tradicionales, sin un sistema organizativo jerárquico o un organigrama oficial, que no quería tanto participar en la política como, en lo posible, desacreditarla. Reconocía la autoridad de algunos políticos, como el republicano libertario Ron Paul, que admitía su deuda intelectual con *Camino de servidumbre*, de Hayek, y las novelas de Ayn Rand, obras que exaltaban la heroicidad del individuo frente al carácter represor e igualador de las masas azuzadas por los políticos. O la de Sarah Palin, antigua gobernadora de Alaska y excandidata a la vicepresidencia en 2008, que se había labrado la reputación de ser una madre americana normal, con los habituales conflictos familiares, que para entender la política global no necesitaba más que sentido común y se enorgullecía de cazar renos. Aunque recelaba de la élite mediática, el Tea Party no solo consumía las noticias de la Fox; una parte relevante de sus miembros también leía el gran periódico conservador del país, *The Wall Street Journal*, que daba a los inversores argumentos contra los impuestos elevados, el estado de bienestar o la deuda pública. Algunos creían que su pensamiento entroncaba con el de William J. Buckley, el aguerrido fundador del conservadurismo moderno estadounidense, quien había explicado que, ante la aceleración de la historia y la progresiva destrucción de la tradición y la libertad a manos de los progresistas, la tarea más importante era «plantarse frente a la historia y decirle: “¡Párate!”».[6] Otros pensaban que su ideario se limitaba a recuperar el de

Reagan, tras las dos últimas y desafortunadas presidencias republicanas, las de Bush padre e hijo, que no habían hecho más que asumir los principios estatalistas de la izquierda y ampliar aún más el alcance y el coste de la Administración. Otros mencionaban corrientes ocultas y enfrentadas de la derecha estadounidense: el paleoconservadurismo, que deseaba una sociedad más tradicional y un país que no interviniera militar y diplomáticamente en el extranjero; el libertarismo del Instituto CATO y otros laboratorios de ideas llenos de economistas que teorizaban sobre la libertad para comprar y vender partes de tu cuerpo o negarte a pagar impuestos; o los evangelistas, que veían en el movimiento una oportunidad para regresar a un modelo de familia tradicional y una moral fundamentada en la Biblia. El movimiento no era antiintelectual, aunque desconfiaba de las titulaciones de las grandes universidades de prestigio, que identificaba con el progresismo y la falsa tecnocracia. De hecho, los líderes intelectuales y los movimientos arraigados en los que se inspiraba tenían aspectos elitistas: Buckley era un refinado crítico literario; el propio Reagan había favorecido a las grandes empresas y la actividad financiera que ahora el Tea Party veía con recelo; las pequeñas revistas y los laboratorios de ideas formaban parte del combustible intelectual del movimiento, a pesar de que sus sedes estaban en ciudades como Washington y Nueva York, y sus autores e impulsores eran indistinguibles del resto del *establishment*. Esa desconfianza absoluta y profunda hacia las élites gubernamentales, académicas y periodísticas, unida al hecho de que esa suspicacia la difundían personas que pertenecían a la élite, hacía que el Tea Party fuera ambivalente con la noción de poder. Por eso parecía condenado a desaparecer por falta de metas. «Al ser alérgicos a cualquier clase de jerarquía, no cuentan aún con un liderazgo identificable —decía Lilla—. No

tienen un programa político constructivo […]. El movimiento existe únicamente para desafiar a la amenaza fantasma que aparece tras una crisis económica […] y para recordar a quienes tienen el poder que ellos defienden una sola cosa: proteger nuestro derecho divino a hacer lo que nos dé la real gana».

Las élites conservadoras del Partido Republicano se dieron cuenta de que el estallido libertario podía ser relevante y de que si querían sobrevivir a él debían encabezarlo y llevarlo al poder. Tenían que transformarse, aparentar que, en realidad, no formaban parte de la vieja élite, que se habían insertado en ella para alumbrar la nueva. De hecho, eso fue lo que sucedió. El Tea Party se institucionalizó enseguida: colonizó el Partido Republicano, o este lo utilizó para salir de la crisis ideológica en la que se encontraba durante la primera presidencia de Obama, cuando el viejo conservadurismo de los Bush había perdido atractivo y el discurso optimista de Reagan parecía ya inverosímil. Apenas un año después del discurso de Santelli en el programa de la CNBC se celebraron las elecciones de mitad de mandato en las que se escogía, entre otros cargos, a numerosos miembros de la Cámara de Representantes y del Senado. Muchos de los candidatos republicanos a esos puestos buscaron y obtuvieron el apoyo del Tea Party: cuarenta de ellos fueron escogidos para la Cámara de Representantes, en la que fue la mayor victoria republicana en esta clase de elecciones en setenta años. Si en 2008 los republicanos eran conscientes, tras la abrumadora victoria de Obama, de que carecían de un programa creíble para recuperar el Gobierno, ahora el Tea Party les había señalado el camino. Por supuesto, esa concesión conllevaba peligros. Siempre los tiene dejar el *establishment* en manos de los insurgentes.

Desde su llegada al poder en 2004, el programa político del Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero se centró en aumentar el gasto público para ampliar el estado de bienestar. Eso incluía el apoyo económico a la natalidad, la extensión del permiso de paternidad y una ley para sufragar la dependencia de ancianos y enfermos. Sin embargo, en 2008 estalló la burbuja inmobiliaria, en 2009 España tuvo un déficit superior al 11 por ciento, y en la primavera de 2010 la prima de riesgo de los bonos españoles se volvió insostenible. De manera que Zapatero tuvo que llevar a cabo una disminución del gasto público con pocos precedentes en la democracia española. «A ningún presidente le gusta comparecer para anunciar recortes y a mí menos aún», dijo en el Congreso de los Diputados en mayo de 2010. Los recortes eran inevitables, afirmó, y afectarían a las pensiones, el sueldo de los funcionarios y las ayudas a la natalidad y la dependencia que el propio Gobierno había aprobado. Las medidas eran «duras», dijo el presidente, pero necesarias. España debía transmitir a los mercados y a sus socios europeos que era un país riguroso.

Es muy probable que quienes el 15 de mayo de 2011 acudieron a una manifestación en Madrid para protestar contra los recortes del gasto público se vieran a sí mismos como lo contrario del Tea Party. A fin de cuentas, estaban exigiendo la restitución de la intervención estatal en una economía destruida. Pero también denunciaban lo que muchos ciudadanos percibían como un reparto desigual de los costes de la crisis. La marcha tenía un elemento novedoso: si tradicionalmente las grandes manifestaciones de la España democrática las convocaban los partidos de la oposición, los sindicatos o la Iglesia, esta había sido organizada por un grupo desconocido llamado Democracia Real Ya, que en apariencia no contaba con ninguna estructura física y basaba toda su capacidad de convocatoria en internet. La protesta tenía cierto

aire generacional y sus protagonistas eran en buena medida jóvenes para los que aquella crisis económica suponía la ruptura de una promesa tácita en la democracia española desde sus inicios: que cada generación viviría mejor que la anterior. Algunos rasgos que habían caracterizado la idea de prosperidad en España —para empezar, la propiedad de un piso— podían dejar de ser mayoritarios. Pero la manifestación también suponía un acto de repudio general contra el reparto del poder en España, concentrado en los grandes partidos políticos —el PP y el PSOE— que durante treinta años se habían turnado en el Gobierno y habían ocupado no solo las instituciones políticas, pensaban sus organizadores, sino otras como los medios de comunicación públicos o las cajas de ahorros. Al mismo tiempo, estos dos partidos formaban una estrecha red ideológica y económica con los medios de comunicación privados y con las grandes empresas cotizadas, algunas de las cuales se habían privatizado en las décadas anteriores. Todo ello conformaba una especie de casta que había sacrificado el futuro de la sociedad española, y en especial el de su juventud, por corrupción y avaricia. «No somos mercancía en manos de políticos y banqueros», decía la pancarta que encabezó la marcha. Otras pedían «Democracia económica» o «Que paguen la crisis sus culpables».

La manifestación no fue particularmente multitudinaria. Pero cuando terminó su recorrido en el centro de la ciudad, en la Puerta del Sol, unos cuantos centenares de personas se quedaron allí e improvisaron camas con cartones y mochilas, o se sentaron en sillas de plástico o en el suelo, para prolongar la protesta y la conversación. La concentración se convirtió en una acampada, recibió el nombre de la fecha de su celebración, 15M, y acabaría siendo el emblema del rechazo a la manera en que las élites habían contribuido al estallido de la crisis y luego la habían gestionado.

Durante un tiempo ese rechazo fue transversal. En el primer barómetro del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) tras el inicio de la acampada, publicado en junio, un 81 por ciento de los encuestados creía que la situación económica general de España era mala o muy mala y un 69 por ciento que la situación política era mala o muy mala. Un 43 por ciento aseguraba que había seguido «el proceso de movilizaciones del llamado movimiento 15M o de los llamados "indignados"», denominados así por el libro *Indignaos. Un alegato contra la indiferencia y a favor de la insurrección pacífica*, un manifiesto del veterano activista político Stéphane Hessel que se convirtió en un best seller global. De las personas que habían seguido el proceso, un 70 por ciento afirmaba tener una visión muy positiva o más bien positiva de él. Un 57 por ciento opinaba que la corrupción política tenía la «máxima importancia». Un 61 por ciento declaraba que, en la disyuntiva entre un político honrado y poco eficaz, y uno eficaz pero más bien corrupto, prefería lo primero. Sin embargo, el estudio del CIS reflejaba que la mayoría de los españoles no sabía en qué se traduciría aquella movilización: el 38 por ciento creía que continuaría por otras vías, el 27 por ciento que tendería a desaparecer y el 21 por ciento que terminaría y volvería a reaparecer en el futuro. [7]

La amplia transversalidad del apoyo al 15M fue posible gracias a su vaguedad, a que parecía un mero estallido de ira y apelaba a lo que se presentaba como simple sentido común. El movimiento exigía el fin de la corrupción; impedir el desahucio de quien no pudiera pagar la hipoteca o el alquiler de su casa; que fuera la banca, y no los ciudadanos, quien asumiera el coste de los excesos de la burbuja inmobiliaria; deshacer el entramado elitista que había gobernado el país y su economía durante treinta años y sustituirlo por un sistema más meritocrático y basado en la honradez. Estas demandas

resultaban tan atractivas para tantos sectores de la sociedad que ya en mayo, pocos días después de la manifestación, se produjo el primer intento de convertir este movimiento sin jerarquía ni programa en una plataforma electoral.

Unión, Progreso y Democracia, UPyD, nació en 2007. Sus fundadores eran en su mayoría vascos que se habían enfrentado al independentismo y, sobre todo, al terrorismo de ETA. Pero además de para oponerse a la violencia política y los nacionalismos periféricos, ante los cuales, creían, el PSOE se había mostrado muy débil, UPyD nació como un proyecto de regeneración política. Este pasaba por romper con el bipartidismo, garantizar la independencia judicial para asegurar que los corruptos fueran castigados, reformar el Senado para darle una verdadera utilidad, simplificar la Administración y eliminar redundancias y gastos superfluos, y hacer una reforma laboral que redujera el paro estructural del país, que se había agravado aún más con la crisis económica. Su programa identificaba la eficiencia y la justicia con la recentralización del Estado, y proponía medidas tecnocráticas inspiradas por algunas de las élites tradicionales españolas, como los abogados del Estado, los técnicos comerciales o los notarios, si bien combinadas con el impulso moral de quienes habían luchado para acabar con ETA, la legitimidad de unos cuantos intelectuales veteranos y una controlada retórica contra la política tradicional que en ocasiones combinaba rasgos elitistas con otros populistas.

Pese a que hasta entonces había obtenido unos resultados electorales mediocres, UPyD encarnaba una tradición importante en la historia intelectual reciente de España que, en ese momento, también estaba cogiendo impulso. Era la de los llamados «reformistas» o «regeneracionistas», formada por profesionales liberales, altos funcionarios y catedráticos que consideraban que España necesitaba, por encima de todo,

reformar su Estado con el fin de modernizarlo, despolitizarlo y volverlo más tecnocrático. Para conseguirlo, había que seleccionar mejor a las élites —en esa época se cuestionaron tanto el sistema de oposiciones al funcionariado como el de ascenso dentro de los partidos políticos—, evaluar de manera profesional los resultados de las políticas públicas implantadas y hacer reformas que, aunque perjudicaran a determinados grupos tradicionalmente protegidos por el Estado, generaran beneficios para toda la sociedad. En los primeros años posteriores al estallido de la crisis muchos defensores de estas ideas abandonaron la relativa oscuridad desde la que habían tratado de influenciar a las élites y adoptaron un tono más divulgativo para llegar a la sociedad y así influir de otra manera en los políticos que gestionaban la crisis. Algunos aprendieron a utilizar nuevas formas de comunicación como los blogs: se crearon *Nada es gratis*, dedicado a la economía y las reformas administrativas y vinculado a Fedea, la fundación de estudios económicos financiada sobre todo por bancos y grandes empresas españolas, y la fundación Hay Derecho, que vela por el cumplimiento del Estado de derecho y lucha contra la corrupción y la ineficiencia. Algunos libros dedicados a la reforma del Estado y de la economía se convirtieron en modestos pero inesperados best sellers. Fue el caso de *Nada es gratis. Cómo evitar la década perdida tras la década prodigiosa*, de los economistas del blog del mismo nombre; *Qué hacer con España. Del capitalismo castizo a la refundación de un país*, del economista César Molinas, antiguo alto cargo del Ministerio de Economía y Hacienda y la Comisión Nacional del Mercado de Valores; o *El dilema de España. Ser más productivos para vivir mejor*, de Luis Garicano, entonces profesor en la London School of Economics. También fue un éxito un libro como *Por qué fracasan los países*, de los economistas radicados en Estados Unidos Daron Acemoglu y James A. Robinson, que estudiaba

por qué algunos países se quedan atrapados por la corrupción, la desigualdad y la improductividad debido al poder excesivo de unas «élites extractivas» que manipulan la economía en su favor y se apropian de un porcentaje desmesurado de la riqueza de las naciones, mientras que otros prosperan gracias a instituciones sanas y eficientes. Cuando en 2012 entrevisté al primero, le pregunté si su análisis de las élites extractivas podía aplicarse al ejemplo español. Me respondió que no. «España tiene por lo general instituciones inclusivas, y sus problemas son grandes pero perfectamente solucionables. No tiene la clase de problemas que tienen Libia y Pakistán. Debemos ser realistas», me dijo.[8] Aun así, el libro triunfó en España y buena parte de las élites reformistas adoptaron la retórica de las «élites extractivas» y la aplicaron con gran éxito. Incluso periodistas populares como Lucía Méndez, Joaquín Estefanía o Enric Juliana divulgaron el concepto y discutieron si España era víctima de unas «élites extractivas».

No todos los autores de estos libros, ni de los artículos sobre el reformismo que aparecían a diario en los periódicos, eran afines a UPyD. Pero el partido utilizó esas ideas para presentarse como una herramienta útil. Su líder, Rosa Díez, había afirmado en varias ocasiones que el objetivo de UPyD era llevar el descontento ciudadano a las instituciones, desde las cuales sería posible emprender las reformas. Díez supo entender el potencial político del 15M y afirmó que, aunque era un movimiento espontáneo que se limitaba a hacer sus reivindicaciones en la calle, tenía con su partido ciertos puntos en común. De hecho, para pedir el voto en las elecciones municipales y autonómicas que se celebrarían ese mismo mes de mayo de 2011, UPyD adoptó en parte la estética del 15M, e incluso su escenario, el centro de Madrid. Y articuló, en un acto de campaña celebrado en la plaza de Ópera, cercana a la de Sol, algunos de los temas que compartían y que definirían la

política de los años siguientes. Ese día, Díez no solo habló del «fin del bipartidismo», que era «asfixiante y obligatorio», sino de la necesidad de «volverse a comprometer políticamente» después de que millones de ciudadanos se sintieran «divorciados» de la política y «desencantados con esta». Hasta aquel momento, esos ciudadanos «no han encontrado instrumentos para canalizar sus inquietudes». UPyD, dijo, era ese instrumento.[9]

A quinientos metros de allí, los acampados en Sol no parecían tener ninguna intención de convertirse en una plataforma para UPyD. A esas alturas el 15M ya se estaba transformando. Si en un principio había sido un movimiento transversal, sin una ideología definida más allá de la denuncia de la decadencia del sistema político y económico español, poco a poco la acampada adoptó la estética, los lemas y las prácticas de los movimientos de izquierda no institucionales que, durante cinco décadas, habían aparecido esporádicamente en la política occidental. Algunas pancartas —«Dormíamos, despertamos»— recordaban al ingenio un tanto sentimental de los estudiantes franceses de Mayo de 1968; el sistema de organización de la acampada, mediante asambleas, remitía al utilizado por los grupos de izquierdas en las universidades; en la acampada de Sol, y en otras que la replicaron en varias ciudades del país, se llevaron a cabo batucadas, talleres y actividades reivindicativas que recordaban al movimiento antiglobalización. Las propuestas aprobadas diez días después del inicio de la acampada —el mismo día del mitin de Díez— ya incluían elementos ideológicos más definidos: el rechazo al Fondo Monetario Internacional y el Banco Central Europeo, la propuesta de nacionalización de algunas empresas, la reducción del gasto militar y la recuperación de la memoria histórica.

UPyD dejaría de pensar en el 15M como una posible plataforma electoral. El movimiento tampoco recibiría el apoyo

de Izquierda Unida —que lo consideraba pequeñoburgués y ajeno a la disciplina tradicional de la izquierda de raíz comunista— ni del PSOE, que a fin de cuentas había aprobado los recortes que habían suscitado su aparición. Mientras tanto, su complejidad interna aumentaba, y la necesidad de comunicarse con las fuerzas de seguridad y las autoridades locales hizo que fuera quedando en manos de organizadores con experiencia en protestas previas o grupos estudiantiles. Al mismo tiempo, como ya había sucedido con otros movimientos, a esas alturas la mayoría de sus simpatizantes eran sobre todo jóvenes descendientes de la clase media que, en el contexto de la crisis financiera, sentían que su pertenencia a ella estaba amenazada. De hecho, el miedo a que la crisis fuera un elemento desclasador era algo generalizado en la sociedad española: formar parte de este estrato social no solo era deseable en términos económicos, sino también identitarios. La existencia de una clase media amplia había sido uno de los elementos legitimadores de la democracia española y pertenecer a ella una manera de participar de la modernización del país. Más allá de su retórica y su estética cada vez más revolucionarias, tras el difuso programa del 15M subyacía la idea de que era necesaria una mayor implicación del Estado en la economía para que muchos españoles conservaran su estatus de clase media. Ante la posibilidad de que se produjera un gran empobrecimiento, que no era solo económico, el 15M había despertado a la sociedad y ahora era necesario que lo hiciera el Estado. Para ello, era preciso expulsar a la vieja élite, que había incumplido su promesa tácita a la nueva generación, y sustituirla por una nueva. «Si no nos dejan soñar —decía uno de los lemas de origen incierto que se convirtieron en emblemas del movimiento— no les dejaremos dormir».

El Tea Party y el 15M eran muy diferentes. Su composición sociológica era completamente distinta —el primero estaba dominado por gente mayor o de mediana edad, con rentas más bien altas; el segundo, por jóvenes que, ante el aumento del desempleo y la suspensión de la contratación pública, no sabían cuáles serían sus ingresos— y respondieron a la crisis de acuerdo con dos tradiciones políticas antagónicas. Una, la estadounidense, basada en el individualismo y la aceptación de la desdicha, siempre y cuando fuera provocada por las decisiones propias, no por la élite política. La otra, española y europea, basada en el estado de bienestar, la mutualización de los riesgos y la ambivalencia frente al capitalismo. Sin embargo, en ambos casos subyacía un miedo compartido. La crisis podía destruir uno de los mayores logros de la política occidental de los últimos sesenta años: la existencia de una amplia clase media relativamente segura. Además, existía la posibilidad de que la respuesta de los respectivos gobiernos acabara con las dos tradiciones políticas que los manifestantes consideraban fundamentales en sus respectivos países: en Estados Unidos, temían que una ampliación del papel del Estado y la redistribución económica terminaran con el individualismo nacionalista; en España, que la austeridad impuesta por el Gobierno dañara irremediablemente emblemas como la sanidad pública o las pensiones. Sin duda era una crisis económica. Pero también, creían los dos movimientos, una amenaza al pacto social que, según ellos, debía regir sus respectivas sociedades: un acuerdo que emanaba de dos concepciones distintas de la clase media y de lo que era, o debía ser, la élite gobernante de un país.

A pesar de sus muchas diferencias, tanto el Tea Party como el 15M se veían a sí mismos como representantes del pueblo que se enfrentaban a las élites. Sin embargo, esta autopercepción era ambigua. Algunas de sus reivindicaciones gozaban de un

apoyo real entre la ciudadanía, si bien no eran movimientos masivos, y mucho menos entre la clase trabajadora. Sus miembros iban a sufrir las graves consecuencias de la crisis económica, pero no iban a ser sus mayores perdedores. De hecho, aunque la crisis lo trastocara todo, pertenecían sociológicamente a las clases de las que solía surgir la élite. Pese a la retórica de ambas insurgencias de derecha y de izquierda, la incipiente crisis política no era un enfrentamiento entre el pueblo y la élite. Fue, en realidad, el choque entre dos concepciones distintas de la élite y una lucha por cuál de ellas debía gobernar una sociedad democrática.

El Tea Party representaba a clases medias con éxito en la pequeña empresa, que pertenecían a sectores económicos tradicionales y consideraban que su escaso poder político no se correspondía con su preponderancia dentro de la economía del país, sus conocimientos sobre la actividad empresarial y su contacto con la realidad de los trabajadores y los consumidores. De acuerdo con la tradición democrática estadounidense, eran esos ciudadanos normales, esforzados y trabajadores quienes debían formar la columna vertebral de la gobernación del país. Pero ellos sentían que no era así. El mundo vinculado a la academia, la tecnología y la gran empresa, que en realidad era una minoría progresista no representativa, había secuestrado Estados Unidos y utilizaba los impuestos, las regulaciones y la manipulación de la cultura para impedir que el ciudadano común prosperara. El país debía volver a sus genuinos propietarios —«recuperar» se convirtió en un verbo clave para el Tea Party— y sus legítimos gestores.

El 15M y otros movimientos insurgentes de izquierdas, en cambio, estaban impulsados por activistas, políticos profesionales, académicos y jóvenes aspirantes a formar parte de la llamada «clase creativa», que sentían que la crisis financiera había puesto en peligro su pertenencia a las clases

medias. Consideraban que sus conocimientos teóricos y su dedicación a las causas nobles los convertían en representantes fiables de las clases bajas. Y que la política necesitaba gente nueva con una actitud diferente, armada de ideas de justicia y teorías abstractas, casi siempre inspiradas en versiones democráticas del viejo marxismo. La legitimidad de la élite gobernante no debía proceder de su capacidad para prosperar en el sector privado, ni siquiera de su talento para ascender en los partidos. Esa legitimidad la conferían el compromiso y, también, la dedicación al sector público desde la academia, la educación pública primaria y secundaria y otras formas de funcionariado. Ese estrato social, por lo demás, contaba con el apoyo explícito del mundo cultural e intelectual que, aunque con frecuencia operaba en el sector privado, solía compartir los ideales de la clase media comprometida, politizada e ilustrada. Ese era el tipo de élite que estaba legitimado para hablar en nombre del pueblo, porque se hallaba más cerca de la gente normal no solo por razones ideológicas, sino porque sus ingresos tendían a ser inferiores a los de los miembros de las élites económicas.

Eran élites distintas: una basaba su legitimidad en el dinero; la otra, en los conocimientos y la actitud. Pero ambas eran élites y las dos decían representar al pueblo expoliado por la clase dominante que ostentaba el poder en el momento de la crisis.

Tanto el Tea Party como el 15M enseguida cruzaron el Atlántico y se replicaron en el otro continente. En Estados Unidos, apenas cuatro meses después del 15M, un grupo de manifestantes acampó en Zuccotti Park, una plaza privada de uso público situada en el barrio financiero de Manhattan, en Nueva York. La ocupación había sido impulsada por la asociación anticapitalista Adbusters, que publicaba una revista del mismo nombre que llamaba a acabar con el consumismo.

Su lema era «Somos el 99 por ciento». La «ocupación» estaba en contra del desigual reparto del poder entre esa abrumadora mayoría de estadounidenses y el restante 1 por ciento, que no solo poseía rentas más altas y más propiedades, sino que gozaba de una influencia desproporcionada en la política, tenía acceso a una sanidad mucho mejor, podía mandar a sus hijos a universidades de élite y, en algunos casos, eludía parcialmente el pago de los impuestos que le correspondían. Además, una parte de ese 1 por ciento, los banqueros, habían hinchado la burbuja especulativa que luego provocó la crisis financiera, sus empresas habían sido rescatadas con dinero público y varios habían recibido generosos bonus. «¿Cómo hemos llegado hasta aquí? Por dos razones. La gente que impulsa el movimiento, en su mayoría joven, tiene muy buenas intenciones. Casi todos se comportan bien. Muchos cuentan con educación superior. Quieren aprender. Y perciben la profunda injusticia que existe en el país», escribió Jeff Madrick, un economista de izquierdas que fue invitado a dar una charla en Zuccotti Park y escribió una crónica con sus percepciones en la revista progresista *The New York Review of Books*. «La crisis no es solo económica. Tiene que ver con la justicia y la democracia. ¿Cómo vamos a culpar a quienes tienen veinte años y se sienten frustrados porque no pueden encontrar un empleo debido a las altas tasas de desempleo juvenil mientras en Wall Street se reparten enormes bonus?».[10]

El tono de Madrick era un tanto paternalista. Reconocía que los jóvenes participantes en lo que se conocería como Occupy Wall Street no tenían un programa político claro, ni una serie de reivindicaciones consensuadas que exigir a los políticos, pero que eso era secundario. Después de reunirse con algunos de ellos, afirmó que «varios tienen másteres y doctorados. Lo que me sorprendió de inmediato es lo reflexivos que son. Quieren hacer un tipo de protesta distinta». La prensa, después

de haberlos desdeñado, empezó a interesarse por sus ideas. De hecho, incluso la televisión generalista pasó a ocuparse de los rescates a los bancos, mientras los senadores discutían sobre un impuesto a los millonarios y Nancy Pelosi, líder de la minoría demócrata en la Cámara de Representantes, hablaba con admiración de la actitud del movimiento. Aunque su esencia era la «no-institucionalidad», se estaba convirtiendo en un organismo casi espontáneo ante el que los actores públicos tenían que responder. Sus integrantes, como reiteraba Madrick, eran universitarios con un posgrado; seguramente formaban parte del 99 por ciento de la población a la que decían defender, pero dentro de él es probable que ocuparan uno de los deciles más elevados, por debajo de los banqueros millonarios, aunque muy por encima de los trabajadores que no habían ido a la universidad. Ese año, solo un 8 por ciento de los estadounidenses de edad igual o superior a veinticinco años había cursado un máster, y solo un 1,5 por ciento era doctor. [11]

De modo que las expectativas laborales de los manifestantes eran muy elevadas, pero los sectores en los que querían desarrollar su carrera atravesaban su peor momento en décadas. Así estaban los medios de comunicación y el mundo de la edición, que habían sufrido un duro golpe con la crisis financiera; las universidades de élite, que habían perdido millones de dólares con las caídas de la Bolsa; y en general todos los relacionados con disciplinas artísticas y creativas que, a pesar de no ser los más rentables, estaban asociados al estatus, el prestigio y un papel preponderante en la discusión pública. Esos sectores no solo se encontraban en decadencia y se temía abiertamente por su futuro, sino que también estaba surgiendo una élite distinta: la relacionada con los trabajos tecnológicos, asociados a empresas digitales que empezaban a hacer millonarios a sus fundadores y sus primeros empleados y

sustituyendo a las plataformas culturales tradicionales como espacio de discusión, prestigio y enriquecimiento.

Y es que si la mayoría de los analistas vieron el fenómeno Occupy Wall Street en términos de lucha ideológica, frustración económica y excesos del neoliberalismo, Peter Turchin, un científico especializado en la evolución de los sistemas sociales y los ciclos históricos, ofreció un análisis particular basado en una premisa distinta. Según él, lo que causaba tal grado de malestar era que Estados Unidos producía demasiadas personas con formación de élite que esperaban formar parte del grupo más selecto e influyente de ciudadanos. Pero el país y sus sistemas político y económico no generaban los suficientes puestos de trabajo para tantos licenciados, másteres y doctores. «Gracias a una movilidad económica y educativa ascendente —decía Turchin— cada vez hay más gente que se enriquece, cada vez hay más gente que tiene una educación. Lo cual no parece malo en sí: ¿acaso no queremos que todo el mundo estudie y sea rico? El problema comienza cuando el dinero y las licenciaturas» empiezan a ser tan abundantes que cada vez son menos rentables en cuanto a ingresos y estatus. En un momento en que muchas familias compiten ferozmente por mandar a sus hijos a las mejores escuelas y universidades, en que los estudiantes son sometidos a rigurosos procesos de acceso y muchas veces se endeudan para pagar la matrícula, en que la educación se prolonga para adquirir conocimientos increíblemente especializados y sofisticados, pero no aumentan los puestos con influencia e ingresos altos, «quienes carecen de poder acabarán volviéndose contra quienes lo tienen».[12]

De ahí surgía su idea de una «contraélite»:

> Una persona puede ser miembro de una élite ideológica y no de una élite económica […]. Los trabajos de élite no se multiplican con tanta rapidez como lo hacen las élites. Hay solo cien escaños en el Senado,

> pero existen cada vez más personas que disponen de dinero y de una titulación universitaria que le hacen pensar que debería estar dirigiendo el país. [Hay] muchas más élites luchando por el mismo puesto, y una parte de ellas se convertirán en contraélites.

Esas contraélites apelaban al pueblo para justificar su posición e intentaban aliarse con él para atacar a la élite. Algo que entonces, y durante el resto de la década, fue relativamente fácil, porque era evidente que las condiciones de vida de la gente habían empeorado. La teoría de Turchin, a pesar de sus elaboradas explicaciones históricas y sus modelos matemáticos, no siempre resulta creíble. Con todo, parece útil ver las luchas ideológicas y las insurgencias tratadas en este libro desde esa perspectiva, esto es, como la competición entre unas élites cada vez más numerosas por hacerse con posiciones de poder en un momento en que los cambios económicos, políticos y tecnológicos hacían pensar que se abría una ventana de oportunidad para un cambio real de élites.

Porque, en un movimiento inverso al de la exportación del 15M a Estados Unidos, en España, en 2013, con la fundación de Vox, se importaron algunos de los rasgos que había adoptado el Partido Republicano más receptivo al Tea Party. El nacimiento de la nueva formación respondía a cuestiones nacionales y a un conflicto entre las élites del Partido Popular. Algunos miembros del PP pensaban que, tras asumir el poder en 2011, Mariano Rajoy estaba siguiendo una línea muy moderada pese a disponer de mayoría absoluta en el Congreso de los Diputados. El presidente había incumplido sus promesas económicas y había subido los impuestos para contener el enorme déficit de las cuentas públicas. Eso fue un golpe para quienes creían que la bajada de impuestos era la salida lógica de la crisis, y la que adoptaría un partido conservador. Algo parecido sucedió con cuestiones de carácter moral, como el aborto o el matrimonio

homosexual, ante los cuales Rajoy optó por una posición ambigua, a la espera de que el Tribunal Constitucional resolviera la constitucionalidad de las leyes aprobadas por el anterior Ejecutivo. Además, en 2012 se había iniciado en Cataluña el proceso independentista. Aunque Rajoy y su Gobierno adoptaron una retórica dura contra el separatismo, parecieron dar por sentado que el tiempo demostraría que se trataba de un propósito inviable y que la acción de los tribunales y de las propias leyes sería suficiente para contenerlo, cosa que molestó a una parte del partido, que esperaba acciones políticas más contundentes.

Por supuesto, el independentismo no era una ideología nueva en Cataluña y había estado presente de manera soterrada en casi todos los gobiernos autonómicos catalanes. Sin embargo, en 2012, cuando España corría el riesgo de entrar en bancarrota y de ser rescatada por las autoridades europeas, los independentistas vieron una oportunidad para sacar adelante su agenda, que consistía en lograr una mayor autonomía, e incluso la independencia, con un argumento que recordaba al utilizado por los países nórdicos más contrarios a la progresiva integración europea. Cataluña, según los independentistas, estaba bien gestionada, pero el «expolio fiscal» al que la sometía el Gobierno de España imposibilitaba que pudiera hacer frente a la crisis con los recursos suficientes. Así, este tenía dos opciones: concederle la plena autonomía fiscal, a cambio de que Cataluña siguiera formando parte del país y aceptara su entramado institucional, o bien resignarse a que se independizara para poder gestionar libremente su economía y no tener que redistribuir una parte de sus recursos fiscales hacia zonas más pobres de España, algo que equivalía a un robo, como afirmaba uno de los lemas más populares al inicio del *procés*: *Espanya ens roba*. El 19 de septiembre de 2012, después de que Artur Mas pidiera la concesión de un nuevo

pacto fiscal para Cataluña y Rajoy lo rechazara, el presidente de la Generalitat afirmó que, ante esa negativa, se abriría un debate sobre qué medidas adoptar, aunque creía «que no hay que hablar de rupturas totales porque dentro de Europa esto no tendría sentido». «Cualquier decisión debe ser un proyecto europeo, de Unión Europea y de euro —dijo—. No nos hemos vuelto locos». «Romper no está en mi vocabulario», según recogió *La Vanguardia*.[13] Pero el *procés*, aunque en ese momento no supusiera una ruptura total, ofrecía varias ventajas políticas a los líderes nacionalistas catalanes. Por un lado, era una forma de contener el equivalente catalán del 15M que, surgido al mismo tiempo que el madrileño, denunciaba los recortes del gasto público que había llevado a cabo el Gobierno conservador catalán, singularmente en la sanidad, y lo amenazaba con una oleada izquierdista. Por el otro, los gobernantes catalanes y los ideólogos del nacionalismo previeron que la inmensa crisis que afectaba a la eurozona provocaría grandes transformaciones institucionales cuyo final era imprevisible. En ese momento, parecía verosímil no solo que España fuera rescatada, sino que los fondos necesarios para rescatar a Italia fueran de una magnitud impensable, que Grecia fuera expulsada de la unión monetaria, o que Alemania y los países nórdicos exigieran la creación de una «Europa de dos velocidades» para distinguir a los países cumplidores de los derrochadores. En este contexto de incertidumbre, los impulsores del *procés* pensaron que, aunque no fuera fácil, la inestabilidad facilitaría negociar con el Gobierno español una mejora de la capacidad fiscal y además presentarse ante las autoridades de la Unión Europea como un nuevo país cumplidor y responsable, una especie de nación del norte encuadrada geográficamente en el sur, que era como el nacionalismo catalán había visto siempre a Cataluña. Era una ventana de oportunidad que había que aprovechar, aunque su

resultado fuera incierto. Al mismo tiempo, suponía una operación de sustitución de élites bastante paradójica. El poderoso *establishment* político y económico catalán señalaba a la élite política y empresarial española como la causante de los problemas que estaban sufriendo los ciudadanos, y se proponía a sí misma como una élite legítima, con las herramientas ideológicas y los recursos intelectuales necesarios para formar no solo un país más eficaz, sino también más legítimo. La paradoja del independentismo catalán fue que, aunque desde el inicio el *procés* reprodujo muchos rasgos de las grandes insurgencias de la época, en su caso lo hizo desde el poder institucional.

Ante la suma de estos factores, una parte relevante de los dirigentes del PP que se habían formado con la línea más dura de Aznar, o en el entorno del Gobierno de la Comunidad de Madrid, y que habían perdido peso en el partido —o su trabajo en él, como Santiago Abascal, el futuro líder de Vox—, decidieron escindirse y fundar un nuevo partido político. Sin embargo, aunque su nacimiento fuera fruto de las tensiones políticas nacionales, Vox también recogió las brechas que empezaban a aparecer en la derecha occidental tras la crisis financiera; la sensación de que los partidos conservadores no sabrían aprovecharla para reducir el intervencionismo del Estado tanto en las economías nacionales como en la actividad privada, sino más bien lo contrario, como parecía demostrar la subida de impuestos del PP. En el caso europeo, además, una parte notable de la derecha, que hasta entonces había asumido con cierta resignación el proceso de integración europea y la creación del euro, empezó a señalar que los planes de recuperación de la Comisión Europea y el Banco Central Europeo carecían de legitimidad democrática y, más grave aún, suponían en la práctica la desaparición de la soberanía de los estados miembros. En Alemania, en respuesta a la actuación de

estas dos últimas instituciones, surgió, también en 2013, Alternativa por Alemania (AfD), cuyo programa era básicamente económico. De hecho, sus fundadores fueron un profesor de economía y un periodista jubilado del *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, un periódico económico alemán muy respetado y bastante derechista, y algunos de sus primeros miembros eran antiguos militantes de la CDU, el partido de centroderecha alemán, molestos por las políticas moderadas de Angela Merkel. AfD era contrario al euro, porque consideraba que dañaba los intereses y la soberanía de Alemania, y en concreto a las medidas adoptadas por Mario Draghi al frente del Banco Central Europeo. Los tipos de interés bajos, que beneficiaban a los países del sur de Europa con problemas de endeudamiento y estancamiento, perjudicaban a Alemania, cuya economía iba mejor y cuyos ciudadanos no recibían entonces casi nada por sus ahorros. En última instancia, el partido temía que se mutualizara la deuda de los países europeos y que los alemanes tuvieran que pagar las irresponsabilidades y los derroches de los gobiernos del sur de Europa. También en 2013, ante el auge de un sector del Partido Conservador británico que deseaba que Reino Unido abandonara la Unión Europea, y adoptara posiciones mucho más derechistas, David Cameron, el primer ministro, anunció que convocaría un referéndum para solventar de una vez por todas la cuestión.

Sin embargo, no solo estaban apareciendo movimientos políticos de derechas, bien en forma de nuevos partidos, como Vox y AfD, bien dentro de partidos existentes, como el Tea Party entre los republicanos estadounidenses, el independentismo catalán dentro del hasta entonces nacionalismo autonomista y la revigorizada corriente *brexiter* dentro del Partido Conservador británico. El trasfondo ideológico del 15M y del movimiento Occupy Wall Street

también se estaba institucionalizando. En 2012, en Grecia, la Coalición de la Izquierda Radical, más conocida como Syriza, se constituyó como partido. Ese mismo año, en Francia, Jean-Luc Mélenchon, un histórico miembro del Partido Socialista francés que había sido ministro durante la presidencia de Jacques Chirac, creó una alianza que aspiraba a representar al pueblo francés «insumiso» frente a las élites; más tarde su movimiento adoptó el nombre Francia Insumisa. Y dos años después, en 2014, nació Podemos en España.

Podemos se presentó como la traducción política, con vocación institucional, del 15M: «Dijeron en las plazas que "sí se puede" y nosotros queremos decir hoy que "Podemos"», afirmó su líder Pablo Iglesias en el acto de presentación del partido en un teatro alternativo del barrio de Lavapiés de Madrid. Varios de sus fundadores eran jóvenes profesores universitarios, algunos con puestos precarios de asociados o becados, o activistas anticapitalistas, que tenían fuertes vínculos profesionales y emocionales con la política revolucionaria latinoamericana. Varios de ellos, como Iglesias, Rita Maestre, Luis Alegre o Íñigo Errejón, habían tenido sus primeras experiencias políticas en la Fundación Centro de Estudios Políticos y Sociales, una organización anticapitalista que ofrecía servicios de consultoría a partidos y gobiernos de izquierdas latinoamericanos, sobre todo al de Hugo Chávez en Venezuela. Juan Carlos Monedero, el fundador políticamente más experimentado, también había asesorado a los gobiernos de Bolivia, Nicaragua y Ecuador, además del de Venezuela. Errejón, por su parte, había escrito una tesis doctoral que estudiaba y halagaba la llegada al poder de Evo Morales en Bolivia, titulada *La lucha por la hegemonía durante el primer gobierno del MAS en Bolivia (2006-2009): un análisis discursivo*. [14] En los años previos al proceso de creación de Podemos, sus líderes analizaron la crisis económica y política española

aplicando sus conocimientos de Latinoamérica y las claves políticas que dominaban allí: la enorme desigualdad social, el recelo de amplios sectores de la sociedad hacia el Estado, la existencia de castas políticas inamovibles y de partidos basados en la corrupción y la conexión con las élites económicas. De hecho, algunas de sus primeras propuestas legislativas fueron réplicas de las que habían circulado durante décadas entre la izquierda latinoamericana, o en los círculos académicos y activistas vinculados a los movimientos contra la globalización —el tema de la tesis doctoral de Pablo Iglesias— y la izquierda alternativa. De repente, tras el 15M muchas de esas ideas, que en Europa se habían replegado tras el declive de los movimientos antiglobalización, empezaron a circular en los medios de comunicación mayoritarios y las conversaciones políticas de España. Y cuando los líderes de Podemos las introdujeran en el debate público aún con más fuerza, se volvió a hablar de prohibir los desahucios y cancelar la deuda pública, de establecer votaciones de revocación para destituir a los gobiernos que no cumplieran sus promesas, de los límites salariales, de la nacionalización de las empresas en sectores estratégicos, de la regulación estricta de los medios de comunicación, y sobre todo se denunció a una «casta» política, empresarial y cultural corrupta que dominaba de manera opaca todos los ámbitos de la vida del país.

Más allá de esas ideas concretas, que el partido modificó con enorme rapidez según las necesidades discursivas de cada momento, sus fundadores advirtieron que se había abierto una gran ventana de oportunidad para una formación que fuera capaz de combinar la denuncia sistemática de la élite, medidas políticas de apariencia radicalmente democrática y propuestas económicas basadas en una mayor preponderancia del Estado sobre el mercado. Como Syriza, Podemos quería superar la estética y la ortodoxia del comunismo europeo, y que todos los

movimientos que se encontraban a la izquierda de la socialdemocracia tradicional se coaligaran. Pero ante todo, como reconocían sus impulsores, aspiraba a ser un «significante vacío» en el que cualquiera pudiera ver reflejada su preocupación por el malestar social, fuera reformista, neocomunista, bolivariano, ecologista, feminista, socialdemócrata, antiglobalización o incluso liberal, como se consideraba un número sorprendentemente alto de sus posteriores votantes. Para lograrlo, desplegaron una talentosa comunicación política basada en la contraposición de una casta irresponsable con un pueblo bueno por naturaleza que, además de recoger ideas de la tradición peronista, incluía sofisticadas teorías acerca de la política populista y lemas del movimiento Occupy Wall Street sobre el enfrentamiento entre el 1 por ciento más rico y el 99 por ciento de la gente.

El origen de Podemos estaba en la izquierda radical, aunque desde el principio el partido discutió si debía convertirse en una formación transversal y abandonar la retórica izquierdista para atraer a las clases medias, muy enfadadas por la crisis y su gestión, pero que no simpatizarían con un movimiento extremista. Mientras no resolvía esta duda, reflejó la naturaleza ambigua de los movimientos surgidos en esa época. Aunque aseguraban encarnar la defensa del pueblo, una parte importante de sus fundadores descendía de la clase media y alta y lo tenían todo para pertenecer a la élite española tradicional: habían estudiado carreras con pocas oportunidades en el sector privado pero con prestigio social, y su trayectoria natural pasaba por el compromiso político, la universidad, colaborar en periódicos y radios y escribir libros. Sin embargo, en ese momento la universidad estaba sometida a importantes recortes, no se contrataba a nuevos académicos y los profesores jóvenes se encontraban en la más absoluta precariedad; *El País*, el periódico de referencia para los intelectuales de izquierdas

—no sin ambigüedades—, se había vuelto, para muchos de ellos, un periódico de derechas; y ante la decadencia de Izquierda Unida y su incapacidad para interpretar la crisis de una manera electoralmente eficaz, así como un PSOE que había recortado el gasto social, su compromiso político no contaba con un referente institucional. Podemos fue una respuesta inteligente a la crisis del momento, pero también la consecuencia del anhelo de sus fundadores por pertenecer a la élite dirigente y a una clase media-alta tradicional cuya visibilidad traspasara los ámbitos académicos. Sus miembros se dieron cuenta de que la combinación de sus ideas y el contexto político podía permitirles ese deseado ascenso social mediante la defensa de los más perjudicados por la crisis. La sociedad española, agotada económicamente y hastiada por la política tradicional bipartidista, respondió con enorme interés: el partido no solo entró en el Parlamento Europeo el año de su fundación, sino que en 2015 lo hizo en el Congreso de los Diputados.

Ese mismo año arrancaron en Estados Unidos las primarias del Partido Demócrata para elegir al sucesor de Obama como líder del partido y candidato presidencial para las elecciones de 2016. Un candidato destacó entre los demás: Bernie Sanders, un veterano político independiente, nacido en 1941, cuyos principios ideológicos se remontaban a los movimientos radicales de los años sesenta, que mezclaban la oposición a la guerra de Vietnam con la defensa de los derechos civiles de los negros. Sanders, que había hecho carrera en la política local del rico estado de Vermont hasta que se convirtió en miembro del Congreso en 1991, siempre se había situado en el lado más izquierdista de la política institucional estadounidense. Adoptaba posturas de «socialdemócrata», «progresista» o «socialista radical», términos que buena parte del *mainstream* político de su país consideraba extremos. Criticaba a la élite

política y económica de Estados Unidos, a la que consideraba imperialista en el extranjero y una simple defensora de los ricos en su país. De hecho, ni siquiera estuvo vinculado al Partido Demócrata hasta 2005, cuando se presentó a las elecciones del Senado como su candidato. En 2015 su candidatura parecía, además de la traducción institucional del movimiento Occupy, una opción viable de liderar un partido que hacía muchas décadas que defendía posiciones moderadas. También en 2015, el británico Jeremy Corbyn, cuya trayectoria de izquierdista radical clásico le había hecho oponerse durante la Guerra Fría al papel de Reino Unido contra el comunismo, aliarse con la causa palestina y la revolución iraní, además de manifestarse partidario del movimiento contra la globalización, se convirtió en el líder del Partido Laborista británico más izquierdista desde la década de 1970.

Por supuesto, también aparecieron movimientos centristas, que intentaron articular la idea de que la salida de la crisis exigía soluciones tecnocráticas. Estas, aunque carecieran del atractivo revolucionario del extremismo de derechas o de izquierdas, pretendían transformar con la misma radicalidad la sociedad y los estados, solo que sin trastocar la esencia de sus pactos sociales. En España, en las elecciones de 2015 Ciudadanos sustituyó a UPyD, que no obtuvo representación parlamentaria, como el partido reformista nacional. Ciudadanos ponía más énfasis en las cuestiones económicas y de eficiencia, y reivindicaba una especie de liberalismo transversal que se reflejaba en sus estatutos, en los que se identificaba como el heredero de las tradiciones socialdemócrata y liberal. También en 2015, Emmanuel Macron, que era ministro de Economía del Gobierno francés presidido por el socialista François Hollande, reconoció que, aunque había sido militante del Partido Socialista, ya no lo era. El año siguiente anunció un movimiento de carácter centrista

llamado En Marche! («¡En Marcha!», con las mismas iniciales que su nombre) con el que, dijo, se presentaría a las elecciones presidenciales. En Estados Unidos, tras la sorpresa inicial que supuso la candidatura de Sanders, Hillary Clinton venció en las primarias del Partido Demócrata con un programa esencialmente centrista, en línea con el de los dos últimos presidentes demócratas, su marido Bill Clinton y, después, Obama.

A principios de 2016, los líderes de la mayoría de los países occidentales aún pertenecían a los partidos tradicionales y continuaban surgiendo movimientos y candidatos centristas. Si uno se fijaba solo en los gobiernos, podría haber pensado que la crisis financiera global, y más tarde la crisis del euro en la Unión Europea, no se habían traducido en un cambio radical de la política institucional. Pero la política oficial, aprenderíamos más tarde, iba con retraso. Porque la oferta ideológica se había ampliado con rapidez: habían surgido nuevas ideologías, movimientos insurgentes y transformaciones y alianzas inesperadas. Habían empezado a desgarrarse algunos partidos centenarios y aparecido muchos nuevos. Estaban en auge ideologías mucho más radicales que el viejo ordoliberalismo. El mercado de las ideas había mutado. Y esa mutación no solo había contribuido a que emergieran todos esos fenómenos nuevos. Además, los había moldeado.

3
El mercado de las ideas

Esta volatilidad ideológica, como he tratado de explicar, se produjo por razones económicas y políticas objetivas. Pero la manera en que aparecieron y se desarrollaron las nuevas insurgencias fue fruto, en buena medida, de la transformación que estaba experimentando en esos años el mercado de las ideas. Es decir, el conjunto de mecanismos a través de los cuales, en las democracias, se generan e intercambian las ideas, estas pugnan entre sí, cobran popularidad o caen en el descrédito.

Durante décadas, por lo menos desde la popularización de la televisión en los años sesenta, ese mercado de las ideas había sido bastante estable y reconocible. Los profesores universitarios, los intelectuales y los columnistas generaban y divulgaban nociones acerca de la organización social, la política y la economía; las revistas, los periódicos y los libros las difundían entre los ciudadanos que estaban más interesados en los acontecimientos públicos, y la televisión y la radio lo hacían para un público más generalista. Unas élites científicas, con la intermediación de los medios de comunicación, la burocracia y los políticos, transmitían a la población una serie de conductas que se consideraban responsables. Y, a raíz de lo anterior, los políticos ejercían de transmisores relativamente creíbles de los consensos ideológicos que emergían de esa compleja, y a veces contradictoria, conversación pública. Los profesionales del marketing y la publicidad, por su parte, transmitían modelos de vida y patrones de consumo que

merecía la pena imitar.

Se trataba de un sistema dominado por élites, aunque en aquellas sociedades occidentales en las que había movilidad social era posible, si se tenía suerte, acceder a ellas, con independencia del origen. Era, además, un sistema caro. La difusión de las ideas entre una buena parte de la ciudadanía requería costosos procesos industriales —como la edición, la impresión de periódicos o la creación de cadenas de televisión — o grandes grupos humanos como la universidad, los partidos y la Administración.

Al mismo tiempo que esto sucedía en los ámbitos tradicionales de circulación de las ideas, el cine, la música pop y la literatura popular difundían formas de vida relativamente infrecuentes en la realidad. Las canciones, las películas y los best sellers casi siempre tenían ciertas connotaciones ideológicas, aunque fuera de una manera laxa. Y las declaraciones públicas de los artistas acerca de la política o la economía reflejaban posturas que luego muchos ciudadanos imitaban. Si bien esto afectaba a la batalla cultural entre los conservadores y los progresistas, que a su vez influía en la ideología y la vida de los partidos y los medios de comunicación, por sí mismo, probablemente, no cambiaba demasiado los resultados de las elecciones. Pero formaba parte de un circuito real: ayudaba a conformar el sistema de ideas en el que vivía la sociedad, lo cual a su vez tenía una enorme influencia en la política.

De vez en cuando surgían en ese sistema nociones nuevas que parecían rompedoras; otras viejas se recuperaban y adquirían nuevo protagonismo; y se ensayaban propuestas ideológicas que, cuando no prendían entre el público, acababan en sistemas alternativos y minoritarios o directamente se descartaban. Muchas veces las ideas que poco antes habrían parecido radicales se abrían camino hasta entrar en el debate

público mayoritario. O viceversa: las ideas dominantes parecían de repente irrelevantes. En este proceso complejo, muy competitivo, que a veces recordaba a una verdadera batalla ideológica, estética y política, el marco del debate público estaba bastante claro, y eso contribuía a la estabilidad de las democracias. La opinión pública cambiaba y pugnaba, pero lo hacía con parámetros conocidos y más o menos predecibles.

Sin embargo, en la segunda década del siglo XXI, cuando aparecieron las nuevas insurgencias y existía la sensación de que las viejas ideologías estaban caducas y era necesario encontrar otras nuevas que las sustituyeran, ese marco había cambiado. Por supuesto, el antiguo mundo de los periódicos, los académicos, las tertulias radiofónicas y las entrevistas a intelectuales no había desaparecido. En muchos sentidos, seguía siendo el más prestigioso, sobre todo —aunque no solo — entre las élites tradicionales. Tampoco lo había hecho la cultura popular, aunque estaba sufriendo su propia transformación causada por las innovaciones tecnológicas. Pero las viejas formas de circulación de las ideas ya convivían con otras nuevas, y esa mezcla influiría profundamente en las ideas insurgentes y en su rápido desarrollo.

El cambio más evidente, por supuesto, tuvo que ver con internet. Si bien su penetración había aumentado mucho en la década previa a la crisis, durante la posterior casi toda la población —hasta el 90 por ciento en Europa y Estados Unidos — se convirtió en usuaria.[1] Pero en realidad lo novedoso no era internet, sino dos fenómenos vinculados a ella que se realimentaron entre sí: los teléfonos inteligentes y las redes sociales. Facebook nació en 2004 y se convirtió en un servicio de acceso universal en 2006, el mismo año en que nació Twitter. En 2007 se presentó la primera generación del iPhone; un año después se comercializó el primer teléfono con Android,

el sistema operativo de Google. El servicio de mensajería gratuita WhatsApp apareció en 2009. En 2010, Facebook tenía quinientos millones de usuarios activos y Twitter cincuenta y cuatro millones, cifras que se multiplicaron por siete u ocho a lo largo de la década.[2] Durante ese periodo, la aplicación más descargada en los teléfonos móviles de todo el mundo fue la de Facebook.

La combinación de las redes sociales y los móviles fue un experimento sin precedentes. Como cuenta el economista estadounidense Noah Smith, hasta ese momento la interacción entre los usuarios de internet se producía en comunidades relativamente pequeñas y vinculadas por gustos comunes.[3] Por supuesto, en internet ya estaban los periódicos generalistas, numerosas publicaciones nativas digitales, los servicios gratuitos de correo electrónico, Amazon y el buscador de Google. Pero si los usuarios querían relacionarse entre sí en condiciones de igualdad, seguían dependiendo de las herramientas de la internet primigenia. En los innumerables chats, foros y listas de correo que funcionaban de manera descentralizada, un número pequeño de personas se reunía para intercambiar información y opiniones sobre cuestiones concretas y de nicho: determinados estilos musicales, ideologías políticas, deportes o casi cualquier cosa que despertara un interés real, aunque fuera minoritario. Algo parecido sucedía con los blogs, que vivieron su momento de esplendor en la segunda mitad de la década de 2000, después de que Google adquiriera blogger.com y pusiera la plataforma a disposición de los usuarios de manera gratuita, y de que los periódicos empezaran a añadir blogs a sus webs para captar audiencias más especializadas. Aun así, aunque algunos tuvieron un éxito enorme, siguieron siendo un espacio para minorías. «Internet era un sitio al que ibas para ser un friki rodeado de otros frikis», dice Smith.

Esa dinámica cambió en los últimos años de la década. El momento del estallido de la crisis económica coincidió con una gran transformación de internet —la aparición de la llamada web 2.0— y de la forma en que circulaban las ideas en ella. Gracias a los móviles y las redes sociales, la conectividad aumentó mucho. Los usuarios podían conectarse a más gente durante más tiempo e intercambiar mensajes y consumir información de manera casi ininterrumpida. Ese cambio generó un proceso de concentración: las conversaciones sobre temas más o menos acotados y entre personas con gustos parecidos, que hasta entonces habían tenido lugar en plataformas pequeñas, pasaron a producirse esencialmente en dos muy grandes: Facebook y Twitter.

Resultó clave que, según la legislación estadounidense, las redes sociales, a diferencia de los medios de comunicación, no tenían ninguna responsabilidad legal sobre las publicaciones que se hicieran en ellas. Eran una mera plataforma, sin responsabilidad editorial alguna sobre el contenido. A partir de 2009, Facebook incluyó el botón «Me gusta» —ese mismo año Twitter creó la función «Retuitear»—, que permitía indicar las publicaciones preferidas, y empezó a desarrollar un algoritmo para que los usuarios vieran con más frecuencia las publicaciones que habían recibido más «Me gusta» o las que era más probable que les interesaran.

Twitter era más pequeño, pero sus usuarios tenían un sesgo claro: eran más jóvenes y con más estudios. Periodistas, activistas y políticos adoptaron enseguida la red de microblogging, como se le llamó al principio, porque era un medio ideal para difundir artículos, propagar ideas y coordinar acciones políticas. Muchos usuarios ya eran conocidos fuera de la red social y otros se hicieron famosos en ella por su talento como tuiteros. Algunos eran anónimos o escribían con seudónimo; la arquitectura de la web original siempre había

respetado el anonimato y otorgaba una libertad de expresión casi ilimitada, cosa que Twitter respetó. En los foros y los chats, donde los moderadores de la comunidad podían expulsar a quienes no siguieran las reglas de la conversación, eso era relativamente manejable. Pero no así en Twitter, donde la comunidad era inmensa, no tenía unos límites claros y no había moderadores; el control de los mensajes potencialmente problemáticos debía realizarlo la propia empresa. Además, como cuenta Smith, el problema no solo era que la plataforma fuese reacia a expulsar a aquellos con comportamientos indeseables u ofensivos, sino que, a diferencia de lo que sucedía en un foro o un chat incómodo, era muy difícil abandonar las redes:

> Si eras periodista, Twitter era la fuente más actualizada de noticias de última hora. Si eras una persona normal que discrepabas con los periodistas y querías gritarles directamente a la cara, Twitter era el único lugar en el que podías hacerlo. Si querías formar parte del incesante torrente de asuntos políticos y culturales, Twitter era donde podías conseguir más audiencia y tener la sensación de gozar del mayor impacto.

Las redes sociales crecieron y se consolidaron gracias a lo que en economía se llama el «efecto red»: cuantas más personas utilizan un servicio, mejor es este y más incentivos tienen los usuarios para seguir usándolo. Nadie querría marcharse a otra red social con menos usuarios y en la que tal vez no estén sus contactos preferidos.

Las redes habían conseguido algo que la humanidad deseaba desde hacía mucho tiempo: alcanzar un enorme grado de interconexión con un coste muy bajo para los individuos y una libertad de expresión casi absoluta. A principios de la década de 2010 existía cierto consenso en que esa interconexión iba a ser buena para la democracia. Las redes permitían e incluso

invitaban a deliberar, ayudaban a la sociedad civil a organizarse, facilitaban la articulación de movimientos políticos que los estados autoritarios no serían capaces de censurar o prohibir, alentaban la creación de espacios en los que las fronteras nacionales carecían de significado. Las primeras reuniones del Tea Party en varias ciudades de Estados Unidos se convocaron y organizaron a través de Facebook; Twitter tuvo un papel relevante en la organización y la amplificación global del 15M. Además, si el mercado de las ideas tradicional era por naturaleza jerárquico y elitista, las redes eran, al menos al inicio, profundamente igualitarias: en ellas, la gente no se limitaba a consumir mensajes, también los generaba.

Una de las mayores preocupaciones de la época, sin embargo, era que los usuarios estuvieran viendo solo una parte muy reducida de lo que sucedía en las redes. Era posible, se creía, que vivieran encerrados en una «cámara de eco» —un entorno en el que solo se encuentran opiniones que refuerzan las ideas preexistentes y no se tiene acceso a percepciones contrarias o refutaciones serias— y que eso los volviera incapaces de comprender a los demás. Así lo explicó Eli Pariser en el libro *El filtro burbuja*, uno de los primeros intentos de entender cómo los algoritmos de internet tendían a confirmar nuestros sesgos. Los algoritmos personalizaban la información mostrada y eso hacía que las personas solo vieran aquellas historias que ratificaban sus prejuicios y no contradecían su ideología. Esto provocaba que las ideas fueran autorreferenciales, simples monólogos, y que la gente fuera incapaz de entender las razones de los demás, simplemente porque nunca estaba expuesta a ellas. El argumento de Pariser era muy valioso, y cierto. Algunos experimentos llevados a cabo por Facebook para ver hasta qué punto esa tesis se cumplía la validaron en gran medida. Sin embargo, a partir de

los datos obtenidos, la empresa afirmó que para el algoritmo era más importante quiénes eran tus amigos en la red, y qué hacían en ella, que las noticias en las que clicabas: si vivías en una cámara de eco en las redes, era porque tú lo habías decidido al escoger a tus amigos en ella.[4]

Lo cierto es, sin embargo, que solo escogías a tus amigos hasta cierto punto. En Facebook los contactos se establecían con personas cuyas aficiones y posiciones eran afines, pero casi de manera inevitable esos contactos se mezclaban con familiares, viejos amigos de la escuela y compañeros de trabajo. Como dice Smith, de repente veías a tus conocidos progresistas y conservadores discutiendo en los comentarios de tus publicaciones. Aunque existía el riesgo de vivir en un mundo en el que todos estaban de acuerdo, con frecuencia también estabas expuesto a opiniones contrarias. Pronto los ingenieros de Facebook se dieron cuenta de que esa mezcla era lo que hacía que la gente pasara más tiempo conectada a la red. Al ver opiniones contrarias en un contexto de homogeneidad los usuarios se indignaban más, respondían más, atacaban con sus propios argumentos y, en consecuencia, pasaban más tiempo conectados, con lo cual acababan viendo más anuncios y generaban más ingresos para la plataforma. El enfrentamiento y la radicalización formaban parte del modelo de negocio. El hecho de que la conversación en internet se concentrara en dos grandes plataformas tuvo una consecuencia determinante que sus idealistas creadores no habían previsto, aunque luego la propiciaran: la toxicidad de la conversación.

Esa toxicidad se debía, pues, a los algoritmos. Pero también a algo inherente al ser humano. Muchos dejaron de ver las redes como un espacio en el que relacionarse horizontalmente con los demás y empezaron a utilizarlas como una plataforma de autopromoción. Eso no solo requería manifestar posiciones políticas personales, sino atacar las contrarias con agresividad y

reaccionar apelando a la moral propia ante cualquier acontecimiento. Los usuarios, en definitiva, habían entendido las leyes de la viralidad: los algoritmos, y la propia tendencia humana a la confrontación y el gregarismo, premiaban el enfrentamiento y el moralismo en cuestiones políticas e incentivaban las posiciones radicales. Estas posturas tenían más éxito que las moderadas o las que estaban en línea con otras más habituales. El mercado de las ideas nunca había sido pacífico, pero las redes sociales quizá incentivaron la agresividad y aumentaron su visibilidad: parecía que todo el mundo estaba conectado, observando comportamientos provocadores y viéndose tentado a reproducirlos.

Eso no solo sucedía en Facebook —en ese momento la red social más influyente— y en Twitter —en la que interactuaban las élites periodísticas y políticas—, sino también en YouTube. Al principio, muchos analistas, que solían considerarlo un mero portal de vídeos, no solo no entendieron que también era una red social, tampoco vieron que en ella estaba surgiendo una figura con una influencia creciente en la diseminación de ideas: el youtuber. YouTube había intentado inmiscuirse lo menos posible en el contenido de sus vídeos para evitar polémicas; pretendía ser una red neutral y un simple espacio para el entretenimiento. Pero pronto descubrió que tendría que comprobar la veracidad de algunas imágenes —muchas de ellas vinculadas a actos terroristas o a la represión política en Oriente Próximo después de la Primavera Árabe— y asegurarse de que ciertos discursos no exaltaban el odio o incitaban a la violencia. Y era mucho más difícil ejercer este control sobre vídeos, a menudo en lenguas que los responsables de YouTube no entendían, que en redes basadas principalmente en la escritura. Además, el algoritmo de la plataforma, al que sus responsables cedían la mayor parte de las decisiones porque entendía mejor las leyes de la viralidad que los ingenieros que

lo habían programado, promocionaba contenidos ambiguos. El primer youtuber político en lengua inglesa que se hizo famoso fue Stefan Molyneux, que alcanzó un gran éxito en los primeros años de YouTube con largos vídeos con títulos como «Introducción a la filosofía», comentarios sobre las lecciones morales de Harry Potter o *La guerra de las galaxias* y charlas de autoayuda. El algoritmo premiaba esa clase de contenido y lo daba a conocer en la sección de recomendaciones que aparecía en la derecha de la pantalla. Sin embargo, los vídeos de Molyneux eran claramente políticos, sobre todo tras la crisis financiera, cuando empezó a reflexionar sobre el malestar de los hombres jóvenes, los impuestos excesivos, la manera en que los estados esclavizaban a los ciudadanos pese a la aparente libertad y el carácter «fascista» del nuevo presidente, Barack Obama. Molyneux tenía comportamientos que algunos consideraban propios del líder de una secta: incitaba a los jóvenes a abandonar a su familia y darle dinero a cambio de sus clases de filosofía. Pero «YouTube no tenía reglas para investigar lo que los creadores hacían fuera de su web», dice el periodista Mark Bergen en *Like. Comment. Suscribe. Inside Youtube's Chaotic Rise to World Domination*, un libro sobre sus orígenes y su influencia. «Era tanta la gente que subía vídeos que a duras penas se podía vigilar lo que sucedía en la plataforma». Además, por un principio de neutralidad, YouTube trataba igual a todos los creadores, con independencia del contenido de sus vídeos. «Eso sucedió mucho antes de que los hombres agraviados en internet fueran considerados una fuerza política imparable», pero en casos como el de Molyneux «empezaban a aparecer señales».[5] Y si veías uno de esos vídeos, aunque fuera por azar, lo más probable es que el algoritmo te sugiriera otros parecidos.

El funcionamiento de las redes, afirmó el psicólogo social Jonathan Haidt en un artículo de la revista *The Atlantic*, estaba

diseñado para sacar nuestro lado «más moralista» y «menos reflexivo».[6] Las redes alentaban «la deshonestidad y los hostigamientos multitudinarios. Los usuarios no se guiaban por sus preferencias, sino por sus experiencias anteriores de recompensa y castigo, y la previsión de cómo reaccionarían los demás ante cada nueva acción». Eso, añadía Haidt, había creado dinámicas perversas: la gente no se atrevía a decir lo que pensaba por miedo al linchamiento. Peor aún, algunas instituciones como universidades, empresas culturales o medios de comunicación temían ser acusadas de comportamiento inadecuado e insultadas en las redes. En general, las instituciones clave de las sociedades modernas se volvieron «más estúpidas», porque «las redes sociales infundieron a sus miembros un miedo crónico a ser atacados». El artículo de Haidt, publicado en 2022, se titulaba «Por qué los últimos diez años de la vida estadounidense han sido los más estúpidos». La culpa, decía, era de las redes sociales.

Sin embargo, Haidt iba más allá. Según él, al incentivar el comportamiento temerario de los individuos y volver más estúpidas a las instituciones, las redes sociales estaban poniendo en riesgo la democracia. Cuando los padres fundadores de Estados Unidos crearon las instituciones políticas del país, eran muy conscientes de que las comunidades democráticas están sujetas a «la turbulencia y la debilidad de las pasiones desatadas», en palabras de James Madison, uno de los redactores de la Constitución. Haidt afirmaba que para evitar que estas dominaran a la sociedad y desestabilizaran constantemente la política, había que incluir en la arquitectura democrática «mecanismos para ralentizar los procesos, para enfriar las pasiones, que exigieran pactos y permitieran a los líderes aislarse de las obsesiones momentáneas, al mismo tiempo que periódicamente rendían cuentas ante el pueblo por medio de las elecciones».

Según Haidt, las redes se habían llevado por delante esos mecanismos. Estaban dominadas por los usuarios más extremistas. Los políticos se sentían obligados a decir en ellas cosas provocativas y radicales. Magnificaban lo frívolo, que era otro de los principales riesgos para las democracias, según Madison. Y la consecuencia de todo esto era la pérdida de uno de los fundamentos más importantes en una democracia: la confianza. Se estaba perdiendo la confianza en «los líderes electos, las autoridades sanitarias, los tribunales, la policía, las universidades y la integridad de las elecciones». Tras ver a las élites sumarse al juego del faccionalismo, la pasión y la frivolidad era imposible volver a fiarse de ellas. Haidt reconocía que los estudios sobre las redes no eran concluyentes, pero daba credibilidad a la idea de que la pérdida de confianza que provocaban era dañina para la democracia y que «las redes sociales amplifican la polarización, fomentan el populismo, en especial el de derechas, y contribuyen a difundir la desinformación».

Del escenario trágico que planteaba Haidt habían salido monstruos políticos como Donald Trump, pero también un clima de malestar social difícil de sanar. La metáfora que recorría el largo ensayo era la de la torre de Babel: al igual que sus constructores, a los que Dios había condenado a hablar en distintos idiomas para imposibilitar que se entendieran, ahora los estadounidenses estaban «desorientados»: «Somos incapaces de hablar la misma lengua o de reconocer la misma verdad», decía Haidt. Nuestras democracias eran, pues, post Babel: un caos absoluto en el que era imposible entenderse. Y la mayor parte de la culpa era de las redes sociales.

El artículo fue un éxito inmediato. Estaba lleno de razonamientos complejos y datos elocuentes, y además respaldaba una de las ideas que habían ganado preponderancia durante la década previa: que las redes sociales no solo habían

generado malestar psicológico entre sus usuarios —Haidt citaba datos según los cuales los adolescentes estadounidenses, canadienses y británicos habían experimentado más ansiedad, depresión y tendencia a autolesionarse desde la aparición de estas—, sino que buena parte de la inestabilidad política que se había producido en Occidente durante esos años se debía, en gran medida, al lugar central que estas ocupaban en los países ricos. Si durante la primera década del siglo el tecnooptimismo había sido generalizado, en la segunda la opinión pública se puso en contra de la que era la expresión más física y visible de las nuevas tecnologías: la adicción al móvil y las redes sociales, el bombardeo de mensajes y alertas, la dificultad para distinguir las noticias verdaderas de las falsas, las mentiras y la propaganda.

Sin embargo, tanto en este artículo como en la percepción negativa que suscitaban las redes subyacía cierta nostalgia por el mundo y el mercado de las ideas del pasado que, según este relato, era más ordenado y benéfico: un mundo en el que eran las élites culturales, intelectuales, periodísticas y políticas las que transmitían la mayor parte de los mensajes que llegaban al debate público. Haidt y muchos otros echaban de menos el papel de mediador que la tecnología estaba destruyendo: el de los periodistas y los editores de periódicos, los prescriptores cualificados, los críticos de libros, los profesores, los intelectuales y los científicos cuyas opiniones los ciudadanos comunes apenas se sentían capaces de discutir. Porque la influencia de esos líderes en el mercado de las ideas estaba disminuyendo. Y, en muchos casos, eran ellos mismos quienes denunciaban el papel de las redes —plataformas que, a fin de cuentas, carecían de intermediación editorial, de responsabilidades, de códigos éticos— en su declive.

En realidad, aunque sin duda estas plataformas habían acelerado la difusión de ideas e información que eran mentira,

y habían conseguido audiencia gracias al enfrentamiento, las provocaciones y la búsqueda de la viralidad, esto no era nuevo ni exclusivo de las redes sociales. En esa época, los medios de comunicación tradicionales, incluidos la televisión y los viejos periódicos que se arrogaban una mayor legitimidad moral que sus nuevos competidores, incurrieron en muchos de esos vicios. Tras décadas o siglos de presencia en el mercado de las ideas, esos venerables medios contribuyeron a subvertir y transformar la manera en que circulaban las creencias y, con ello, las propias creencias. Y fomentaron un enfrentamiento ideológico más radical.

Sucedió así, en parte, porque tras el estallido de la crisis buena parte de los periódicos europeos y estadounidenses carecían de un modelo de negocio. Durante las décadas anteriores la mayoría había experimentado una caída en la venta de ejemplares de papel, pero la publicidad impresa seguía siendo una fuente de ingresos que compensaba la reducción de la tirada y las suscripciones. Muchos de ellos contaban con una edición web desde la segunda mitad de la década de 1990, aunque, después de probar con suscripciones de pago, la mayoría —como *The New York Times* en Estados Unidos o *El País* en España— habían abandonado esa opción y ofrecían sus contenidos gratis, como un refuerzo de la edición impresa y una apuesta de futuro cuyos costes, por el momento, podían sostenerse con los ingresos procedentes del negocio tradicional. Sin embargo, tras la crisis, los periódicos tuvieron que diseñar una estrategia para rentabilizar las webs, lo que pasaba por aumentar el tráfico y, con él, los ingresos publicitarios, que seguían siendo sustancialmente inferiores a los de los anuncios en papel. Es decir, tuvieron que imitar las estrategias que apenas unos años antes habían ideado los medios nativos digitales surgidos en Estados Unidos.

Uno de sus predecesores, el primero que tuvo un éxito

masivo, fue Drudge Report, una esquemática página web lanzada en 1995 en la que aparecían, sobre todo, enlaces a otros medios. La dirigía un periodista del que apenas se conocía el apellido que daba nombre a la web y, en 1998, cuando se iniciaba la expansión del periodismo digital, fue la que desató el escándalo sobre la relación entre Bill Clinton y Monica Lewinsky. Sin embargo, fueron los medios ideados a principios del siglo XXI, poco antes de que aparecieran las redes sociales y se generalizaran los teléfonos inteligentes, los que marcaron el tono del periodismo digital posterior. Sobre todo los que fundaron dos personas desconocidas más allá del pequeño mundo del periodismo y la tecnología: Jonah Peretti y Nick Denton.

Peretti y Denton eran muy distintos. El primero ni siquiera era periodista. En realidad, lo que le interesaba era una idea de la que entonces apenas se hablaba en el mundo de los medios: la viralidad. El 5 de enero de 2001, le había gastado una broma a Nike que tenía fuertes connotaciones políticas. La empresa de ropa deportiva ofrecía a los clientes de su web la posibilidad de inscribir en un modelo de zapatillas la palabra que quisieran. La idea era que las personalizaran con su nombre, el de su pareja o el de su equipo preferido. Pero Peretti pidió que en las suyas apareciera la palabra *sweatshop*, que en inglés se refiere a las fábricas de los países en desarrollo donde se fabrica con condiciones laborales abusivas la ropa para grandes marcas. Peretti no tardó en recibir un correo de la empresa en el que se le denegaba la petición porque la palabra era ofensiva. Él respondió diciendo que era una palabra normal y corriente. Pero Nike volvió a negarse a poner eso en unas zapatillas de su marca. Siguieron los intercambios entre ambos; en el último mensaje, Peretti le pidió a la empresa que le mandara una foto de la niña vietnamita de diez años que había fabricado sus zapatillas.

Peretti se rio de su propia ocurrencia, recopiló todos los correos que había intercambiado con Nike y los ordenó en un artículo que mandó a *Harper's*, una revista cultural y de pensamiento político progresista, pequeña pero muy prestigiosa, para que lo publicara y denunciar así la estupidez y las prácticas laborales de Nike. La revista lo rechazó. Peretti envió el texto a diez amigos por correo electrónico. Uno de ellos publicó el texto en su blog. Más tarde, otras páginas web, algunas de ellas un poco más grandes, también lo publicaron. Al mismo tiempo, amigos de esos amigos lo reenviaron desde sus cuentas de correo de Hotmail, Yahoo! y AOL. Empezaron a escribirle periodistas de periódicos tradicionales que querían hacer un reportaje sobre las prácticas de Nike y después se puso en contacto con él el productor del programa de televisión matinal más visto de Estados Unidos, *Today*, para proponerle una entrevista. Esta se emitió el 28 de febrero, seis semanas después de que Peretti mandara el correo a sus diez amigos. Más tarde declaró que, tras su aparición en ese programa de televisión con millones de espectadores, se sintió un impostor: él no sabía nada de comercio internacional, de relaciones laborales ni de regulación empresarial en países del mundo en desarrollo. En realidad, lo que le interesaba, y lo que había impulsado la difusión de su broma, era otra cosa. Era el propio mecanismo de difusión. ¿Por qué un chiste enviado a diez amigos había acabado llevándole a la televisión? ¿Qué hacía que a alguien le interesara algo que veía en la pantalla de su ordenador y decidiera reenviarlo a sus amigos o contactos? ¿Por qué una revista tradicional rechazaba un texto que gustaba a tanta gente? Peretti se estaba interesando por algo que marcaría internet en las décadas siguientes: ¿cómo funcionaba la viralidad en la era digital? Esta, descubrió, «no era algo simplemente mecánico». El tráfico, el flujo de datos por internet, «era emoción humana, psicología humana, deseo,

curiosidad y humor». Y empezó a cuantificar esas reacciones emotivas en curvas que seguían el crecimiento exponencial, el pico y la caída gradual del interés que despertaba en internet algo como la broma de las Nike, escribe Ben Smith en *Traffic*, un libro sobre Peretti y Denton y los primeros años de periodismo digital nativo.[7]

Denton, a diferencia de Peretti, sí era periodista. Había tenido una carrera ortodoxa en el *Financial Times*, en el que cubrió primero la banca de inversión y luego las empresas tecnológicas de San Francisco, que a finales de la década de 1990 se hallaban en pleno boom. Enseguida decidió que era mejor abandonar el periódico y convertirse en emprendedor. Se instaló en Nueva York y probó suerte en varias startups, lo que, junto a su talento para organizar fiestas y su personalidad embaucadora y divertida, le dio fama de persona entendida y muy bien conectada. Denton decidió que el futuro estaba en reinventar la manera en que la gente consumía noticias. Y esa revolución pasaba por la plataforma de moda en ese momento: los blogs. En 2002 fundó Gizmodo, una página web de reseñas de aparatos tecnológicos.

> Nick y Jonah se acercaron a la nueva internet desde direcciones contrarias. Jonah estaba obsesionado con hacer que una idea —a veces, una simple broma— viajara, fuera cual fuese su contenido o la identidad de la persona que la hubiera creado. Nick tenía la obsesión contraria: quería que la gente volviera una y otra vez a su blog. El lector que imaginaba estaba fascinado con los aparatos electrónicos, se aburría en el trabajo y actualizaba una y otra vez Gizmodo. Lo cual significaba que había que empezar a publicar temprano y seguir durante todo el día para asegurarse de que la audiencia siempre encontrara algo nuevo cuando volvía a la página.[8]

Poco después, Denton creó Gawker, una web de cotilleos muy agresiva, llena de titulares provocativos, con noticias que

atacaban a periodistas de medios rivales y se mofaban de los famosos. Publicaba decenas de actualizaciones al día.

Las dos páginas web de Denton fueron un éxito inmediato. Un año después de su creación, Gizmodo recibía cien mil visitas al mes. Y eso se traducía en dinero. La unidad de medida publicitaria, que se sigue utilizando hoy, era el CPM: el coste por mil clics. Es decir, el anunciante pagaba a la web una cantidad de dinero fija cada vez que mil personas veían el anuncio en su navegador. En ese momento, las métricas eran toscas y los anuncios no estaban tan personalizados como ahora. Pero ya entonces Gizmodo cobraba a un anunciante entre siete y nueve dólares por cada mil personas que veían un anuncio. De modo que el incentivo de los editores de Gizmodo, y en realidad el de cualquier página que se financiara mediante publicidad, concordaba con el instinto de Denton: hacer que los usuarios volvieran una y otra vez a la página y vieran así el mayor número posible de anuncios. Pero también casaba perfectamente con la noción de viralidad de Peretti: cuanta más gente reenviara una noticia, más ingresaría el medio editor por los anuncios que hubiera en ella.

Mientras Denton seguía haciendo crecer Gizmodo y Gawker, y creaba otros blogs parecidos con contenido feminista, porno o de consejos prácticos, Peretti se convirtió en periodista del primer periódico generalista de gran éxito concebido en el siglo XXI para el medio digital: *The Huffington Post*. Este apareció en 2005 con el objetivo de ser una plataforma de izquierdas que contara con el apoyo y los artículos de celebridades progresistas que pertenecían al entorno social de su millonaria fundadora, Arianna Huffington. Era, en parte, la respuesta demócrata y evolucionada al republicano Drudge Report, uno de cuyos reporteros, Andrew Breitbart, se sumó al proyecto. Sin embargo, como pronto descubrió Peretti, el contenido político de *The Huffington Post* (muchas veces escrito gratis por autores

que querían «visibilidad») no tenía tráfico. De modo que él y su equipo empezaron a publicar noticias que generaran ese tráfico. Pero sobre todo se pusieron a estudiar cómo hacer que una noticia se convirtiera en viral. Muchos de los trucos que inventaron se implantarían más tarde tanto en las redacciones de los periódicos digitales como en la versión digital de los periódicos tradicionales de todo el mundo como una herramienta para obtener visitas y, con ello, ingresos publicitarios.

Si los internautas tecleaban en su navegador <www.huffingtonpost.com>, lo que aparecía en la parte superior de la pantalla era periodismo político. Popular, pero lo bastante respetable para que los anunciantes institucionales, como las grandes empresas o los candidatos políticos, quisieran anunciarse allí. Sin embargo, la parte baja del *scroll* estaba llena de noticias de «entretenimiento» que generaban más tráfico. Y luego había muchas piezas que generaban aún más tráfico y ni siquiera aparecían en la portada. La gente llegaba a ellas a través de Google, y Peretti y su equipo desarrollaron técnicas para fomentar eso: si alguien buscaba fotos de Angelina Jolie en Google, la página de búsquedas favorecía las URL que incluían las palabras «angelina-jolie», en lugar de una sucesión de números y letras al azar, como era habitual entonces.[9] La gente también solía escribir mal en Google lo que quería buscar, sobre todo nombres complicados de actores o políticos: *The Huffington Post* creaba páginas con esos nombres mal escritos, de manera que los usuarios que se equivocaban acababan en su web. Estos trucos y otros semejantes generaban un tráfico enorme. Y lo hacían sin que en la portada aparecieran fotos de famosas o los nombres mal escritos, con lo que la cabecera, que aspiraba a tener reputación de seriedad, se mantenía relativamente al margen de esos contenidos y prácticas.

La redacción ideó métricas para calcular en qué medida funcionaban esos recursos, que acabarían convirtiéndose en los estándares del periodismo digital, como el número de visitantes únicos o el de páginas vistas. Estas y otras medidas permitían saber en qué momentos del día aumentaba el tráfico —en la era previa a las redes sociales y los teléfonos inteligentes, era cuando la gente se sentaba ante el ordenador a primera hora de la mañana y a la hora de comer— y adaptar, en consecuencia, las decisiones editoriales. Peretti creó un panel en el que se distinguía cómo llegaban los lectores al periódico: los que tecleaban la dirección en el navegador, los que clicaban en un enlace de otro medio o los que llegaban con lo que llamaron la «salsa especial», es decir, el contenido que se había vuelto viral. Este era el tipo de lector que más importaba a Peretti. Pero el objetivo de esas métricas, que podían verse en pantallas colocadas en la redacción que se actualizaban constantemente, era incentivar que los redactores generaran contenidos virales. Fue «la primera vez que en una redacción los periodistas podían ver al instante las estadísticas de cada artículo», recordaba una de las principales redactoras de *The Huffington Post*. Y eso hizo que los miembros de la redacción compitieran por «llevar tráfico a la web, [por] aumentar nuestra audiencia». Eso cambió la cultura de las redacciones. El uso de las estadísticas como incentivo para que los periodistas compitieran entre sí se convirtió en una «fuerza imparable» que acabaría rigiendo todo el periodismo.[10] En su red de blogs, cada vez más amplia y provocadora, Denton no utilizaba tantos trucos tecnológicos para conseguir tráfico, se basaba en recursos más habituales en la historia del periodismo pero actualizados gracias a la potencia de internet: con los años, acabó publicando vídeos porno caseros de celebridades o sacando del armario a la fuerza a homosexuales que no habían querido reconocer en público su orientación sexual.

Peretti y él no fueron los únicos que idearon las nociones de tráfico y de viralidad previas a las redes sociales, ni que utilizaron métricas para incentivar que los periodistas crearan contenidos más adictivos, pero le dieron la forma que hoy conocemos. Ambos acabaron creyendo que eso tenía algo de ciencia: se podían entender los patrones y los mecanismos que hacían que algo triunfara en la red y, una vez se tenía la fórmula, repetirla. Ninguno había practicado el periodismo político, pero ambos eran progresistas, como la mayor parte del *establishment* tecnológico y periodístico estadounidense, y tenían cierta sensación de que eso seguiría siendo así y arrastraría al resto de la sociedad hacia esas posiciones. Sin embargo, no tardaron en aparecer réplicas ideológicamente opuestas. Breitbart había aprendido en Drudge Report cómo funcionaban los escándalos vinculados a la política; luego, en *The Huffington Post*, entendió las reglas de la viralidad y el tráfico de la mano de Peretti; y en 2007, con esas lecciones aprendidas y la ayuda del banquero de inversión y ejecutivo de medios Steve Bannon, fundó Breitbart, una página web de inmenso éxito que constituiría una de las bases mediáticas para la radicalización de la derecha estadounidense. Era muy tentador utilizar estas estrategias con fines que fueran más allá del entretenimiento, los aparatos electrónicos y los rumores sexuales.

Además de estas inesperadas consecuencias ideológicas hubo otra puramente periodística. Peretti y Denton desdeñaban a los grandes medios tradicionales. Consideraban que eran aburridos, que no sabían qué interesaba de verdad a los lectores, o que no se atrevían a dárselo por miedo a parecer menos serios. Sin embargo, los medios serios empezaron a copiar sus hallazgos y a implantarlos como una estrategia para compensar la caída drástica de los ingresos procedentes de la venta de ejemplares de papel. Numerosos periodistas veteranos

despreciaron esa transición, pero era inevitable; de hecho, las métricas que hoy en día utilizan las redacciones de los periódicos y los incentivos que plantean a sus redactores se parecen mucho a las ideadas entonces. También era inevitable adaptar la escritura periodística, el formato y la extensión de los artículos y la elección de los titulares a esta nueva realidad.

Si las redes sociales habían incentivado las publicaciones políticas sensacionalistas y la controversia ideológica tras darse cuenta de que conseguían que los usuarios pasaran más tiempo conectados, lo mismo hicieron los periódicos: aumentar la irritación, el sectarismo o la simple confirmación ideológica generaba más horas de lectura y, por lo tanto, más publicidad e ingresos. Fomentar la animadversión, la polarización y el tribalismo se convirtió en parte del modelo de negocio de los mismos periódicos que reivindicaban su legitimidad en el mercado de las ideas. Se sentían víctimas de las redes sociales que se estaban quedando con sus lectores y su publicidad, pero su estrategia consistió en mezclar esos elementos con el periodismo tradicional y de calidad.

Sin embargo, aunque adoptaran como estrategia la combinación de elementos polarizantes con el periodismo tradicional y de calidad, eso no significaba que a la mayoría de los directivos de prensa, los jefes editoriales, los redactores y los periodistas tal cosa les gustara. Sin duda, habrían preferido no depender económicamente de trucos tecnológicos, contenidos virales, galerías de fotos de mujeres en biquini y consejos sexuales con titulares ambiguos. En realidad, el objetivo de todos ellos era monetizar lo más posible esa situación y, mientras tanto, avanzar hacia un modelo de negocio mejor: el de las suscripciones. Los periódicos fueron adoptando gradualmente un modelo de suscripción que permitía cierto número de artículos gratuitos: los primeros en hacerlo fueron los más prestigiosos, como el *Financial Times*,

The Wall Street Journal (que iniciaron la transición antes de la crisis financiera) y *The New York Times* (2011); les siguieron a lo largo de la década medios europeos como *Le Monde* o el *Corriere della Sera*, pero en España se mantuvieron gratuitos, en su mayoría, hasta 2020, cuando se pusieron en marcha las ediciones de pago de *El Mundo*, *El País* y *El Confidencial*, entre otros. Pero fue una evolución difícil. «Fue un momento singular», escribió Jill Abramson, la exdirectora de *The New York Times*, quien en su libro *Merchants of Truth* intentó analizar la naturaleza de estos nuevos medios digitales, como Vice o Buzzfeed, fundado también por Peretti, que en ese caso explotó aún más la viralidad, los memes y los formatos juguetones. «El destino de la república [estadounidense] parecía depender más que nunca del acceso a una información honesta y fiable, y la gente consumía más noticias que nunca, pero todas las empresas mediáticas se estaban transformado de arriba abajo para producir noticias y financiarlas en la era digital». Era una transición, decía, «desgarradora».[11]

Porque la gratuidad de los periódicos supuso un enorme cambio en el mercado de las ideas. En cierto sentido, auguraba una mejora sustancial, si no para las empresas editoras de los medios, sí para los lectores con buen criterio. No tener que pagar para leer un número casi infinito de informaciones y artículos de distinta procedencia permitía el contacto reiterado con ideas ajenas, más allá de las del periódico habitual. Posibilitaba ampliar la percepción del mundo y la empatía con quienes defendían opiniones contrarias, además de facilitar la deliberación. No está claro, sin embargo, que produjera ese efecto. Quizá, más bien, tuvo el contrario: un aumento del solipsismo ideológico que marcaría esa era. Aunque parezca contradictorio, las redes y los periódicos solo ofrecían a sus usuarios y lectores lo que querían oír, y eso generó ideologías más aisladas de la realidad, de los problemas de la sociedad. Al

mismo tiempo, las redes —sobre todo Twitter— y los periódicos gratuitos les permitían asomarse a las opiniones ajenas, que consideraban aborrecibles y los enardecían, lo cual generaba ideologías más enfrentadas y combativas.

Y eso aumentaba la volatilidad ideológica de los votantes y la sensación, entre las élites intelectuales, de que cada vez era más difícil guiar el debate público. Esa sensación, con todo, era anterior a las redes sociales y el periodismo digital. Hacía décadas que estaba en declive uno de los protagonistas del mercado de las ideas políticas durante todo el siglo XX: el intelectual. Esta figura era difícil de definir, pero no tanto de identificar. Al menos desde principios del siglo pasado, había sido un hombre —y, con menor frecuencia, una mujer— vinculado a las humanidades, que publicaba libros y artículos en periódicos, y que en muchos casos formaba tácitamente parte del grupo de personas que guiaba las líneas políticas, e incluso morales, de los partidos, aunque en algunas ocasiones mucho menos frecuentes se dedicara a castigarlos desde fuera. El intelectual tenía prestigio por su creatividad artística, su conocimiento de la historia o su supuesta rectitud moral, pero en general carecía de conocimientos técnicos sobre economía, la Administración o las empresas; además, solía expresar una mayor radicalidad política que el resto de la sociedad. Pero esta, o sus élites, le habían concedido una legitimidad moral especial para intervenir en el debate público.

Por un lado, el intelectual intentaba influir en el poder, fuera este el gubernamental o el del partido al que estuviera vinculado; por el otro, trataba de guiar las opiniones de la ciudadanía en cuestiones complejas de la política nacional e internacional. Pero, tradicionalmente, su papel principal había sido el de intermediario entre los partidos y los votantes, entre las élites políticas y los ciudadanos: los primeros le temían por si arremetía contra sus tácticas o sus giros ideológicos; los

segundos le seguían porque clarificaba la realidad y las posturas que adoptar ante ella. Esto les confería una singular función social que en ocasiones conducía a la polarización, aunque al mismo tiempo establecía los límites del debate y canalizaba los conflictos: su influencia fue tal que eran capaces de redirigir la opinión pública y cambiar la relación de esta con el poder.

Sin embargo, esta figura, que había dominado la política durante casi un siglo, ya se encontraba en declive a principios del siglo XXI. Las disciplinas que le habían conferido prestigio estaban en decadencia: la literatura seguía presente en los periódicos y de vez en cuando se publicaban best sellers influyentes, pero su presencia en la vida pública y en el entretenimiento de los ciudadanos era cada vez menor. Disciplinas como la historia o la filosofía habían perdido peso en la educación. Mantenían un estatus importante entre las élites y en ocasiones se convertían en una herramienta para la propaganda partidista, en el caso de la primera, y para la autoayuda, en el de la segunda, pero su papel en el debate público era marginal. Tras la crisis financiera apareció una nueva generación de intelectuales que si bien procedían de los campos habituales, a veces adoptaron técnicas más propias del activismo que de la política partidista, y en los años posteriores asumirían que su función era denunciar moralmente la devastadora situación económica que sufrían los ciudadanos. Sin embargo, ya no ejercían el papel de guardianes ideológicos de los partidos, de guía para la sociedad y de poderosos intermediarios entre ambos. La izquierda siguió concediéndoles un lugar especial dentro de su visión del poder, continuaron recibiendo premios y publicando en los periódicos más prestigiosos, pero los datos que recogía la prensa digital indicaban que no solían ser los autores más leídos. Y a veces sus estrategias fueron las mismas que criticaban de las redes

sociales y el periodismo digital: si bien siempre se les había permitido cierta excentricidad o radicalismo, ahora necesitaban además el intercambio de provocaciones para mantener su popularidad en declive. La disminución de su capacidad de influencia contribuyó, al igual que la pérdida de confianza en los periódicos, a la volatilidad de la opinión pública, que buscó nuevos recursos ideológicos en lugares que antes no formaban parte del centro del mercado de las ideas. Entre la élite clásica ya nadie disponía de un superávit de legitimidad moral comparable al del pasado.

En realidad eran los tertulianos de los programas políticos de la radio y, cada vez más, de la televisión, quienes ejercían entonces el papel tradicional de los intelectuales como líderes e intermediarios ideológicos. Por lo general, se trataba de periodistas con opiniones contundentes sobre cualquier cosa imaginable, que se basaban en fuertes convicciones ideológicas y una larga relación con el poder político, aunque durante esos años aumentó la participación en las tertulias de académicos de la economía y las ciencias sociales. Por supuesto, el formato de la tertulia no era nuevo, como tampoco lo era la existencia de un acuerdo tácito entre los medios periodísticos y los partidos para que en los programas hubiera defensores de sus argumentarios. Pero durante esta época las tertulias fueron un género omnipresente, sobre todo en la televisión. Eran un formato muy barato, en un momento en que las televisiones habían perdido ingresos a causa de la crisis, y con los participantes adecuados, que supieran introducir eslóganes provocativos y enfrentarse a otros tertulianos, podía resultar un espectáculo muy adictivo y rentable. Además, conectaba con una sociedad que se había repolitizado y quería posicionarse sobre los nuevos acontecimientos políticos y económicos.

Así, a las tertulias existentes en los informativos matinales y los programas nocturnos de la televisión pública se sumaron

nuevos programas políticos en los canales privados. En 2011 se estrenó en La Sexta, una cadena de televisión relativamente joven, *Al rojo vivo*, un espacio de tertulias políticas presentado por Antonio García Ferreras que se caracterizaba por intervenciones rápidas y tomas de posición breves y contundentes. En 2013 aparecieron en la misma cadena *La Sexta noche*, que supuso llevar las tertulias políticas con académicos y periodistas a un horario de máxima audiencia, los sábados por la noche, y el programa de verificación de noticias *El Objetivo*, presentado por Ana Pastor. *Salvados*, que había empezado en 2008 con temáticas humorísticas y sociales, se fue convirtiendo en un programa monográfico que cada semana abordaba un asunto político; su presentador, Jordi Évole, adoptaba el papel de simple ciudadano curioso que hace preguntas que, si bien podían ser impertinentes, parecían encarnar el sentido común, aunque siempre escorado hacia la izquierda. La Sexta, propiedad de Atresmedia —empresa asociada al conservadurismo español, a la que pertenecen Antena 3, la emisora de radio Onda Cero, el periódico *La Razón* y el Grupo Planeta—, se había convertido en la gran difusora de ideas de izquierdas para los espectadores generalistas.

La Sexta no fue el único caso. En esos años se hizo famoso *El gato al agua*, un programa de tertulias emitido por Intereconomía, un grupo de comunicación cercano a las posiciones más duras de la derecha en el que, no obstante, uno de los invitados habituales era Pablo Iglesias, entonces un joven profesor de Ciencia Política que había colaborado con Izquierda Unida. Iglesias tenía su propio programa de contenido político, *La Tuerka*, fundado en 2010 y financiado en parte con el dinero que Monedero cobraba por asesorar a los gobiernos latinoamericanos, que se emitió primero en la televisión local de Vallecas y luego en Canal 33, ambas emisoras muy pequeñas. En él participaba gente

ideológicamente vinculada a la izquierda, como Errejón o Monedero. Pero no solo. Una joven diputada del PP en la Asamblea de Madrid se convirtió, ignorando el consejo de su partido, en habitual de las tertulias de *La Tuerka*, en las que defendía su postura minoritaria con especial osadía: Isabel Díaz Ayuso. Otros jóvenes políticos, como Pedro Sánchez y Pablo Casado, cuando aún no eran candidatos para liderar sus respectivos partidos, Albert Rivera cuando Ciudadanos no era una formación nacional o Santiago Abascal cuando era el presidente de la Fundación DENAES (Para la Defensa de la Nación Española), vinculada al PP, participaron en las tertulias de 13 TV (Trece, a partir de 2017), la cadena de televisión digital propiedad de la Iglesia católica. Forjarse en el debate televisivo, agresivo y enconado, en medios minoritarios parecía un rito de iniciación para los jóvenes políticos que aspiraban a ascender en sus partidos.

Más importante que esa proliferación de programas políticos en cadenas minoritarias, como las de TDT, u otras generalistas pero de audiencia relativamente pequeña, como La Sexta, fue la politización de los programas que hasta el momento de la crisis no habían prestado una atención especial a la política, o habían evitado posicionarse en ese sentido para atraer a una audiencia lo más amplia posible. Fue el caso de los matinales de Susanna Griso en Antena 3 y de Ana Rosa Quintana en Tele 5, e incluso de *Sálvame*, también en Tele 5. Este último, presentado por Jorge Javier Vázquez, siempre había tenido un tono provocador; periodistas del corazón y de sucesos, protagonistas de reality shows y famosos en general discutían sobre otros programas del grupo como *Gran Hermano*, *Operación Triunfo* o *Supervivientes*, se peleaban en directo o contaban su vida sentimental, sus problemas de salud y sus desgracias familiares. Vázquez reconocía que su inmenso éxito se debía en parte a la crisis: «Siempre digo que el éxito de

Sálvame tuvo que ver con la crisis económica que azotaba al país. La audiencia encontró en las tardes un lugar en el que acomodarse y olvidar el día a día. Funcionábamos porque acompañábamos», escribió en su blog de la revista *Lecturas*.[12] Sin embargo, *Sálvame* se fue transformando poco a poco. Vázquez renunció paulatinamente al carácter escapista del programa y empezó a introducir elementos políticos. En una emisión de septiembre de 2014, mientras los tertulianos comentaban la fiesta del Toro de la Vega que se celebra en Tordesillas, cuyo ayuntamiento gobernaba el PSOE, afirmó que nunca volvería a votar a ese partido por su indiferencia ante el maltrato animal. Según cuenta Pedro Sánchez en su libro de memorias políticas, un asesor entró en su despacho exasperado porque el partido había perdido el apoyo del presentador; Sánchez decidió llamar a Vázquez y dijo en directo —él afirma en el libro que creía que la llamada era privada— que el PSOE se comprometía a presentar una proposición de ley sobre la protección animal.[13] En los años siguientes, Vázquez mostraría cada vez más en público sus ideas de izquierdas. En medio de un debate sobre Alfonso Merlos, un periodista de derechas que había sido sorprendido cometiendo una infidelidad mientras participaba en el programa de YouTube *Estado de Alarma*, vinculado a la nueva derecha radical, Vázquez afirmó que el suyo era un «programa de rojos y maricones». «Esto es una declaración de principios —repitió con énfasis—. Este es un programa de rojos y maricones». Más tarde se enfrentó explícitamente a Vox. Ni siquiera un programa del corazón, la crónica social y los cotilleos más descarnados podía ser ya transversal; Vázquez percibió que su programa, de enorme éxito, necesitaba posicionarse en algunos de los grandes debates de la política española. Esta actitud provocó cierta incomodidad en Mediaset, el conglomerado internacional propiedad de la familia de Silvio Berlusconi, al

que pertenece Tele 5. La empresa temía que esa identificación perjudicara a la audiencia, además de contradecir su línea editorial, encarnada por Ana Rosa Quintana, la otra presentadora estrella de la cadena. Quintana ocupaba el espacio de las mañanas, tradicionalmente apolítico, pero a partir de 2018 fue posicionándose cada vez más contra el Gobierno del PSOE y se mostró muy crítica con la izquierda, hasta el punto de protagonizar polémicas con Podemos. Vox y Podemos respondían a Vázquez y a Quintana en sus redes sociales y les incluían en la disputa política, una dinámica en la que todas las partes parecían encontrarse cómodas, porque creían que fortalecía su posición en el mercado de la atención. Los programas de pequeñas cadenas conservadoras daban a conocer a los futuros líderes de la izquierda. Atresmedia difundía ideas progresistas y contribuía al auge de Podemos en La Sexta mientras editaba *La Razón*, cuyo director, Francisco Marhuenda, participaba en innumerables tertulias defendiendo las posiciones del PP, partido para el que había trabajado en algunos gobiernos. Mediaset compaginaba el izquierdismo histriónico de Vázquez con el derechismo vestido de sentido común de Quintana. La circulación de las ideas políticas y la discusión virulenta eran un buen espectáculo.

Esto, por supuesto, no sucedió solo en España. En esos años, en Reino Unido se borró definitivamente la frontera entre la política y el periodismo, que en ese país siempre había sido difusa. La generación que llevó adelante la campaña del Brexit estaba formada sobre todo por antiguos periodistas que habían utilizado sus largas carreras en periódicos y televisiones para impulsar su futura carrera política. Boris Johnson había sido periodista profesional durante décadas, incluido un periodo como corresponsal de *The Telegraph* en Bruselas durante el que puso en circulación muchas de las falsedades sobre la Unión Europea que impulsaron el Brexit. Cuando ya era miembro del

Parlamento siguió dirigiendo la revista *The Spectator*, escribiendo en *The Telegraph* y apareciendo constantemente en la televisión como tertuliano y presentador de programas, trabajos por los que cobraba muy por encima del precio de mercado. Además de Johnson, estaban Michael Gove —periodista de opinión en *The Times* antes de convertirse en ministro en los gobiernos conservadores de David Cameron, Theresa May, Boris Johnson y Rishi Sunak—, George Osborne —periodista freelance antes de entrar en política y, tras abandonarla, director del periódico *Evening Standard*— y Daniel Hannan, columnista en varios periódicos antes de convertirse en europarlamentario, uno de los principales impulsores del Brexit a través de laboratorios de ideas y grupos de presión vinculados al Partido Conservador y, finalmente, miembro de la Cámara de los Lores. Todos tenían en común haber estudiado en Oxford, donde según Simon Kuper —otro periodista que estudió allí en la misma época pero que nunca dio el paso a la política— a estos alumnos procedentes de familias privilegiadas les enseñaban a escribir de manera elocuente y brillante, pero no adquirían conocimientos específicos sobre ninguna materia concreta. Pertenecían a la Oxford Union, un club de debates en el que aprendían a defender posturas en las que no creían, para mejorar su dominio de la retórica y ser flexibles ideológicamente.[14] Años más tarde, el propio Johnson llegó a escribir al mismo tiempo un artículo en favor del Brexit y otro en contra, y solo al final decidió mandar el primero a su periódico, *The Telegraph*, lo que le convirtió en uno de los líderes del movimiento.

En esa misma época, Éric Zemmour, que había tenido una carrera tradicional como periodista de medios escritos y autor de exitosos libros sobre política, se estaba convirtiendo en uno de los tertulianos más famosos de la televisión francesa. Zemmour se había construido un perfil público mediante

opiniones provocativas sobre la decadencia del país, que atribuía a la inmigración musulmana, la pérdida de carácter de los franceses y el declive de sus valores tradicionales, el feminismo y el auge de la izquierda posmoderna. Había conseguido con su sola participación que una pequeña cadena de informativos tuviera una gran influencia política: la audiencia televisiva se disparaba cada vez que él aparecía en la pantalla con sus diatribas contra la élite y la alianza entre progresistas, feministas y el islam. Su éxito fue tal que, tras una década como tertuliano, se convirtió en candidato a las elecciones presidenciales francesas de 2022, aunque con poco éxito. En Italia la frontera entre la política y el espectáculo también era difusa desde finales del siglo XX, cuando Berlusconi entró en la política partidista, pero el fundador del partido más votado en las elecciones de 2018, el Movimiento 5 Estrellas (M5S), fue directamente un cómico, Beppe Grillo. Este había forjado su popularidad gracias a monólogos teatrales y programas de televisión en los que satirizaba a los políticos en activo. También tenía un blog de mucho éxito en el que escribía de manera provocativa e ideológicamente ambigua, pero siempre antielitista, sobre la política italiana y mundial: publicó listas de los diputados italianos que habían sido condenados por distintos delitos, convocó el V-Day (abreviatura de Vaffanculo-Day, es decir, el «día de mandar a tomar por culo») para que los ciudadanos protestaran en las calles por la corrupción de las élites políticas y periodísticas y exigió que Italia no participara en las Olimpiadas de Pekín por la opresión del Gobierno chino a los tibetanos. Con el tiempo, valiéndose de sus muchos seguidores, del enfado italiano ante la crisis y el endémico estancamiento del país, formó el M5S, que tras su éxito en 2018 lideró el Gobierno italiano.

Donald Trump anunció en 2015 que se presentaba a las primarias republicanas para convertirse en candidato a

presidente. Tenía una larga carrera como promotor inmobiliario en Nueva York y había hecho grandes inversiones para realzar su perfil público mediante agresivas campañas de promoción, donaciones a políticos y la publicación de anuncios de prensa en los que asumía una posición política. «Quiere ser famoso. Quiere que la gente hable de él. Quiere que la gente se percate de su presencia. Quiere que la gente escriba sobre él —dijo la periodista Nora Ephron en un artículo publicado en 1989, mucho antes de que se convirtiera en político—. Quiere que la gente le pida autógrafos y le reconozca e invada su privacidad; aunque la verdad es que no parece que tenga ninguna privacidad». Si bien era bastante conocido para tratarse de un constructor y promotor de hoteles y campos de golf, el deseo de ser famoso lo cumplió en la década de 2000, cuando fue el presentador del reality show *El aprendiz*, en el que los participantes competían por conseguir un puesto de trabajo en una de sus empresas. Trump se convirtió en una celebridad por echar a los concursantes descalificados con un sonoro: «Estás despedido». En 2015, durante una comida, Trump comunicó a Rupert Murdoch —el magnate australiano de la prensa, cuyos medios en Estados Unidos, *The Wall Street Journal*, *The New York Post* o la cadena Fox News, eran muy influyentes en la derecha— que pensaba presentarse a las primarias republicanas. Murdoch, según contó *The New York Times*, consideró la idea tan ridícula que «ni siquiera levantó la mirada de la sopa». Cuando, ya siendo candidato, Trump dio un discurso en el que afirmó que muchos de los inmigrantes mexicanos eran violadores, Murdoch, un hombre de derechas, escribió en Twitter: «¿Cuándo va a dejar Donald Trump de avergonzar a sus amigos y a todo el país?».[15] Pero cuando quedó claro que iba a ser el candidato del Partido Republicano y que tenía ciertas opciones de ganar las elecciones, Murdoch y Trump se aliaron de manera explícita. Para Trump, contar con

el apoyo de Fox News significaba llegar directamente a los votantes conservadores, sin necesidad de conseguir el apoyo de los periódicos o las demás cadenas de televisión, que según él apoyaban masiva y acríticamente a Hillary Clinton y las élites demócratas. Murdoch despidió a los presentadores y comentaristas contrarios a Trump y promocionó y contrató a otros favorables; gracias a ese apoyo, en 2016, el año de las elecciones y la victoria de Trump, Fox News se convirtió en el canal por cable más visto de toda la televisión estadounidense, superando en los horarios de máxima audiencia a los de películas y entretenimiento.[16] La política, y en especial la política polarizante y agresiva de Trump, respaldada por las críticas de los presentadores de Fox News a la izquierda, era más adictiva que las series. Y más barata.

Por supuesto, siempre ha habido políticos que antes fueron periodistas y escritores, y que aprovechaban cualquier medio a su alcance para darse a conocer entre los futuros votantes. Pero ese apoyo mutuo estaba cambiando debido a la transformación del mercado de las ideas. Tradicionalmente, los políticos y los medios de comunicación mantenían una relación tensa. Por ejemplo, estaban dispuestos a cooperar cuando existían afinidades ideológicas entre ambos o cuando los primeros podían beneficiar desde el poder a los periodistas o el medio para el que estos trabajaban. Pero también se enfrentaban cuando había discrepancias ideológicas, intereses contrapuestos o simple antipatía personal. Obama no fue el primer político que intentó rehuir esta dinámica, pero sí el primero que entendió que, aunque en parte era inevitable, las nuevas tecnologías le permitían dirigirse directamente a los ciudadanos sin la hasta entonces casi imprescindible intermediación de los medios. Sin duda, si un político quería llegar a grandes audiencias tenía que dar entrevistas a los periódicos o a las televisiones de referencia, aceptar preguntas en las ruedas de

prensa o someterse a toda clase de servidumbres mediáticas, por ejemplo mostrar su lado humano en programas de humor o de cocina, como siempre se había hecho. Pero ahora podía tuitear, grabar vídeos para YouTube, publicar anuncios pagados en Facebook o enviar mensajes en sus canales de Telegram o WhatsApp, en los que las empresas tecnológicas ejercían de mediadores logísticos, pero no participaban en la creación de un mensaje editorial. El político podía rehuir las preguntas incómodas y no exponerse a la hostilidad de los medios rivales y, lo que es más importante aún, borrar por completo la frontera entre el político y el *entertainer*. Berlusconi ya lo había hecho con enorme éxito. Pero tras la crisis económica esta estrategia se consolidó en todo Occidente, aunque eso no solo se debió a las redes sociales o al abaratamiento de los costes de producción. En España, algunos partidos nuevos sentían que carecían del apoyo tanto de los medios tradicionales como de los nuevos digitales y fundaron sus propios medios, como el periódico *La Última Hora* en el caso de Podemos o la televisión 7NN en el de Vox. Esta táctica fue más viable gracias a la predisposición de la televisión generalista a participar abiertamente en la disputa política. Los políticos se formaban en el choque dialéctico en tertulias que privilegiaban los eslóganes contundentes, aprendían en la televisión a utilizar frases y gestos efectivos que cupieran en clips de vídeo que luego hacían circular en las redes y tuiteaban una y otra vez para fijar sus posiciones y conseguir que la conversación pública girara en torno a ellas. Obama explotó su físico y su desenvoltura en las fotos de Peter Souza, el fotógrafo oficial de la Casa Blanca. Otros presidentes habían utilizado esta figura —el propio Souza fotografió a Ronald Reagan—, pero su obra, hasta entonces, había quedado relegada a los periódicos y los archivos, y no podía llegar a los votantes sin intermediación editorial. A partir de 2017,

Emmanuel Macron también tendría su propia fotógrafa oficial en el Elíseo. Mientras intentaba reforzar su liderazgo dentro del Tea Party, pero ya sin un cargo político, Sarah Palin se convirtió sucesivamente en analista política de Fox News, protagonista de varios reality shows e inspiración para una cadena de televisión online dedicada a sus ideas y su vida familiar. Durante su mandato, Sánchez publicó su mencionado libro de memorias —algo que los políticos suelen hacer durante una campaña o cuando se han retirado, no mientras están en ejercicio— y encargó una serie documental sobre su día a día en La Moncloa. En el verano de 2019, Matteo Salvini, entonces ministro del Interior en el Gobierno de coalición formado por Liga y el M5S, pasó el verano en una playa del Adriático y publicó fotos suyas bebiendo mojitos y haciendo de DJ en un chiringuito. Pero como contó *Politico Europe*, un medio con sede Bruselas especializado en información política europea, en realidad se pasó esas supuestas vacaciones dando declaraciones sobre sus socios de coalición, insultando a un periodista que grabó a su hijo montado en una moto acuática de la policía o atacando a la comunidad gitana. «Desde que asumió el cargo el año pasado, Salvini se ha comportado como si estuviera en una campaña perpetua —decía el periódico—. Sus críticos dicen que pasa más tiempo en mítines y en programas de televisión que ejerciendo el cargo, pero parece que su estrategia le ha salido bien: la Liga tiene una intención de voto del 38 por ciento», más del doble que en las elecciones anteriores. Las gracietas de Salvini reforzaban su imagen de hombre normal y hacían que muchos italianos sintieran simpatía por él, según *Politico*.[17] Era una estrategia comunicativa que utilizaron muchos políticos de la época porque, en teoría, los «humanizaba».

Los políticos que se habían formado en las tertulias y el lenguaje de los reality shows llevaron a la política el estilo

confrontacional que hacía que esa clase de programas tuvieran éxito. La contraposición de ideas es un elemento fundamental del sistema democrático, pero ya no tenía que ver con dos visiones del mundo legítimamente opuestas, ni con debates que escenificaran esas discrepancias. Se había convertido en un juego posicional, en el que lo más importante era señalar las diferencias con los demás y enfrentarse a diario con un estilo mediático atractivo que generara reacciones. Pero para que ese espectáculo funcionara hacía falta algo más: no bastaban las discrepancias concretas o los desacuerdos ideológicos, era necesario plantear ese intercambio en términos de oposición completa, de divergencia absoluta. Solo así, creían los políticos y sus asesores, el enfrentamiento resultaría atractivo para la audiencia. Eso no solo implicaba que los políticos actuaran como tertulianos, sino que sus ideas políticas fueran meramente posicionales: si en determinado momento un adversario defendía algo, era inevitable abogar por lo contrario. Y por supuesto, según la lógica mediática, cualquier postura podía cambiar al día siguiente; si no, no había espectáculo. Y sin espectáculo, no había política. En consecuencia, esta se volvió mucho más volátil. Seguía existiendo la ideología como un proyecto a largo plazo, pero las tácticas a corto plazo cambiaban de manera constante. Y, con ellas, las ideas.

Debido a este nuevo funcionamiento del mercado de las ideas políticas, las campañas ya no se circunscribían a periodos relativamente breves en los que los políticos, con resignación o entusiasmo, dependiendo de su carácter, dedicaban las veinticuatro horas del día a transmitir su mensaje, hacer promesas, expresar desdén por los rivales y acercarse a la gente común. Antes, terminado ese periodo, volvían a su cargo en el partido, el poder ejecutivo o legislativo, y dedicaban una cantidad de tiempo limitada a difundir el argumentario de su

formación o sus ideas personales. Pero ahora ningún político se atrevía a interrumpir una campaña que se volvió permanente por miedo a que los votantes se olvidaran de él o pensaran que no estaba lo bastante comprometido en la batalla política cotidiana. En la era del *infotainment*, el silencio sobre un asunto podía interpretarse como una forma de cobardía o resignación.

La necesidad constante de posicionarse llevó a los nuevos partidos a buscar rincones ideológicos que no estuvieran cubiertos por sus rivales más asentados. De modo que debían ser doblemente osados: sus ideas no solo habían de tener tracción electoral, sino además ser distintas y transmitirse de manera diferente, para tener identidad propia. Por ejemplo, durante la segunda legislatura de Rajoy como presidente, Ciudadanos empezó a ascender en las encuestas, pero sus líderes creían que el apoyo a algunas medidas del PP estaba desdibujando su personalidad. Querían que el partido se percibiera al mismo tiempo como liberal y osado, de orden pero no conservador, así que buscó propuestas políticas que le distinguieran de los populares y consultó informalmente a un grupo de periodistas y escritores cuáles podían ser dichas propuestas. Una de las más mencionadas fue la legalización de las drogas blandas. Pero, al final, la medida elegida por Rivera para afianzar un perfil propio fue la gestación subrogada. Era tan inviable como la legalización de la marihuana o las drogas sintéticas para uso recreativo, pero Ciudadanos tenía la esperanza de que le reforzara electoralmente entre una clase particular de votante: el joven urbano, de ingresos altos y moral progresista. No tuvo ese efecto, pero generó una enorme discusión en las tertulias, las redes sociales y los periódicos. En buena medida, esa era la intención.

A consecuencia de todo ello, en esta década los especialistas en comunicación política ejercieron una inmensa influencia. Por supuesto, hacía años que formaban parte de la estructura

de los partidos, o que se les contrataba como asesores para dirigir campañas electorales. Pero ahora, cuando el día a día requería golpes de efecto constantes y los políticos se dedicaban a cultivar su imagen personal al margen de los partidos, estas figuras adquirieron no solo una importancia mayor, sino notoriedad pública. En 2016, Podemos presentó un programa electoral cuyo diseño gráfico recordaba a los catálogos de Ikea. En él aparecían sus líderes en estancias cuyo mobiliario se inspiraba en la marca sueca, junto a un punto programático del partido. En una de las fotografías, Julio Rodríguez, un alto cargo del partido conocido por haber sido jefe del Estado Mayor de la Defensa, fregaba los platos en la cocina. El texto decía: «Ha llegado el momento de cambiar la forma en que producimos y transformamos nuestros bienes. La cocina de España debe modernizarse. Y, para ello, necesitamos nuevos instrumentos políticos que faciliten la labor de nuestras empresas». Iglesias regaba una planta en lo que parecía un despacho y el texto decía: «Abandonaremos la política de devaluación salarial como vía para promover una mejora de la competitividad por sus efectos sociales y económicos negativos». La metáfora de la casa servía, dijo Carolina Bescansa, una de las fundadoras del partido, «para hacer comprensibles y accesibles contenidos distantes, fríos y desubicados». El partido quería, añadió, «que nuestro programa sea el más leído de la historia de la democracia». Era tan fantasioso como la mayoría de los programas, pero fue extraordinariamente eficaz para presentar a los políticos de Podemos como ciudadanos normales, ocupados en tareas caseras, cuyas preocupaciones cotidianas eran las de los españoles.[18] La llamada de Pedro Sánchez a *Sálvame* había sido, en realidad, una recomendación de su principal asesora de imagen, Verónica Fumanal, que antes había trabajado para Albert Rivera, y que después sería tertuliana y columnista de

varios medios. Posteriormente, Iván Redondo sustituyó a Fumanal como asesor de comunicación de Sánchez y se convirtió en su jefe de gabinete cuando el PSOE ganó la moción de censura. Los medios enseguida le consideraron un genio en la sombra de la comunicación política e interpretaban sus escasas y crípticas palabras públicas como mensajes que ocultaban la estrategia de Sánchez y las claves de su triunfo. Manuel Mariscal, un diputado de Vox que había entendido la viralidad y dirigido con éxito la comunicación de su partido en las redes sociales, se convirtió en objeto de un reportaje de *El País* por haber mostrado un dibujo de la rana Pepe —un meme asociado al trumpismo— en una intervención en el Congreso de los Diputados. Miguel Ángel Rodríguez, asesor de comunicación de la presidenta de la Comunidad de Madrid, Isabel Díaz Ayuso, era retratado en los medios como alguien «listo como un demonio», un «asesor total», capaz de controlar a la opinión pública con brillantes recursos comunicativos.[19] En esos años proliferaron los másteres en comunicación política y los periódicos hablaban del relato de los partidos, de las ventajas y las desventajas de que en ellos buena parte de las estrategias no estuvieran ahora en manos de los viejos «fontaneros» experimentados sino de asesores externos obsesionados con los golpes de efecto, que tenían sofisticadas teorías acerca de la receptividad de la sociedad, el poder de las historias y el perfil comunicativo del candidato.

La suma de estos fenómenos —la aparición de las redes sociales, la digitalización de los periódicos y su gratuidad, la decadencia de la figura del intelectual clásico, la politización de la televisión, la conversión de los políticos en *entertainers* y el auge de la comunicación electoral— creó un nuevo mercado de las ideas políticas. En un contexto dominado por la repolitización de la sociedad y la sensación de que las nuevas formas de comunicación eran más igualitarias, democráticas e

independientes, apareció un nuevo destinatario de las ideas circulantes. Se trataba de un consumidor de información muy politizado, que podía saltar de los periódicos a las tertulias y a las redes sociales y los mensajes directos de los políticos, de tal manera que todo confirmaba sus sesgos previos y reforzaba su rechazo al adversario. El politólogo Eitan Hersh llamó a esta clase de consumidor de ideas e información *political hobbiyst*, una expresión que podría traducirse como «aficionado a la política» o «forofo de la política», en el mismo sentido en que se es aficionado a un deporte o forofo de un equipo. Esa persona, dice, mientras «dobla con desinterés [la ropa recién lavada] ve la tele y no tiene lejos el móvil. Actualiza Twitter para estar al tanto de lo que ha pasado en la última crisis política. Después echa un vistazo a Facebook para leer noticias de *clickbait*, después a YouTube para ver un montaje de fragmentos jugosos de la última sesión parlamentaria. Y después se queja a su familia de todo lo que ha visto en ese rato que no le ha gustado».[20] Sin embargo, decía Hersh, eso no es hacer política, ni siquiera significa estar implicado en ella. «Consumir política y participar en ella siguiendo obsesivamente las noticias y haciendo activismo online, sintiendo la necesidad de comentar enseguida el último escándalo político del día, exteriorizando emociones y discutiendo y debatiendo casi todo esto ante una pantalla o con los auriculares puestos», dice, no es hacer política. Pero consumir así las noticias, y comportarse online de esta forma, aunque no implique un compromiso político, tiene consecuencias: «Hace que la política sea peor. La manera en que tratamos colectivamente la política como si fuera un deporte afecta al comportamiento de los políticos. Cada vez están más convencidos de que les beneficia instigar la indignación de sus bases, pavonearse siempre en busca de la oportunidad de que un vídeo suyo se haga viral. Al tratar la

política como un hobby, les hemos exigido que actúen de esa forma».[21] Tanto los seguidores como los líderes cuya principal motivación es «la pura fascinación por la política», según el politólogo James Q. Wilson, ven «cada batalla como una “crisis”, cada victoria como un triunfo y cada pérdida como una derrota para la causa».[22] El factor dominante eran las emociones y su expresión.

De hecho, en un momento en que siempre se hablaba de noticias falsas y desinformación, Hersh sostenía que los más susceptibles de creerse las mentiras no eran los consumidores ocasionales de noticias, poco interesados en seguir la política. Lo eran precisamente los forofos de la política que la consumían como adictos. En un experimento llevado a cabo por el Consejo Europeo de Investigación, «los investigadores descubrieron que los participantes que estaban más interesados en la política y la conocían mejor eran los que consumían más noticias falsas. No era gente que se dejara engañar con facilidad por las mentiras que contenían las noticias falsas. Eran consumidores sofisticados que buscaban historias falsas porque eran yonquis. Tras echar un vistazo al mundo relativamente aburrido de las noticias reales, querían aumentar su dosis e iban en busca de fantasías —dice Hersh—. Para quien la política es como un pasatiempo, las noticias son una forma de entretenimiento y tienen que ser divertidas».[23] De distinta manera, eso trataban de hacer todos los medios de comunicación y los propios políticos, no solo las redes sociales a las que estos culpaban de muchos de los males de la democracia. Al buscar obsesivamente la apelación a la «emoción humana» que, como había descubierto Peretti, generaba la viralidad, configuraron una era en la que las ideas emergentes fueron, quizá porque necesitaban serlo, más radicales y volátiles.

4
«La política más profunda y radical surge de nuestra identidad»

El término «políticas de la identidad» se popularizó en 1977, cuando el Combahee River Collective, un grupo de mujeres negras, lesbianas y socialistas de Boston, publicó un manifiesto en el que definía su ideología y sus objetivos. En él denunciaba que, a menudo, el movimiento feminista estaba dominado por mujeres blancas que tenían actitudes racistas hacia las negras. Del mismo modo, afirmaba, la lucha por los derechos civiles de los negros estaba dominada por hombres que tenían actitudes machistas hacia las mujeres. «Es evidente que ningún otro movimiento supuestamente progresista ha considerado nuestra opresión específica como una prioridad, o ha trabajado en serio para acabar con esa opresión —decía el manifiesto—. Nos damos cuenta de que las únicas personas que se preocupan por nosotras lo suficiente para trabajar de manera continua por nuestra liberación somos nosotras [...]. El hecho de centrarnos en nuestra opresión se materializa en el concepto de las políticas de la identidad. Creemos que la política más profunda y potencialmente más radical surge directamente de nuestra propia identidad». El manifiesto del Combahee River Collective insistía en que la intención de sus integrantes era ser solidarias con otros grupos que luchaban por liberarse de la opresión. Pero afirmaba que el suyo, en concreto, el de las mujeres negras, lesbianas y de izquierdas, era objeto de discriminación por motivos raciales, sexuales y de clase —lo que más tarde se conceptualizaría de manera más compleja en la

«interseccionalidad»— y, por lo tanto, tenía una identidad bien definida y debía trabajar en favor de su singularidad.[1]

Se trató de un giro interesante para la izquierda. A diferencia de muchos movimientos de emancipación tradicionales, las políticas de la identidad no exigían la liberación de los oprimidos en nombre de la justicia, la equidad o la simple dignidad humana. Para esta nueva oleada de activistas, cualquier sumisión era fruto de una desigual relación de poder entre los grupos opresores —normalmente, aunque no solo, formados por hombres blancos, heterosexuales, de clase media y alta— y los grupos oprimidos, compuestos por minorías raciales, sexuales o con atributos físicos particulares, además de las clases bajas. El objetivo de las políticas identitarias era subvertir esa relación desigual. Para eso era necesario desmontar muchas de las ideas básicas que sustentaban la democracia liberal y el pensamiento ilustrado, que la teoría crítica consideraba meras construcciones de los opresores para defender sus intereses. Era mentira que la ciencia fuera una disciplina imparcial, que el liberalismo tuviera por fin la igualdad de derechos o que el lenguaje fuera una herramienta relativamente neutra para describir el mundo e interactuar con él. Todas esas convenciones, elaboradas por filósofos de la tradición ilustrada a lo largo de siglos, eran en realidad instrumentos que las clases favorecidas y burguesas habían concebido para someter a todo aquel que tuviera una identidad despreciable o potencialmente peligrosa. De hecho, dudaban incluso de que existiera la «razón» como algo objetivable: en muchos sentidos, se trataba de otro discurso opresor. Ningún hecho podía determinarse al margen de quien lo definía y de su identidad: lo que existían eran interpretaciones del mundo que emanaban de la clase o el grupo al que pertenecía quien las hacía. No había derechos universales ni objetivos políticos que fueran aplicables a toda la humanidad; ese planteamiento de

los occidentales blancos servía para disfrazar el colonialismo de proyecto humanitario. La manera de concebir el amor o el sexo también era fruto de estructuras subyacentes de dominio y sumisión. Y las grandes obras de arte del pasado —una catedral gótica, un drama de Shakespeare, un cuadro de Velázquez— no eran tanto una muestra de la grandeza del espíritu humano o de la creatividad de los genios como un reflejo de las relaciones de poder de la época y el lugar que el artista ocupaba en ellas. Absolutamente todo era fruto de las relaciones de poder. En términos políticos, a diferencia de lo que habría sostenido un luchador por los derechos civiles inspirado por Martin Luther King, o un político progresista tradicional del Partido Demócrata, para la teoría crítica el problema no era que la democracia liberal hubiera incumplido sus elevados principios y ambiciosas promesas, que se hubiera quedado corta en sus propósitos y cometido demasiados errores. El problema era que la democracia liberal era un proyecto de sometimiento, de poder de unos sobre otros. Era eso lo que el intelectual crítico y el activista debían denunciar de manera implacable: la opresión no se debía a los fallos del sistema, era un rasgo del sistema.

En las décadas posteriores a la aparición del manifiesto del Combahee River Collective, las políticas de la identidad cobraron una importancia creciente en las facultades de humanidades estadounidenses. Se volvió recurrente que los profesores conservadores, e incluso los liberales y progresistas, denunciaran que tales políticas estaban desplazando por completo al enfoque humanista tradicional en el estudio de las artes y la filosofía política; y que los profesores y estudiantes partidarios de la teoría crítica respondieran que esa defensa de la tradición liberal no era más que un reflejo de la posición de poder que representaban los profesores varones, blancos y de edad avanzada. En Estados Unidos, a partir de la década de 1980, esa lucha relacionada con el estudio de las ciencias

humanas se convirtió en una de las principales guerras culturales. En cierta medida, se correspondía con la contienda política general entre los dos grandes partidos. Pero solo hasta determinado punto, porque no toda la izquierda asumía los postulados de las políticas de la identidad. Una parte, de hecho, se sentía la guardiana legítima del enfoque humanista. Se trataba de una lucha circunscrita a los ámbitos académico e intelectual, literario y de las publicaciones minoritarias que, sin embargo, en ocasiones salía de ese reducido mundo y tenía efectos políticos más generales.

Entre la primera y la segunda década del siglo XXI, las nuevas generaciones de licenciados universitarios formados en la teoría crítica empezaron a ocupar puestos relevantes en los medios de comunicación tradicionales. Las viejas empresas periodísticas, que solían defender ideas de centroizquierda y coincidían sin demasiados conflictos con las élites metropolitanas que los consumían, contaban con autores que defendían posturas mucho más críticas y escépticas con la posibilidad de que la democracia liberal se reformara y pudiera resarcir a las minorías del país que durante décadas, o siglos, habían estado oprimidas. Algo antes, en 2008, Ta-Nehisi Coates, un joven y brillante escritor negro, se incorporó a *The Atlantic*, una institución del progresismo moderado, en la que escribía un blog sobre cuestiones raciales y políticas mucho más combativo de lo habitual en la revista; uno de sus artículos más conocidos exigía que el Gobierno estadounidense resarciera a los ciudadanos negros por la esclavitud de sus antepasados pagándoles reparaciones. *The New Republic* o *The New Yorker* incorporaron a jóvenes autores que pertenecían a minorías y escribían desde un punto de vista explícitamente distinto del tradicional, el de los hombres blancos que habían definido el tono de estas revistas durante décadas. Más tarde, *The New York Times* abordaría una empresa aún más ambiciosa,

llamada The 1619 Project, por el año en que llegó el primer barco cargado de esclavos negros a América del Norte. El objetivo del proyecto era reescribir la historia de Estados Unidos con relatos periodísticos que pusieran la esclavitud y la experiencia de los negros en el centro del relato nacional. Este giro provocó tensiones en las redacciones de esas publicaciones. Entre los escritores y editores más veteranos se produjo un duro debate sobre si sus instituciones debían preservar los rasgos del progresismo tradicional o más bien asumir que la izquierda había cambiado, y adoptar el tono y las ideas que traían consigo las nuevas generaciones de periodistas. Otros escritores que habían asumido la defensa de las políticas de la identidad como una necesidad expresiva y una tarea colectiva urgente, pero no publicaban en medios influyentes, estaban creando su propia audiencia al margen de estos, en blogs o en las redes sociales.

Gran parte del éxito de esta nueva generación se debió a que supo centrar su discurso en una idea que subyacía tras las políticas de la identidad: «lo personal es político». La izquierda progresista tradicional había interpretado esa noción, surgida tras el auge de las nuevas izquierdas de la década de 1960, como un mecanismo de llamada a la acción. Había que dejar de considerar que problemas como la pobreza, el empleo precario o el acceso al aborto eran individuales y pasar a la actividad política: las campañas de movilización, la presión a los partidos, las propuestas legislativas. El lema convertía lo personal en un argumento de acción colectiva. Sin embargo, la nueva izquierda lo entendía de otra manera: todos los aspectos de la vida privada son fruto de las relaciones de poder y, por lo tanto, fenómenos eminentemente políticos.

La teoría crítica, pues, había abandonado la semipenumbra de la academia y se encontraba, si no en el centro del debate nacional, sí al menos en la discusión sobre las ideas

progresistas. De hecho, algunas de las reivindicaciones económicas de Occupy Wall Street acabaron convergiendo con la teoría crítica: su denuncia de la desigualdad se dirigía a las políticas fiscales y económicas de los sucesivos gobiernos estadounidenses, pero también a la tradicional marginación de las mujeres, los negros u otras minorías. Sin embargo, en esa convergencia surgieron conflictos. ¿Debía el progresismo dejar de hacer reivindicaciones económicas que consideraban por igual a todos los ciudadanos sin recursos que merecían ayudas o políticas específicas, o eso era ingenuo y había que tener en cuenta la raza y el género en cualquier reclamación económica sobre la desigualdad, el desempleo o la pobreza?

Esta renovada visión sobre el racismo pasó a dominar definitivamente la política nacional estadounidense en el verano de 2014. El 9 de agosto, un policía blanco disparó y mató en Ferguson, Misuri, a Michael Brown, un hombre negro de dieciocho años, cuyo cadáver quedó tendido en la calle durante horas.[2] No era la primera vez que sucedía algo parecido. La muerte de Brown estuvo precedida de numerosos casos de violencia contra hombres negros por parte de las autoridades blancas. El movimiento Black Lives Matter se había creado un año antes, en 2013, cuando George Zimmerman, el coordinador de la vigilancia vecinal en una urbanización, fue absuelto del asesinato de Trayvon Martin, un joven negro al que disparó sin que mediara provocación previa. La indignación acumulada generó entonces un estallido de ira, que se dirigió contra las prácticas racistas de la policía, la pervivencia de una discriminación violenta en muchos estados del sur del país y la aparente naturalidad con la que muchos políticos y ciudadanos convivían con esas tragedias recurrentes. Pero también puso de manifiesto el enfrentamiento entre estas nuevas formas de radicalismo de izquierdas y el viejo progresismo gradualista. Como afirmó el periodista George

Packer, hacía seis años que presidía el país un hombre negro que, además, hablaba con frecuencia de cómo la nación había avanzado, desde los tiempos de Martin Luther King, hacia la justicia, y de la fuerza del amor y la esperanza para sobreponerse a un legado de opresión y racismo. Sin embargo, se sucedían los asesinatos de hombres negros inocentes a manos de las fuerzas del orden, si cabe con más frecuencia y de manera más escandalosa. «La historia optimista de progreso gradual y de oportunidades cada vez mayores en una sociedad multirracial se desmoronó», dijo Packer.[3] Y eso adoptó la forma de un conflicto generacional: los partidarios del nuevo radicalismo eran abrumadoramente menores de cuarenta años, afirmaba Packer, tenían estudios superiores, habían interiorizado muchos aspectos de la teoría crítica y se irritaban con sus padres progresistas, que seguían hablando de meritocracia o creyendo, en el fondo, que Estados Unidos era un país cuyas normas democráticas y cuya concepción de la libertad podían redimir todos sus pecados pasados.

Ese doble enfrentamiento —con las partes más conservadoras de la sociedad estadounidense que eran indiferentes a la violencia racista o la justificaban, y con los mayores progresistas, que seguían viendo el mundo en términos de ciudadanía y universalismo— marcó lo que cada vez con más frecuencia se llamaría *wokeness*, un término tomado de la jerga afroamericana derivado de *awoken* («despierto») que popularizó el movimiento Black Lives Matter. Una persona *woke* era consciente de las injusticias sociales, y siempre estaba alerta para detectarlas y denunciarlas. Y el lenguaje desempeñaba un papel relevante en esa misión: no se trataba únicamente de delatar las palabras que ofendían identidades o reforzaban prejuicios, sino de crear un lenguaje que sirviera para denunciar los abusos. Así, expresiones como «racismo sistémico», «privilegio blanco», «masculinidad tóxica» o

«transfobia» aparecían no solo en los trabajos académicos, los documentos y los discursos de los grupos de denuncia, sino que empezaron a ser utilizadas por buena parte de la sociedad estadounidense. Las editoriales publicaron libros sobre la historia del racismo en los que abundaban esas expresiones; los «periódicos y las revistas que siempre habían aspirado a la objetividad informativa se pasaron a un modelo de periodismo activista», dijo Packer, y toda clase de organizaciones vinculadas a las artes, la comunicación, la filantropía o la ciencia las imitaron, adoptando este lenguaje y un enfoque esencialmente activista y militante.

Uno de los rasgos más evidentes de esta nueva izquierda fue la llamada «cultura de la cancelación», que alentaba la denuncia de quienes se apartaban de las líneas ideológicas establecidas por el movimiento. Esta práctica no era en absoluto nueva; la novedad estribaba en que el motivo de esa acusación no siempre eran declaraciones ideológicas formales y actitudes deliberadamente ofensivas, sino comentarios informales en las redes sociales, chistes, canciones, películas o series, muchas veces previas al auge de estos criterios morales. Otra novedad fue la creación de «espacios seguros», sobre todo en las universidades, en los que las personas y los grupos que se sintieran marginados podían reunirse para compartir experiencias, y en los que no se permitía la intervención de nadie que discrepara de estos movimientos asociados a la izquierda. Según ellos, y de acuerdo con la teoría crítica, los discursos patriarcales, homófobos o racistas eran una forma de violencia, una clase de agresión que, en lo esencial, no difería de la agresión física, y que al igual que esta señalaban un desequilibrio de poder, por lo que debían ser expulsados de los espacios seguros. En última instancia, la cultura de la cancelación también recurría a las leyes del mercado, porque quienes denunciaban públicamente actitudes reprobables de

terceros lo hacían para dañar su popularidad, su trabajo o su prestigio entre los críticos y periodistas que podían darles visibilidad.

Esto generó una dinámica de denuncia y castigo que le valió a los miembros del movimiento el apodo desdeñoso de «guerreros de la justicia social», jóvenes armados con conocimientos teóricos y una gran sensibilidad que veían motivos de indignación por todas partes y que a menudo no jerarquizaban la gravedad de los casos. A veces eran dramáticos, como el asesinato indiscriminado de hombres negros desarmados o los abusos denunciados en la campaña #MeToo, tras saberse que durante décadas el productor de cine Harvey Weinstein había agredido sexualmente a mujeres que aspiraban a trabajar en sus películas. Pero en otras ocasiones, por ejemplo, se trataba de simples decisiones editoriales que eran discutibles, como publicar un artículo de un hombre acusado de abusos sexuales, aunque no condenado, lo que provocó el despido del director de *The New York Review of Books*. Para estos luchadores por la justicia todo formaba parte de un inmenso aparato de opresión y distribución injusta del poder, que requería una denuncia incansable. Con frecuencia, su lógica era puritana. No en el sentido que a menudo se le ha dado a esta palabra, como si los *woke* pretendieran imponer reglas de castidad, acabar con el placer o cuestionar toda forma de hedonismo, aunque es cierto que las nociones vinculadas a la renuncia ocupaban un espacio relevante en una ideología política determinada por el dolor y el sufrimiento. Su puritanismo entroncaba con el sentido original del término, establecido hacía más de tres siglos en las colonias estadounidenses: la convicción de que la existencia de personas con ideas heterodoxas dentro de una comunidad amenazaba con contaminarla y requería su expiación o expulsión. Es decir, su purificación. Las redes sociales eran una herramienta

particularmente efectiva para hacerlo. «Lo que impulsaba los cambios era un incontestable principio de inclusión —dice Packer—, pero se introdujeron de contrabando rasgos más amenazadores, que han acabado caracterizando las políticas de la identidad y la justicia social: el pensamiento de grupo monolítico, la hostilidad ante el debate abierto y una querencia por la coerción moral».[4]

El auge de esta nueva forma de izquierdismo no tardó en saltar a Europa. En realidad, no se trataba de una exportación, sino más bien de un regreso. Muchas de las ideas fundamentales sobre las que se había construido la teoría crítica habían surgido entre las décadas de 1920 y 1970 en universidades e instituciones europeas. La llamada escuela de Frankfurt, que alentó algunas de las teorías que afirmaban que el capitalismo no era un sistema político sustancialmente distinto del fascismo en cuanto al uso de la propaganda, la uniformación y el sometimiento, había surgido en la Alemania de entreguerras. Más tarde, en las décadas de 1960 y 1970, las teorías de Michel Foucault sobre el poder y la biopolítica, las de Jacques Derrida sobre las formas de opresión inherentes al lenguaje occidental o las de Frantz Fanon sobre la descolonización y el racismo contra los negros habían viajado desde las universidades y las editoriales francesas hasta las estadounidenses. Y, sobre todo en las décadas más recientes, esa mezcla de teoría europea (que daba prestigio cultural y un contexto autóctono) y política estadounidense (que en realidad operaba con unas coordenadas históricas muy difíciles de trasladar a Europa) se había ido incorporando a las facultades de literatura, arte, filosofía y humanidades. En España se replicó la experiencia estadounidense, y la universidad y los estudios de humanidades, que siempre habían estado dominados por la izquierda, se convirtieron en el campo de batalla entre el viejo progresismo tradicional y las políticas de

la identidad. Los enfoques de género, la crítica cultural y las relecturas del marxismo en clave identitaria se popularizaban entre los profesores jóvenes y los alumnos, mientras en muchos casos los profesores que habían protagonizado la transformación de la universidad española en las décadas de 1960 y 1970 —introduciendo en ella ideas democráticas, cuando no subversivas— sentían que se traicionaba su legado. Por un lado, el legado intelectual, porque esa generación había llevado a la universidad algunos rasgos académicos de la modernidad europea y la había liberado de muchos de los tics autoritarios y conservadores de la era franquista; por el otro, esos profesores progresistas que habían llevado la Transición a la academia consideraban que se cuestionaba su legado político, que estaba abrumadoramente vinculado al PSOE y a la forma en que este había conformado la vida cultural, intelectual y periodística del país. Creían, además, que buena parte de esa gran operación intelectual de las políticas identitarias no solo era un enorme error que desmontaba la gran tradición igualitarista de la izquierda socialdemócrata, sino una operación generacional para sustituir al *establishment* actual y ofrecer salidas laborales a una generación de estudiantes que, tras la crisis financiera, ya no tendría buenos puestos en la universidad, y difícilmente en el sector privado. Entre muchos lamentos más o menos melancólicos de viejos catedráticos de humanidades españoles, el filósofo José Luis Pardo identificó este cambio en términos políticos y culturales, pero también biográficos y de pura supervivencia individual:

> Un gran número de estudiantes de Filosofía de la Complutense, a quienes [...] se amenazaba una y otra vez con el estigma de la «inempleabilidad» y la ausencia de futuro, vieron en el 15M y en el movimiento político generado a partir de él, al que muchos de sus profesores les invitaron, la ocasión de llevar a cabo ese cambio hacia

> una sociedad en la cual los filósofos tuvieran sentido y encontrasen empleo (aunque fuese como activistas revolucionarios), y cuando se percataron de que esos profesores (y algunos de sus compañeros), que eran sus héroes, habían entrado en el Congreso de los Diputados y en las asambleas autonómicas, estuvieron seguros de que estaban protagonizando una victoria política histórica a favor de ese cambio. [5]

Como decía Pardo, tras las elecciones locales y autonómicas de mayo de 2015 muchos de los universitarios que habían fundado Podemos se habían convertido en concejales y en diputados regionales, y tras las generales de diciembre de ese mismo año, en diputados nacionales. Cuando, en enero de 2016, los diputados del partido tomaron posesión de su escaño en el Congreso, dejaron ostentosamente sobre él sus abrigos, para demostrar que ellos eran como los muchos españoles que ponían la chaqueta sobre la silla de trabajo y que, además, desconocían las costumbres del Congreso de los Diputados, porque en realidad todos tenían un despacho en el que dejar sus objetos personales; Carolina Bescansa, una de las líderes del partido, se sentó en el escaño con su bebé de meses, a pesar de que el Congreso cuenta con una guardería. Los diputados de Podemos no pretendían ser simples representantes del pueblo, sino «gente» que, gracias a la confianza de otra «gente», había decidido hacer política para devolverla a sus legítimos propietarios.

Sin embargo, en el mismo momento en que entró en las instituciones públicas nacionales, Podemos empezó a transformarse. Sobre todo porque de repente descubrió el funcionamiento de las instituciones y la representatividad. Siguió intentando diferenciarse de las demás formaciones por su estilo, pero había iniciado una lenta transición que le llevaría a convertirse en un partido político estándar, una transformación que se produciría en directo, ante las cámaras.

Si en sus años universitarios y activistas los políticos de Podemos habían aprendido la filosofía y la teoría de la política, así como el predominio de la comunicación sobre la legislación, ahora estaban aprendiendo la práctica del día a día en un ayuntamiento o en un escaño. No era nada que no hubiera sucedido antes en la democracia española, lo novedoso fue que ese proceso se retransmitiera en tiempo real y que sus protagonistas demostraran al mismo tiempo arrogancia ideológica y desconocimiento de los procedimientos formales.

Sin embargo, Podemos también se transformó porque las circunstancias de España estaban cambiando. El Partido Popular había perdido la mayoría absoluta y un Congreso con una representación más plural invitaba a establecer pactos y al entendimiento de los partidos políticos para conformar mayorías alternativas. Eso obligaba al partido a decidir si seguía con el maximalismo de denuncia o asumía ciertas renuncias para llegar a acuerdos con otras formaciones. Y sobre todo, el país volvía a crecer y había dejado atrás la crisis. Las consecuencias de esta aún se hacían evidentes en el elevado desempleo y —algo que era importante para Podemos— en las carreras vitales truncadas de muchos jóvenes. Pero ahora, tras años de pura comunicación política y un rapidísimo ascenso electoral, el partido tenía que elaborar un programa más creíble y profundo.

Así lo hizo en el plano económico. Podemos consiguió que Thomas Piketty le apoyara y asesorara. A esas alturas, el economista era una celebridad. Había revolucionado el estudio de la desigualdad con un exitoso libro, *El capital en el siglo XXI*, un complejo e inesperado best seller primero en Estados Unidos y, más tarde, en otros países como España. Piketty hacía propuestas radicales sobre los impuestos y la redistribución de la renta, pero formaba parte del *establishment* europeo, hablaba en jerga tecnocrática y no parecía un revolucionario

latinoamericano. Nacho Álvarez, el nuevo responsable de Economía de Podemos, hablaba de escenarios económicos para después de la austeridad, citaba las ideas sobre inversión pública en I+D de la economista Mariana Mazzucato —otra representante del ala más izquierdista del *establishment* económico europeo, aunque plenamente integrada en este y con interlocutores en las instituciones europeas— y entraba en detalles sobre el mercado laboral, la reforma de las pensiones o la sostenibilidad del estado de bienestar. Podemos parecía vivir en una tensión constante. Por un lado, era cada vez más jerárquico y autoritario. Pablo Iglesias, su líder y secretario general, no tardó en expulsar o dejar de lado a quienes no estaban de acuerdo con su dominio absoluto del partido, y se enfrentó a los que seguían apostando por la transversalidad ideológica, porque su instinto político seguía siendo el de un revolucionario. Por el otro, sus miembros se presentaban a veces como una reencarnación de la verdadera socialdemocracia laborista europea e insistían en que sus ideas estaban cada vez más en línea con un creciente consenso dentro de la izquierda que exigía medidas radicales, pero análogas a las de otros partidos europeos que no se percibían como revolucionarios.

En este contexto de recuperación económica, Podemos también debía redefinir las cuestiones no económicas de su agenda. En su programa electoral de 2015, que constaba de 394 propuestas, no aparecía ni una vez la palabra «feminismo» y solo dos «movimiento feminista». En el de 2016, tampoco aparecía esta palabra ni otras vinculadas a las reivindicaciones del nuevo feminismo, como «prostitución», «maternidad subrogada» o «pornografía», denunció una activista.[6] Vistalegre II, la segunda asamblea nacional del partido, celebrada en 2017, corregiría eso. Para entonces, el poder seguía centralizado en su líder y su entorno más cercano de

colaboradores, y varios de los fundadores habían abandonado la formación debido a discrepancias. En el congreso se presentaron tres documentos con propuestas para la inclusión del feminismo en la organización y el programa del partido. Estos procedían de las tres líneas políticas enfrentadas dentro de Podemos, e incluían distintas ideas acerca de las cuotas de mujeres en las listas electorales, el porcentaje de recursos dedicados a cuestiones vinculadas al feminismo, los mecanismos para hacer que la formación reorientara una cultura organizativa «belicista, masculina y machista» y la creación de organismos internos para velar por el cumplimiento de todas estas cuestiones. Más allá de los aspectos organizativos, y a pesar de sus diferencias, los documentos incorporaban el lenguaje y las ideas de las políticas de la identidad que en los años anteriores habían resurgido en Estados Unidos y, al mismo tiempo, reflejaban las constantes luchas teóricas y conceptuales que se producían dentro del movimiento. Si bien había cierta discusión sobre el término adecuado para la pretensión de hacer la política menos masculina —si debía ser «despatriarcalizar» o «feminizar»— el documento ganador (fusión de dos de los presentados) asumía por completo el lenguaje de la identidad. Hablaba de «violencia estructural […] que ataca especialmente a las mujeres y a los sectores sociales y étnicos más desfavorecidos» y de «construcciones discursivas y materiales»; sostenía que «el neoliberalismo [es] el enemigo de los derechos de las mujeres» y llamaba a la lucha contra «el capitalismo, el sistema global de dominación, junto con el patriarcado». Pedía una «deconstrucción» de «los mandatos de género». Y exigía una mirada interseccional al feminismo: «Debemos comprender y afrontar las desigualdades por razón de sexo y género de la mano de otras desigualdades». Por lo tanto, era necesaria «una metodología interseccional» para «comprender que todas las

desigualdades señaladas abarcan espacios privados, públicos, locales, regionales y locales», y pedía «la alianza entre el movimiento por la emancipación de las mujeres y el del colectivo LGTBI en su lucha por la igualdad de género y la no discriminación». «Creemos que la inclusión de la perspectiva de género es esencial dentro de un colectivo LGTBI radicalmente heterogéneo y en plena efervescencia de las nuevas subjetividades disidentes», afirmaba el documento, y añadía que eso también se entrecruzaba «con la autodeterminación del género de las personas trans».[7]

Era un lenguaje extraordinariamente opaco para tratarse del programa de un partido que aspiraba a alcanzar ya no representación política, sino el poder; uno más propio de discusiones académicas y entre activistas que de una maquinaria electoral (la autora del documento que perdió la votación, Clara Serra, sí exigió un feminismo «al alcance de todo el mundo, de todas las mujeres. Un feminismo fácilmente comprensible e inclusivo»).[8] Con todo, la adopción casi repentina de ese lenguaje en el nuevo partido de la izquierda contribuyó a popularizarlo e introducirlo en los medios de comunicación de masas, que durante los años siguientes imitarían, una vez más, lo sucedido en Estados Unidos. Las revistas de moda femenina recogieron las discusiones sobre la interseccionalidad, el debate sobre la convergencia de los intereses de las mujeres feministas y las reivindicaciones LGTBI creó una cuña entre activistas de distintas generaciones y se convirtió en un tema frecuente en las páginas de opinión de los periódicos, como lo hizo el debate sobre lo trans tras la entrada de Podemos en el Gobierno nacional de coalición. Los relatos sobre experiencias de opresión y sometimiento sufridas por mujeres se mezclaban con las teorías que se disputaban la hegemonía feminista y el momento político. Se volvieron frecuentes, en los libros y los medios de comunicación,

historias sobre la maternidad y sus vínculos con el mundo laboral y la salud mental, y se proyectó cierta esperanza en que una izquierda nueva pudiera asumir definitivamente esas cuestiones como sus principales reivindicaciones; Íñigo Errejón hablaba en el Parlamento de salud mental y la diputada catalana Mar García Puig, de En Comú Podem, de los vínculos entre la actividad política y la fundación de una familia.[9] Podemos y sus aliados no habían abandonado sus aspiraciones económicas, pero su relato se estaba ampliando y transformando. De hecho, es elocuente que cuando el partido pasó a formar parte del Gobierno de coalición, de los cinco ministerios que obtuvo cedió a su socio menor, Izquierda Unida, y en concreto al Partido Comunista, los dos de carácter más económico —el Ministerio de Trabajo, con Yolanda Díaz al frente, y el de Consumo, con Alberto Garzón—, mientras él se quedó con los que, de alguna manera, entroncaban más con su reciente giro *woke*: los de Igualdad (Irene Montero), Universidades (Manuel Castells) y Derechos Sociales y Agenda 2030 (Pablo Iglesias).

Esto último, la Agenda 2030, era un proyecto reciente que, aunque contenía innumerables reivindicaciones clásicas de la izquierda y algunas organizaciones multilaterales y religiosas, reflejó estas transformaciones de la izquierda. El 25 de septiembre de 2015, Ban Ki-moon había comparecido en la Asamblea General de las Naciones Unidas ante los jefes de Gobierno y diplomáticos de 195 países. El propósito era presentar un plan de acción para 2030 que incluía una serie de Objetivos de Desarrollo Sostenible que abarcaban casi todos los aspectos de la economía y la vida: de la pobreza y el hambre a la salud y el bienestar, la educación, el acceso al agua, la solidez de las instituciones y la justicia, el clima, la energía o la industria y la innovación. Era un intento más, espoleado por el recuerdo de la crisis financiera, de ordenar el funcionamiento

del capitalismo en el planeta, para reducir las desigualdades, desacelerar la crisis climática y acabar con las bolsas de pobreza en el mundo. En su discurso, Ban dijo:

> Los pueblos del mundo nos han pedido que alumbremos el camino hacia un futuro prometedor y lleno de oportunidades. Y los estados miembros han respondido con la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible. La nueva agenda es una promesa que los dirigentes hacen a las personas de todo el mundo. Y constituye una visión universal, integrada y transformativa para un mundo mejor. Es una agenda en favor de las personas, para poner fin a la pobreza en todas sus formas. Una agenda en favor del planeta, que es nuestro hogar común. Una agenda en favor de la prosperidad compartida, la paz y las alianzas de colaboración. Una agenda que transmite la urgencia de tomar medidas contra el cambio climático. Y que se basa en la igualdad de género y el respeto de los derechos de todas las personas. Pero que, sobre todo, promete que nadie se quedará atrás.[10]

Este ambicioso proyecto presentaba algunas novedades. Los planes de Naciones Unidas solían requerir que los gobiernos de los países miembros trabajaran juntos y con la organización de la propia ONU. Sin embargo, en esta ocasión Ban iba a implicar también al capital privado. Los objetivos de la Agenda 2030 requerían billones de dólares de inversión que los gobiernos no querían ni podían asumir, de modo que se decidió que los mercados financieros y los inversores globales aportaran una parte de esos recursos.[11] Acabar con la pobreza iba a necesitar la ayuda de los capitalistas y si todo iba bien, lógicamente, estos obtendrían beneficios de sus inversiones en el proyecto.

Esa no era la única novedad. «Su Santidad —dijo Ban dirigiéndose al papa Francisco, al que había invitado a asistir a la reunión—, bienvenido al púlpito del mundo. Estamos aquí para escucharle». En los setenta años de existencia de la

Asamblea General de las Naciones Unidas, nunca un papa había acudido a una sesión inaugural. Con su presencia, Francisco quería dejar claro que una de las prioridades de su papado era acabar con la pobreza y con otras fuentes de desigualdad. Tras ajustarse las gafas ante el idiosincrásico púlpito de mármol verde del salón de actos de la ONU, el papa dijo que el egoísmo y un deseo de poder y prosperidad material sin límites estaban dañando la economía global y el medioambiente, y que la humanidad no podía posponer más la aplicación de planes como los Objetivos de Desarrollo Sostenible. También celebró la participación del mundo financiero en el proyecto. Cuando terminó diciendo que iba a rezar por el buen fin del plan, el salón se sumió en un gran aplauso.

La Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible era un proyecto increíblemente ambicioso que contaba con un enorme consenso global, lo cual se debía en buena medida a que su incumplimiento tenía pocas penalizaciones. Sin embargo, suponía desarrollar un enorme proyecto burocrático, de gran dificultad y con importantes implicaciones para la soberanía de los países. Y había creado un alineamiento ideológico muy contraintuitivo: el de la mayor organización multilateral del mundo, los mercados financieros globales, dispuestos a contribuir al bien común y obtener beneficios con ello, y la Iglesia católica bajo el papado de Francisco. Todo ello revestido de un lenguaje progresista que no era académicamente oscuro, sino alambicadamente ingenuo, como es, en tantas ocasiones, la retórica de la ONU.

En esos momentos también estaba cobrando importancia singular otra cuestión que, por lo menos desde el inicio de la década de 1990, había estado en la agenda del progresismo y en la discusión pública, y que formaba parte también de la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible: la preocupación por el medioambiente y el cambio climático. Después de más de

veinticinco años de discusiones diplomáticas lastradas por el desinterés de los gobiernos y las presiones de distintas industrias, en diciembre de 2015, poco después de la aprobación de la Agenda 2030, bajo el amparo de la ONU, casi todos sus países miembros, además de Palestina y la Unión Europea, firmaron el Acuerdo de París. Su objetivo era limitar el calentamiento global a 2 °C, o en el mejor de los casos a 1,5 °C, con respecto a las temperaturas de la era preindustrial. Para alcanzar esa meta los países firmantes se comprometían a reducir lo más rápido posible sus emisiones de gases de efecto invernadero para que en 2050 el mundo fuera climáticamente neutral, es decir, que no contribuyera al aumento de la temperatura del planeta. «Por primera vez un acuerdo vinculante une a todos los países en una causa común con el fin de emprender esfuerzos ambiciosos para combatir el cambio climático», se felicitaba la ONU tras la firma. No estaba claro que todos sus objetivos fueran realistas, pero era un logro diplomático con pocos precedentes y significaba, en términos ideológicos, la legitimación de muchas reivindicaciones que los ecologistas llevaban décadas haciendo. Estas demandas habían pasado del ámbito del activismo, en los márgenes del progresismo respetable y normalmente fuera de la política institucional, a constituir un punto esencial de las agendas de gobiernos de todo el mundo, una de las pocas cosas en las que estaban de acuerdo gobiernos de izquierdas, de derechas, democracias y dictaduras, incluso las financiadas con petróleo.

A pesar de este enorme consenso —el país más relevante que se negó a firmar el pacto fue Irán—, el Acuerdo de París y también los Objetivos de Desarrollo Sostenible podían interpretarse como una victoria de la izquierda, en especial de la que, desde el final de la Segunda Guerra Mundial, había promovido unos mecanismos de gobernanza global, coordinación económica y negociación multilateral que

prevalecían sobre la voluntad soberana de los estados nación. La derecha había asumido organizaciones como la ONU, el Banco Mundial o el FMI, y de hecho las había liderado en multitud de ocasiones; del mismo modo, el respeto por el medioambiente y las críticas a una industrialización y contaminación desatadas hacía años que formaban parte del ideario de algunos partidos o movimientos conservadores. Pero la suma de la Agenda 2030 y el Acuerdo de París evidenciaba algo que aparentemente iba más allá de esas coincidencias y esos consensos: tras la crisis financiera y los años posteriores de volatilidad ideológica, se estaba formando cierto consenso alrededor de ideas que, aunque ahora se hubieran vuelto transversales, siempre habían sido impulsadas por el progresismo global, cuando no por la nueva izquierda. Si bien la reducción de la pobreza global y la progresiva disminución de las emisiones de carbono eran objetivos ambiciosos —y quizá inalcanzables—, esos acuerdos auspiciados por instituciones internacionales no contemplaban expresiones del ecologismo y el izquierdismo más radicales como el decrecentismo, la desindustrialización o el boicot a los combustibles fósiles. Aun así, eran el reconocimiento de que, como denunciaban algunos movimientos de izquierdas críticos con la Ilustración y la deriva moderna de las sociedades occidentales, la colonización y la industrialización habían tenido efectos perniciosos a largo plazo. La arrogancia de los hombres blancos había provocado, en nombre de la ciencia y el progreso, daños en el planeta y las sociedades que quizá ya no tuvieran remedio.

Y versiones menos duras de esta retórica, que incorporaban una explícita voluntad conciliadora y apolítica, estaban llegando a lugares más inesperados: desde los consejos de administración de las grandes empresas cotizadas, los bancos de inversión y el mercado de las ideas que rodeaba a la

actividad empresarial, hasta los libros sobre los valores de los ejecutivos y las recomendaciones para invertir. La tríada «medioambiente, social y gobernanza corporativa» (ESG, por sus siglas en inglés) apareció por primera vez en 2004 en un informe auspiciado por el entonces secretario general de las Naciones Unidas, KofiAnnan, que firmaron algunas de las empresas financieras más importantes del mundo, entre ellas Goldman Sachs, Morgan Stanley, Deutsche Bank, Credit Suisse o BNP Paribas.[12] Se titulaba *Who Cares Wins* («Quien se preocupa, gana») y contenía una serie de recomendaciones para los bancos de inversión y los gestores de activos. Según las instituciones firmantes, la forma en que estas manejaran las cuestiones medioambientales, sociales y de gobernanza corporativa podían contribuir al «desarrollo sostenible de las sociedades en las que operan», al mismo tiempo «aumentar el valor para los accionistas» y, en consecuencia, «tener un fuerte impacto en la reputación» de la marca. Había que invertir teniendo en cuenta las preocupaciones sobre el clima y los recursos, intentar beneficiar a la sociedad con esas decisiones, y dirigir la empresa con criterios inclusivos y de transparencia.

Era un lenguaje llamativo. En 1970, el economista Milton Friedman publicó en *The New York Times* un artículo, titulado «La responsabilidad social de las empresas consiste en aumentar sus beneficios», que definiría el capitalismo de las décadas siguientes. En él, desdeñaba la incipiente retórica acerca de esa «responsabilidad social» de las empresas. «Los empresarios creen que defienden la libre empresa cuando afirman que las empresas “no solo” se preocupan por los beneficios, sino también por promover fines “sociales” deseables; que las empresas tienen una “conciencia social” y se toman en serio su responsabilidad de ofrecer empleo, acabar con la discriminación, evitar la contaminación y cualesquiera otras palabras clave que utilice el plantel contemporáneo de

reformistas». Pero en realidad, decía Friedman, quienes hablaban así lo que hacían era «propagar socialismo puro sin adulterar». Según él, las empresas no tenían ninguna clase de responsabilidad más allá de su actividad principal: «Las empresas tienen una y solo una responsabilidad social: utilizar sus recursos y llevar a cabo actividades concebidas para aumentar los beneficios de acuerdo con las reglas del juego». [13] Eso era todo.

En 2004, el texto de Friedman ya se había discutido infinidad de veces; los hechos parecían darle la razón, pero al mismo tiempo muchas empresas se habían tomado en serio la «responsabilidad social corporativa», aunque fuera por razones reputacionales. Sin embargo, el informe de los bancos de inversión iba más allá. Además de tener una responsabilidad medioambiental, social y de gobernanza justa, las empresas no se debían únicamente a sus accionistas, sino a las llamadas partes interesadas, es decir, todas las personas que de un modo u otro se veían afectadas por su actividad: los empleados, los proveedores, los consumidores, los grupos de la sociedad civil y, en muchos sentidos, toda la sociedad. Por eso, sus decisiones de inversión tenían que guiarse por criterios que se ajustaran a esas múltiples prioridades: los beneficios, por supuesto; las ganancias para los accionistas, sin duda; pero también la conciencia del impacto global que tenía su actividad en la sociedad, el medioambiente, la economía y la inclusión. Cuando se publicó no tuvo una gran influencia, pero sentó las bases de un movimiento que fue cobrando fuerza tras la crisis financiera —durante la cual algunas de las empresas que colaboraron en el informe destacaron por su mala gobernanza y unas prácticas de inversión muy discutibles— y, sobre todo, cuando los principios ESG convergieron con los Objetivos de Desarrollo Sostenible y el Acuerdo de París.

De hecho, muchas empresas habían decidido actuar como

activistas, incluso como agentes políticos. Nike apoyó abiertamente a Colin Kaepernik, un jugador negro de fútbol americano que en 2016 protagonizó una campaña contra el racismo —se arrodillaba en el campo de juego cuando, antes de empezar el partido, sonaba el himno estadounidense—, y al que Donald Trump criticó y ningún equipo de la liga profesional quiso contratar. Larry Fink, el consejero delegado de BlackRock, el mayor gestor de activos del mundo, anunció que su empresa crearía fondos específicos de inversión sostenible que respetaran y promovieran los valores ESG. Más tarde, Disney se enfrentó a una ley del estado de Florida que restringía que los profesores hablaran a sus alumnos de cuestiones relacionadas con la orientación sexual o la identidad de género; y cuando el Tribunal Supremo de Estados Unidos dictaminó que el aborto no era un derecho constitucional, decenas de empresas estadounidenses se ofrecieron a pagar a sus empleadas viajes a los estados del país donde el aborto era legal. Las grandes tecnológicas globales —Google, Facebook, Twitter o Apple— encarnaban conscientemente los valores progresistas, y aunque en sus plataformas hubiera usuarios y contenidos conservadores, se identificaban con la cultura moralmente progresista de Silicon Valley. En España, el Banco Santander creó en 2015 la red Embrace de empleados LGTBIQ +, para «incrementar la visibilidad, promover la inclusión y fomentar el desarrollo» de las personas homosexuales y trans; el Santander, como muchas otras entidades financieras, disponía ya de un fondo específico que invertía en empresas que promueven la igualdad de género. El BBVA promocionó su sede en Madrid como «un ejemplo de arquitectura sostenible» y declaró su «fuerte compromiso con el medioambiente» y sus «esfuerzos por contribuir a una sociedad más sostenible». Telefónica patrocinó la iniciativa internacional #MyGameMyName para denunciar el machismo en la industria

de los videojuegos y defender la visibilización de la mujer en ella. Más adelante, Iberdrola lanzó una campaña publicitaria en la que, con motivo de la conmemoración del Día Mundial del Medioambiente, recurría al testimonio de mujeres deportistas de élite para defender una salida ecologista de la crisis económica provocada por el COVID-19.

En marzo de 2022, Íñigo Errejón, que ya había abandonado Podemos y era entonces diputado por Madrid de la formación que lideraba, Más País, participó en un evento organizado por la consultora de comunicación y asuntos públicos LLYC en su sede, en el barrio de Salamanca de la capital. El objetivo de la reunión, organizada con motivo de la publicación de un libro de Errejón sobre su trayectoria pública, era analizar la política española del momento, impresionada aún por la reciente invasión rusa de Ucrania.

Errejón bromeó sobre su pasado radical, con el que había roto al escindirse de Podemos en 2019 y fundar un nuevo partido. Más País había apoyado sistemáticamente a la coalición de izquierdas y la reducción de las desigualdades económicas seguía en el centro de su programa. Pero había abandonado la retórica revolucionaria de inspiración latinoamericana y se estaba acercando, aunque solo de manera tentativa, a las ideas y las formas de los movimientos verdes europeos. Al darse cuenta de que no podía convertirse en un movimiento de fuerte componente obrerista, Podemos había adoptado una identidad esencialmente feminista; Más País iba más allá en esa transformación ideológica y pretendía ser el partido de los jóvenes universitarios urbanos, muchas veces con ingresos altos y profesiones creativas, que creían que el capitalismo necesitaba ser repensado y que el cambio climático era una emergencia, pero no consideraban que hicieran falta ni ademanes populistas ni una retórica agresiva. Más bien todo lo contrario.

«Creíamos que íbamos a tomar el poder al asalto, pero el poder se toma por consenso», dijo con una sonrisa ante un auditorio formado por directivos de la consultoría y de otras grandes empresas españolas, aludiendo a una célebre frase pronunciada por Iglesias en un mitin. Más allá de las bromas, su discurso fue muy distinto de los que pronunciaba ocho años antes. Errejón utilizó las metáforas y las apelaciones a la vida cotidiana de los ciudadanos que le habían caracterizado en los últimos años, una sentimentalidad estudiada que apelaba a las emociones, aunque no a las reacciones viscerales. Pero al mismo tiempo se enmarcaba en los temas y el tono habituales entre la izquierda del *establishment* del momento. Habló de los fondos europeos de recuperación tras la pandemia como una clave para transformar la economía española y de la transición energética como una oportunidad no solo de abordar el reto climático, sino de solventar los problemas de muchos españoles a los que les costaba llegar a fin de mes por la subida de los precios de la electricidad o los carburantes. Sus imágenes eran vívidas —no se trata de evitar que se descongelen los casquetes polares para salvar a los pingüinos, dijo, se trata de que la gente común pueda vivir un poco más desahogada, con facturas contenidas y un clima habitable— y su retórica resultaba convincente. A pesar de sus orígenes revolucionarios, ahora su discurso era intercambiable con el de un europarlamentario socialdemócrata convencional de un país del norte de Europa. Y la audiencia parecía encantada con un joven político que era capaz de hacer referencias irónicas a Ana Botín por su repentina preocupación ante la subida del precio de la vida —pocos días antes, Botín había afirmado en una entrevista que había bajado a 17 °C el termostato de la calefacción de su casa para ahorrar energía—, que llevaba vaqueros y zapatillas Adidas, pero que hablaba con sensatez, y dentro de las coordenadas del *establishment*, de los problemas

reales de los españoles.

La moderación de Errejón podía interpretarse como un episodio más de la habitual conversión de radical a moderado, o como fruto de la comodidad vital que proporcionaba la pertenencia a la élite. También podía ser, simplemente, que creyera que, con ese discurso, iba a conseguir más votos que con uno más duro y cercano a Podemos. O que aquella mañana quisiera contentar a un público de ejecutivos con rentas altas e ideas moderadas y había modulado un discurso que, pronunciado ante un sindicato o en un mitin de campaña en un barrio obrero, habría sido muy distinto. Aunque todo eso fuera cierto, y aunque su transformación pudiera ser caricaturizable, era un buen reflejo de la transformación ideológica que había sufrido una parte de la izquierda en el transcurso de la década: desde un radicalismo que amenazaba con hacer la revolución a aceptar ideas auspiciadas por el sistema como el cambio climático, la desigualdad o el feminismo. Pero, como decía, no era solo la izquierda la que había interiorizado esas transformaciones.

De todos los cambios que se produjeron esos años en el mercado de las ideas, tal vez el del relato de las empresas fuera el más sorprendente, incluso más que el de los partidos en general y el de algunos fundadores de Podemos en particular. No tanto porque las empresas quisieran tener un papel activo en la configuración del mundo, y de las ideas y las prácticas que circulaban por él. Tampoco porque una generación de empresarios, inversores y ejecutivos sintonizara más con ciertas ideas progresistas, sobre todo vinculadas al feminismo, la inclusión y el medioambiente o la salud mental. Sino porque en un momento de enorme polarización política, en el que muchos aspectos de la vida pública se habían politizado, los consejos de administración de esas empresas creyeron que la transmisión de valores muy identificados con el progresismo no iba a dañar

su cuenta de resultados, ni a generar rechazo entre una parte de la sociedad que podía ser, potencialmente, cliente de la marca. En realidad, este abrazo a las causas ecologistas, feministas, antirracistas o sostenibles no tenía nada de revolucionario. Aunque en el debate público se confundieran, apenas tenía que ver con las políticas de la identidad ni con su encarnación en la llamada cultura *woke*. Se trataba más bien de una actualización de las viejas ideas del progresismo gradualista y de un intento de acercarse a las nuevas generaciones de consumidores, que tal vez las consideraran una especie de nuevo consenso, y a las nuevas generaciones de políticos surgidos en la década anterior.

Sin embargo, aunque la cuenta de resultados de las empresas no se resintiera a raíz de su apuesta ideológica y su nueva estrategia de comunicación, esto acabó formando parte de la creciente polarización. En concreto, la nueva derecha radical, que estaba pasando del libertarismo económico del Tea Party al autoritarismo, consideró que los aspectos progresistas que abrazaban las grandes empresas respondían a una conjura que ponía en riesgo los valores fundamentales de las sociedades occidentales, cristianas y lideradas por hombres blancos. Por absurdo que fuera, creían que esas compañías habían asumido el viejo manifiesto del Combahee River Collective y el integrismo ecologista. La nueva derecha radical reaccionaría al giro identitario de la izquierda, y a los principios ESG de los empresarios y ejecutivos, de manera paradójica: asumió, también ella, las políticas de la identidad. En su versión, sin embargo, era la población blanca liderada por hombres fuertes la que estaba amenazada, no solo por el feminismo y la nueva cultura izquierdista, sino por otros actores que, en muchos casos, no sabían nada de aquello: los inmigrantes.

5
La internacional nacionalista

El 18 de abril de 2015 una embarcación con centenares de personas procedente de las costas de Libia volcó en el Mediterráneo, cerca de la isla de Lampedusa. Los guardacostas italianos solo pudieron rescatar con vida a veintiocho personas y se especuló con que la cifra de muertos podía rondar los seiscientos; el bote parecía demasiado estrecho y precario para albergar a tantos migrantes, pero las mafias, que cobraban pequeñas fortunas por el viaje, metían cantidades asombrosas de gente en ellos. Aunque el número no fuera tan elevado, es probable que se tratara de la mayor catástrofe marítima en el Mediterráneo desde la Segunda Guerra Mundial.

En agosto, las autoridades austriacas descubrieron en el interior de un camión frigorífico, cerca de la frontera con Hungría, setenta y un cadáveres, posiblemente de migrantes sirios.

En septiembre, el mar devolvió el cuerpo de un niño sirio de tres años, Alan Kurdi, a la costa de Turquía después de que se ahogara cuando su familia intentaba llegar a Grecia; junto a él murieron su hermano de cinco años, su madre y, probablemente, otra docena de sirios. La foto del cadáver del pequeño se convirtió en un emblema de lo que estaba pasando en el sur y el este de Europa.

El flujo de refugiados hacia el continente era el mayor en más de setenta años. Solo en 2015 llegaron más de un millón. La mayoría huía de la guerra civil en Siria, que había empezado tras la Primavera Árabe de 2011, pero también de

otros países en guerra o con conflictos civiles, como Libia —que, tras la revuelta de la Primavera Árabe y la ejecución de Muamar el Gadafi, se sumió en el caos y la violencia—, Eritrea, Irak o Afganistán. Antes ya habían llegado muchos migrantes a las costas españolas, y sobre todo al sur de Italia, pero en el verano de 2015 las vías de entrada se estaban desplazando hacia el este; la mayoría de los refugiados llegaban a Grecia desde Turquía tras cruzar el mar Egeo. Sin embargo, no pretendían quedarse ahí; sus destinos eran principalmente Alemania o Suecia, países con una larga tradición de concesión de asilo a refugiados, y para llegar a ellos cruzaban media Europa, por Serbia, Hungría y Austria, atravesando fronteras sin controles gracias al sistema Schengen. Esa travesía planteaba muchos problemas legales. Según algunas interpretaciones de la regulación, los recién llegados solo podían pedir el estatus de refugiado en el primer país europeo que pisaban, pero Italia y Grecia estaban al límite y los destinos posteriores no tenían la obligación de concedérselo, por lo que muchos migrantes se quedaban sin papeles a pesar de que tenían derecho a obtenerlos. Sin embargo, en aquel momento Europa estaba tan desbordada que nadie parecía considerar demasiado esa ley ni ninguna otra. Algunos países les impedían la entrada con policía armada o vallas, o los obligaban a permanecer en campamentos improvisados; para desincentivar las travesías, Italia amenazó con dejar de socorrer a los botes que cruzaban el mar y se quedaban a la deriva.

Comparados con la población europea, de unos quinientos millones de habitantes, ese millón de refugiados —muchos de ellos pertenecientes a la exigua clase media de sus países de origen, con estudios, que tenían teléfono móvil y sabían algo de inglés— podía parecer fácil de asimilar. Incluso había razones demográficas para dar la bienvenida a población nueva. Pero la respuesta fue la contraria. Los lugares de llegada tuvieron

enormes dificultades logísticas para procesar a los recién llegados, se sucedían las noticias de muertes durante el tránsito y en algunos sitios, como los Balcanes o el centro de Europa, la llegada de migrantes en trenes o en largas caravanas de gente exhausta tras andar cientos de kilómetros era una relativa novedad.

Sin embargo, el 31 de agosto, Angela Merkel dio una rueda de prensa en la que anunció que Alemania acogería a ochocientos mil refugiados, a los que repartiría en distintos *länder* de acuerdo con su población y el tamaño de su economía. Apeló a la capacidad de gestión de su país: «Podemos hacerlo», dijo, citando como ejemplo la compleja tarea de reunificación tras la caída del Muro. En un guiño a la tradicional dificultad de su país para tomar medidas inesperadas o salirse de la ortodoxia, dijo que «el rigor alemán es magnífico. Pero ahora necesitamos ser más flexibles».[1] Merkel ordenó que se permitiera la entrada en Alemania de trenes llenos de refugiados que se habían quedado varados en Hungría, a los que muchos alemanes recibieron con regalos de bienvenida. También explicó que, junto a Francia y otros países europeos, propondría a la Comisión Europea que adoptara un modelo de cuotas parecido al alemán: cada país de la Unión Europea acogería a un número determinado de refugiados en función de su población y su economía.

La Comisión aceptó y propuso un plan basado en ese esquema. Pero algunos países se desmarcaron de él. David Cameron, el primer ministro británico, anunció que Reino Unido no participaría y que acogería a muchos menos de los dieciocho mil refugiados que el plan le asignaba; en el país había un creciente rechazo a la inmigración y, además, a nueve meses del referéndum sobre el Brexit, Cameron quería demostrar que, aún dentro de la Unión Europea, podía definir sus políticas migratorias. Pretendía desautorizar así a los

brexiters, que negaban que eso fuera posible y habían popularizado la idea de que Turquía iba a entrar en la Unión Europea y Reino Unido tendría que asumir sin ninguna restricción a todos los turcos que llegaran. Los países del Este también mostraron su rechazo a la medida. Y entre los que aceptaron el acuerdo, el plan se encontró con oposición: en Alemania, los socios bávaros de Merkel consideraron que aceptar a los refugiados era «un grave error»; Alternativa por Alemania cambió a su líder y lo sustituyó por Frauke Petry, que decidió convertir el rechazo a la inmigración en el tema central de su programa político y exigió rápidamente una limitación del número de refugiados. En Francia, Marine Le Pen dio por hecho que esto acabaría para siempre con las fronteras abiertas en el interior de Europa —uno de los mayores logros de la integración—, algo que ella había exigido de manera reiterada para que Francia recuperara su soberanía en materia migratoria. Como dijo sucintamente: «*Bye bye*, Schengen». El rechazo llegó incluso a Estados Unidos, donde Donald Trump, que ya había anunciado su voluntad de ser el candidato republicano en las elecciones del año siguiente, dijo en una entrevista que «en Alemania van a tener disturbios [...]. Siempre había pensado que Merkel era, bueno, una gran líder. Pero lo que ha hecho en Alemania es una locura. Es una locura dejar entrar a toda esa gente».[2] Más tarde, ante las dificultades que el país tuvo para acomodar a todos los refugiados, muchos pensaron algo parecido. Más aún cuando, en noviembre de 2015, en París tres ataques terroristas reivindicados por el Estado Islámico acabaron con la vida de ciento treinta personas. Aquello era la prueba, para quienes habían especulado que junto con los refugiados llegarían a Europa muchos terroristas islámicos, de que su miedo era fundado. La crisis de los refugiados adoptó entonces un nuevo sentido: ahora significaba la llegada de cientos de miles de

hombres musulmanes, lo que tendría un serio efecto en la demografía y la cultura europeas, y sería un riesgo importante para la seguridad de las naciones. Esa percepción cambiaría la política occidental, sobre todo la configuración ideológica de la derecha y el conservadurismo, durante los años siguientes. Aunque con frecuencia lo olvidemos, su impacto político fue similar o superior al de la crisis financiera.

En Reino Unido la inmigración se convirtió en el tema central, aunque no siempre explícito, del referéndum del Brexit. El rechazo a formar parte de la Unión Europea tenía una larga historia en el país. Desde el referéndum de 1975, en el que los británicos refrendaron la pertenencia a las instituciones europeas, esta había provocado incomodidad en los dos principales partidos, el conservador y el laborista, que estaban divididos internamente sobre el asunto. Pero esa tensión había crecido sobre todo en el Partido Conservador, algunos de cuyos miembros consideraban que la asunción de las estrictas y numerosas regulaciones de la Unión Europea implicaba una pérdida de soberanía y de competitividad para Reino Unido. Incluso durante el mandato de Margaret Thatcher, que fue partidaria de aumentar la integración de su país en las instituciones europeas, esto generó muchas controversias dentro del partido, que crecieron a partir de la década de 1990, cuando se firmó el Tratado de Maastricht, en el que Reino Unido incluyó una cláusula de exención para no estar obligado a implantar el euro. Algunos *tories* consideraron que el tratado suponía la sumisión a los intereses de Alemania y una renuncia a la independencia que tan fieramente habían defendido las islas durante la Segunda Guerra Mundial; el secretario de Comercio e Industria de Thatcher afirmó que la Unión Europea era «un chanchullo alemán diseñado para dominar toda Europa» y que, puestos a ceder la soberanía nacional, «se la habríamos podido ceder a Adolf Hitler».[3] De hecho, en 1993,

un año después de su firma, surgió el UKIP, que abogaba por abandonar las instituciones europeas y mezclaba el euroescepticismo con el rechazo a la inmigración, el multiculturalismo y la «islamización» de la nación. Cuando, en 2013, Cameron anunció la convocatoria del referéndum sobre el Brexit, su intención era que un previsible «no» uniera al Partido Conservador, marginara a sus miembros euroescépticos y sellara el posible trasvase de votos al UKIP. Pero en los tres años que transcurrieron hasta la votación los argumentos de los *brexiters* fueron ganando peso y transformándose. A la retórica habitual sobre las regulaciones, el crecimiento económico y la soberanía se sumaron afirmaciones fantasiosas que siempre giraban en torno a la identidad, la inmigración y lo que en esos años se empezó a llamar el «chovinismo del bienestar»: la idea de que los servicios públicos, y en concreto la sanidad, solo eran viables si se limitaban a los nacionales, pero no a las personas que, se sostenía, emigraban a los países ricos para aprovecharse de sus recursos públicos. Por supuesto, la llegada de cientos de miles de refugiados a Europa no fue la única causa del Brexit. Sin embargo, generó una oleada de nacionalismo de derechas que no solo estaba alimentada por la sensación de que las identidades nacionales se hallaban amenazadas por una extraña coalición de élites extranjerizantes e inmigrantes musulmanes, sino por la percepción de que los hombres blancos de mediana edad —un grupo generalmente privilegiado, aunque muchos de sus miembros hubieran pasado apuros económicos durante la crisis— eran víctimas de colectivos a los que había que combatir política y culturalmente por los medios que fuera, aunque eso afectara al bien común e incluso a los intereses propios. Era lo que el historiador Timothy Snyder llamó «sadopopulismo»: la defensa encendida de medidas políticas que perjudicaban a quien las defendía.

Otra paradoja era que Reino Unido, y sobre todo los impulsores del Brexit, se sentían al mismo tiempo superiores y víctimas. Como señala el escritor Fintan O'Toole: «La contradicción fundamental del Brexit es que se concibe a sí mismo como una forma de reconstruir el Imperio y, al mismo tiempo, como un movimiento de liberación nacional antiimperialista».[4] Esa paradoja estaría presente en muchos de los movimientos de derechas que, tras la crisis de los refugiados y ante la evidente recuperación económica, dejaron de poner énfasis en la economía para convertirse en movimientos identitarios. Por un lado, sus miembros se sentían superiores —como parte de la tradición occidental, la religión cristiana, la cultura nacional, las virtudes masculinas, etcétera — y, por el otro, víctimas de aquellos a los que consideraban inferiores: los inmigrantes de otras religiones y culturas, las mujeres feministas, los progresistas apátridas, etcétera. Por eso uno de los lemas del Brexit fue *Take Back Control* («Recuperemos el control»), una expresión con ecos en muchos movimientos de la nueva derecha. Ese control no solo se refería a las instituciones políticas de gobierno, sino a la identidad de la nación y a la vida misma de los individuos, para que estos pudieran volver a sentirse orgullosos. A pesar de su retórica contraria a las élites, muchos de quienes impulsaron el Brexit procedían de antiguas familias inglesas vinculadas al poder gubernamental, la prensa y la banca, y cultivaban la devoción por las viejas élites británicas que habían protagonizado la gestión del Imperio y la victoria en la Primera y la Segunda Guerra Mundial. Así, estas nuevas élites habían decidido que su épica para un tiempo sin épica consistiría en recuperar el poder de sus antepasados sobre las islas, para devolver a la nación —que ya no era un imperio, sino un país mediano— un papel global basado en el comercio, la osadía y la desregulación, cosa que solo era posible si salía de la Unión Europea. Como muchos

otros nacionalismos de derechas nacidos y reinventados en esta época, aquello suponía una extraña mezcla de populismo y elitismo.

En el verano de 2016, poco después de que Reino Unido decidiera abandonar la Unión Europea por una escasa mayoría, en Hungría, el Gobierno de Viktor Orbán, del Fidesz —que en el pasado había sido un partido liberal pero había ido virando hacia la derecha nacionalista—, puso en marcha una campaña publicitaria que alertaba de los males de la inmigración que la Unión Europea quería imponer en su país: «¿Sabes que Bruselas quiere establecer en Hungría el equivalente a una ciudad entera de inmigrantes ilegales?», preguntaba uno de los carteles de la campaña. «¿Sabes que desde el inicio de la crisis migratoria el acoso a las mujeres en Europa ha aumentado considerablemente?». «¿Sabes que, solo en Libia, hay casi un millón de inmigrantes que quieren venir a Europa?». Esto fue el prolegómeno de un referéndum que el Gobierno húngaro convocó para el 2 de octubre. La pregunta de la votación sería: «¿Quieres que la Unión Europea pueda ordenar el asentamiento obligatorio de ciudadanos no húngaros en Hungría sin el consentimiento del Parlamento?». En un discurso en defensa del referéndum, Orbán dejó claro que lo que estaba en juego no era la entrada de un puñado de refugiados, sino el destino de la misma civilización cristiana y la viabilidad de Hungría como nación católica: «Las cuotas redibujarían el mapa étnico, cultural y religioso de Hungría y Europa». El referéndum tuvo una participación bajísima, pero un 90 por ciento de los votantes optaron por el «no» que les pedía el Gobierno.[5] El primer ministro consiguió su objetivo. No solo mandó a Bruselas la señal de que no aceptaría inmigrantes —al igual que Polonia, Hungría no dio asilo a un solo refugiado; la República Checa, a la que se habían asignado dos mil, acogió a doce—, sino que convirtió a su país en el líder de un nuevo

movimiento conservador según el cual la Unión Europea abusaba de su poder para descristianizar Europa, borrar las fronteras nacionales y sustituir las identidades nacionales por un engendro globalista y desarraigado. Había nacido la nueva derecha autoritaria europea. Algunos partidos y movimientos que habían prosperado gracias a las consecuencias de la crisis financiera asumieron enseguida esa nueva identidad.

Lo mismo le pasó, en cierta medida, al Tea Party estadounidense. Había surgido como un movimiento esencialmente blanco, masculino, de mediana edad y renta alta, con evidentes elementos nacionalistas, que identificaba el excesivo tamaño del Estado y su intromisión en la vida de los ciudadanos con el rescate de individuos o grupos sociales que no merecían ayuda, pero que así eran captados por las élites políticas. Sin embargo, su individualismo antielitista se fue transformando en los años posteriores a la recuperación económica y después de la victoria electoral de Barack Obama en 2012 ante Mitt Romney. En 2013, tras esa nueva derrota, el Partido Republicano publicó un informe detallado y devastador sobre las causas del fracaso que sería conocido como «la autopsia». Las razones de ese nuevo revés, decía el texto, eran en parte ideológicas: «El Partido Republicano tienen que dejar de hablar para sí mismo. Nos hemos vuelto expertos en reforzar ideológicamente a personas que ya piensan como nosotros, pero hemos perdido catastróficamente la capacidad de convencer y acoger a quienes no están de acuerdo con nosotros en todo». El conservadurismo, decía, tenía que modernizarse y dejar de repetir las consignas de Ronald Reagan como si nada hubiera cambiado desde mediados de la década de 1980. El Partido Republicano, añadía, debía transmitir que se preocupaba por la gente.

Un aspecto fundamental del informe, y el que entonces llamó más la atención de los medios de comunicación, fue su

apartado demográfico. «América está cambiando demográficamente, y si los republicanos no somos capaces de aumentar nuestro atractivo —decía—, esos cambios inclinan la balanza aún más en favor de los demócratas». El partido debía «centrar sus esfuerzos en ganar nuevos partidarios y votantes en las siguientes comunidades demográficas: hispanos, originarios de las islas de Asia y el Pacífico, afroamericanos, indioamericanos, indígenas americanos, mujeres y jóvenes». A menos que los directivos del partido «aborden en serio este problema, perderemos las futuras elecciones: los datos lo demuestran».[6]

El Partido Republicano ya se había transformado en numerosas ocasiones y ahora debía volver a hacerlo para convertirse en un partido menos blanco, decían los autores del informe. Eso pasaba por una profunda reforma aperturista de las políticas de inmigración, para que las minorías pudieran considerar a los republicanos conservadores abiertos, compasivos y ajenos a cualquier forma de racismo. Porque, fuera como fuese, decían las proyecciones del informe, en 2050 Estados Unidos sería lo que en la jerga política estadounidense se conoce como un país de mayoría/minoría: los blancos serían minoría, y la suma de las demás minorías conformaría una mayoría. Si los republicanos querían volver al poder, una parte relevante de estas minorías no blancas tenían que votarlos.

En aquel momento, el Tea Party ya tenía influencia en muchos cargos electos del Partido Republicano. Y enseguida surgieron, dentro de la formación, críticas al informe. Una de ellas decía que la derrota de Romney se había debido a su incapacidad para seducir a la clase trabajadora blanca, los llamados «blancos ausentes», que no habían acudido a votar. Kellyanne Conway, una encuestadora afín al partido, fue más allá y afirmó que para atraer a esos trabajadores blancos el partido debía endurecer las políticas migratorias. Muchos

blancos de clase trabajadora, que habían tenido trabajos decentes y bien pagados en las zonas industriales y mineras del país, y a quienes la externalización de la industria a China y México les había dejado sin empleo, sentían que competían en inferioridad de condiciones con los inmigrantes, que no solo estaban dispuestos a trabajar por menos dinero, sino que, según les decían, recibían de manera desproporcionada los subsidios del Gobierno. La deslocalización de las empresas no solo los había dejado en paro y robado su identidad, además muchos de ellos se habían vuelto adictos a los opioides, sentían que la izquierda —el partido de los universitarios y las minorías— había dejado de representarlos y que la derecha estaba demasiado pendiente del libre comercio con el resto del mundo y la reducción de los costes laborales dentro del país. La mayoría de los republicanos aceptaron parte de la «autopsia»: había que renovar el conservadurismo reaganiano y abandonar algunas de las creencias esenciales del partido, sobre todo la de que el libre mercado era el medio más efectivo para que las clases trabajadoras siguieran siendo prósperas. Pero muchos rechazaron el diagnóstico que alertaba del cambio demográfico y proponía un acercamiento a las minorías. Lo hicieron, en parte, por razones electorales: las cifras de Conway y otros encuestadores indicaban que el Partido Republicano podía seguir ganando elecciones federales sin abandonar su identidad blanca. Aunque también por motivos culturales: la arraigada creencia de que si Estados Unidos dejaba de estar dirigido por una élite blanca, y su cultura dejaba de ser blanca, de raíces europeas y protestantes, ya no sería la nación que habían imaginado sus fundadores. Eso cambiaba un tanto el mensaje original del Tea Party. Su objetivo ya no era solo que el Estado dejara de recaudar demasiados impuestos para redistribuirlos entre quienes no lo merecían, ni denunciar que el *establishment* de Washington, Wall Street y las universidades de élite eran

corruptos y venales; ya no se hablaba simplemente de permitir que los individuos recuperaran el control de su vida, sin esperar la ayuda o la compasión de nadie. Ahora se trataba de ofrecer a los estadounidenses blancos un estatus especial. Durante el segundo mandato de Obama fue cada vez más evidente que el resentimiento que generaba el presidente no se debía solo a sus políticas económicas intervencionistas, sino a su raza y su ponderada insistencia en que Estados Unidos debía acabar con la discriminación de los negros y otras minorías. En política exterior, consecuentemente, fueron ganando terreno las ideas aislacionistas: si durante décadas la derecha estadounidense se había enorgullecido de exportar la democracia y, al mismo tiempo, de apoyar a dictadores que protegían los intereses de su país, en ese momento se produjo un asalto intelectual para que el Partido Republicano abandonara cualquier aventura en el exterior, dejara de mandar a los jóvenes de clase baja a guerras en Oriente Próximo y se concentrara en defender sus fronteras.

Trump asumió primero, y luego encarnó y lideró, ese nuevo posicionamiento de la derecha, que dejaría de incidir en la libertad económica y se centraría en tratar justamente a quienes encarnaban las virtudes de la nación: los trabajadores de clase media, descendientes de irlandeses, escoceses y alemanes, que vivían en las zonas rurales o en las pequeñas ciudades de las que se reían los progresistas de las metrópolis; personas que la élite de derechas consideraba admirablemente simple, gente que aborrecía el intelectualismo, que creía más en la comunidad y la iglesia que en la política.

Al menos eso era lo que decía el nuevo nacionalismo estadounidense. Su relato ocupó el debate político en Estados Unidos durante la segunda mitad de la década de 2010, y Europa enseguida lo importó. Según este, los perdedores de la globalización, las víctimas de la deslocalización, las izquierdas

desengañadas con el nuevo elitismo progresista y la derecha de clase trabajadora que se había levantado contra las élites de los partidos conservadores tradicionales habían votado en las elecciones de 2016 y optado por Trump en algunos estados clave. En realidad, quienes le votaron eran, en su mayoría, republicanos, conservadores de toda la vida, con ingresos bastante más elevados que los de los votantes demócratas, que aunque no estuvieran entusiasmados con Trump lo preferían a los progresistas y su cultura. Sin embargo, los nuevos mitos nacionalistas resultaron efectivos. Steve Bannon, que tras la muerte de su fundador había dirigido Breitbart, la página web que utilizó las nuevas técnicas de generación de tráfico y la viralidad para propagar las ideas de la derecha radical, acabó siendo el jefe de campaña de Trump, su asesor en la Casa Blanca y más tarde uno de los líderes globales de la nueva derecha nacionalista. Durante ese proceso desempeñó un papel fundamental en la creación y difusión de esa visión mitológica, y fue quien más trabajó para convertirla en un proyecto político. Bannon mezclaba conceptos románticos y nacionalistas, los relatos fundacionales de la excepcionalidad estadounidense y el tradicionalismo europeo para explicar esa mitología. Según él, «en una sociedad moderna que es inauténtica, la clase trabajadora es la fuente de autenticidad», contaba el profesor Benjamin R. Teitelbaum tras varias entrevistas con Bannon.[7] Los miembros de esa clase son «los embajadores del espíritu de una nación forjada siglos atrás». «Ellos comprenden de verdad la vida», le dijo Bannon a Teitelbaum, y no necesitaban académicos, periodistas de izquierdas ni actores de Hollywood. Solo una vida simple basada en su sentido común ancestral y el deseo de lucha y libertad. Y Trump, aunque no fuera perfecto, reconocía el propio Bannon, tenía una misión histórica que llevar a cabo: desmantelar el sistema político y económico que había dejado a

esta clase social a la intemperie y protegerla con toda la fortaleza del Gobierno y la cultura estadounidense.

Y eso fue exactamente lo que prometió Trump tras ganar las elecciones. En Estados Unidos las campañas electorales solían ganarse con mensajes optimistas y de esperanza; Reagan había sido el emblema del conservador que creía en el cambio que apelaba a la ilusión, el trabajo, el esfuerzo y el carácter estadounidense. Con distintos matices, ese era en general el mensaje de los políticos en campaña: con un buen Gobierno, Estados Unidos cumpliría sus promesas a todos los ciudadanos. Pero Trump ganó las elecciones con un mensaje de miedo y desesperanza; una relativa novedad que contradecía las ideas de la mayoría de los encuestadores y los expertos en comunicación política. Bannon reflejó ese pesimismo en el discurso inaugural que redactó para la toma de posesión del nuevo presidente, el 20 de enero de 2017. A los pies de la Casa Blanca, como era tradición, Trump dijo que su principal trabajo consistía en abordar el miedo de las clases medias ante los múltiples males que las amenazaban; en protegerlas y atacar a sus enemigos: los progresistas, los extranjeros que osaran competir con Estados Unidos, los socios gorrones de su país, la cultura de izquierdas, la protección inmerecida de las minorías. «Todas las decisiones que se tomen en materia de comercio, de inmigración, de asuntos exteriores, tendrán como fin beneficiar a los trabajadores americanos y a las familias americanas. Debemos proteger nuestras fronteras de los estragos que causan otros países que fabrican nuestros productos, roban a nuestras empresas y destruyen nuestros puestos de trabajo».[8] La derecha, al parecer, ya no estaba obsesionada con la libertad individual y la amenazante intromisión del Estado. Lo que ahora exigía era que el Estado defendiera, protegiera y promocionara a esos ciudadanos: no a *todos* los ciudadanos, se entendía, solo a los que, como decía Bannon, encarnaban los

valores y las raíces de la nación. El mensaje no era abiertamente racista, pero estaba ahí para quien quisiera oírlo. La libertad, de repente, era otra cosa.

Esa noción de libertad fue, precisamente, la que unió a buena parte de estos nuevos movimientos de derechas basados en la identidad. Todos eran distintos, como lo era su grado de autoritarismo: en realidad se trataba de una coalición, muchas veces incoherente, entre conservadores duros, integristas religiosos, libertarios económicos, aislacionistas comerciales y nacionalistas tradicionalistas. Todos estaban muy a la derecha de la democracia cristiana de inspiración ordoliberal. Durante más de cincuenta años esta ideología, representada por los partidos de centroderecha tradicionales de Europa, y en menor medida por el Partido Republicano estadounidense, había entendido los cambios sociales y la evolución de las costumbres y los valores de una manera particular. Cuando llegaba al poder, no pretendía parar el curso de la historia; su función, pensaban estos conservadores moderados, no era propiciar los cambios sociales, como con frecuencia pretendían hacer los socialdemócratas, sino administrarlos con prudencia, en algunos casos contenerlos, pero sobre todo no acelerarlos. Sin embargo, algunos de los nuevos partidos de derecha occidentales —Ley y Justicia en Polonia, Fidesz, Alternativa por Alemania, Vox, la Liga y Hermanos de Italia, entre otros—, e incluso una parte de los partidos tradicionales que se sentían amenazados por los más recientes, empezaron a adentrarse en una ideología muy diferente que, aunque existía desde hacía décadas en los márgenes ideológicos de Occidente, había sido irrelevante en el *mainstream* ideológico de Estados Unidos y Europa.

«Los reaccionarios no son conservadores —dice Mark Lilla en su libro *La mente naufragada. Reacción política y nostalgia moderna*—, son, a su modo, tan radicales como los

revolucionarios». Los guía el miedo a que nos adentremos en una «nueva era oscura», y su relato se basa en la existencia de unas élites cosmopolitas, progresistas o tecnocráticas que, supuestamente, están destruyendo Occidente, el legado judeocristiano y los valores tradicionales. Estas élites utilizan falsas promesas de liberación —y mucho dinero acumulado gracias a la especulación financiera u otros negocios oscuros— para seducir a un pueblo crédulo e incapacitado para reconocer la maldad, y «pronto una falsa conciencia se posa sobre toda la sociedad mientras esta voluntaria, incluso alegremente, se encamina hacia la destrucción», dice Lilla. El trabajo del reaccionario consiste en denunciar esa conjura y tratar de revertir el tiempo, retroceder y congelar la historia en el instante en que aún se podía garantizar la armonía. Esa era la tarea que se impusieron esos partidos.

El Fidesz de Orbán desprecia el lenguaje liberal de los derechos humanos y los procedimientos jurídicos porque es algo «frío, genérico, ahistórico», dice el ensayista búlgaro Ivan Krastev, y sus votantes, pertenecientes a la mayoría étnica húngara, se sienten como «extranjeros en su propio país» cuando los cosmopolitas muestran su recelo por los vínculos étnicos; para Orbán, «la concepción liberal de la sociedad como una red sin alma de productores y consumidores no puede captar la profundidad moral y la solidaridad emocional de Hungría».[9] Anne Applebaum cuenta que los líderes polacos de Ley y Justicia tienen una «predisposición autoritaria», una tendencia a «favorecer la homogeneidad y el orden». Su autoritarismo «apela a gente que no puede tolerar la complejidad [...]. Es antipluralista. Desconfía de las personas con ideas distintas. Es alérgico a los debates encendidos [...]. Es un marco mental, no una serie de ideas».[10] «La idea liberal presupone que no hace falta hacer nada. Que los inmigrantes pueden matar, saquear y violar con impunidad

porque hay que proteger sus derechos como inmigrantes», dijo Vladímir Putin en una entrevista en la que expuso con gran transparencia sus ideas políticas y las de aquellos a los que apoyaba con propaganda o financiación del Estado ruso. «Todo crimen debe tener su castigo. La idea liberal se ha vuelto obsoleta»; y añadía algo que resultaba clave para estos nuevos movimientos: esa ideología liberal había «entrado en conflicto con la inmensa mayoría de la población».[11]

Estos nuevos nacionalismos veían su tarea como una especie de cruzada para salvar la identidad cultural —y, con ella, la economía y la política— de sus países. Pero también la libertad de sus ciudadanos. De acuerdo con esta visión del mundo, en la que la nación se encuentra acosada por enemigos que se coordinan para deshacer lo construido durante siglos o milenios, no hay más noción de libertad verdadera que la defensa de la propia identidad. En ese sentido, la libertad no sería la capacidad de escoger individualmente tu camino o de construir tu identidad sin injerencias. Eso, en realidad, supondría una desviación liberal del verdadero propósito de la libertad, que consiste en ser quien eres, en conservar tu yo heredado. El hecho de que la perversa modernidad quiera acabar con ese derecho es la prueba de que la libertad consiste en resistir. A diferencia de lo ocurrido en otras épocas, estos partidos no eran partidarios de exiliar o encarcelar a esas minorías destructoras, pero sí de reducir su visibilidad pública y negarles legitimidad política. «No tenemos ningún problema con las personas LGTBI. Por Dios, que vivan como quieran —dijo Putin en la citada entrevista—. Pero algunas cosas nos parecen excesivas. Dicen ahora que los niños pueden tener cinco o seis géneros distintos». Para el reaccionario, el Estado era quien debía revertir eso a fin de permitir que el hombre, mediante algo muy parecido a una revolución, volviera a un paraíso que se encontraba en ruinas.

Por supuesto, esta noción de libertad entra en conflicto con la que fundamenta las democracias liberales, que basan la legitimidad del gobierno de la mayoría en la protección de los derechos de las minorías. En una democracia liberal debe existir cierta indiferencia hacia las opiniones ajenas, al mismo tiempo que pueden discutirse ideas que parecen perniciosas, pero el debate termina con un encogimiento de hombros resignado y la aceptación de que el pluralismo también genera malas ideas. La derecha autoritaria —aunque no solo ella— considera que esas malas ideas son siempre una enrevesada conjura contra la libertad de la mayoría.

En enero de 2017, poco después del discurso inaugural de la presidencia de Trump en Washington, buena parte de las derechas autoritarias de Occidente se reunieron en la ciudad alemana de Coblenza para sacar adelante un proyecto paradójico: una organización internacional de formaciones nacionalistas. La idea era que compartieran estrategias para favorecer una «primavera patriótica» que impulsara la insurrección: «Estamos experimentando el final de este mundo y el nacimiento de otro nuevo lleno de esperanza —dijo Marine Le Pen—. El año 2016 fue en el que el mundo anglosajón despertó —dijo, aludiendo a la victoria del Brexit y Trump— y estoy segura de que este será el año en el que también despertará el continente europeo», dijo en referencia explícita a las elecciones que ese año se celebrarían en Francia, Países Bajos y Alemania, en las que se esperaba que los partidos nacionales allí reunidos obtuvieran un gran éxito.

Con todo, esta especie de federación internacional de nacionalismos presentaba enormes problemas. Las formaciones que la integrarían eran muy distintas: algunos partidos nórdicos de derecha nacionalista abrazaban la causa LGTBI porque era una manera de distinguirse de la intolerancia islámica, mientras para otros, como Vox en España, la

oposición al orgullo gay, por ejemplo, era uno de los puntos principales de su enfrentamiento con la cultura dominante. Le Pen, la Liga y Hermanos de Italia habían hablado en el pasado de abandonar el euro y desmantelar la Unión Europea, pero con el tiempo suavizaron las críticas, descartaron una salida de las instituciones y se centraron en su reforma; acabaron incluso asumiendo principios económicos tradicionalmente asociados a la izquierda o, en todo caso, contrarios al libre mercado y la desregulación. Los miembros de Alternativa por Alemania, los organizadores del acto, se habían distanciado del Frente Nacional —que pronto cambiaría su nombre por el de Reagrupación Nacional, cuya carga histórica era menor— por sus políticas económicas demasiado «socialistas». En realidad, todos estos partidos estaban enfrentados por sus prioridades nacionales: como tantas veces sucedió en estos quince años, lo que tenían en común era la emulación de lo que sucedía en el mundo anglosajón, en concreto el triunfo del Brexit y de Trump, el rechazo a acoger refugiados y migrantes, y su conversión en partidos antiislámicos.[12] Los resultados de las elecciones celebradas ese año serían diversos: Le Pen llegó a la segunda vuelta de las presidenciales francesas, pero perdió ante el centrista Emmanuel Macron; Alternativa por Alemania se convirtió en la tercera fuerza más votada de Alemania, y en la primera de la oposición después de que el centroderecha y el centroizquierda formaran una gran coalición; en Países Bajos, el Partido por la Libertad de Geert Wilders quedó en segundo lugar y no entró en la coalición de Gobierno.

Aunque aún no contaba con representación en ninguna institución española o europea relevante, Vox fue invitado al acto. Y salió transformado de él. Si bien había nacido como respuesta a la política fiscal del PP de Mariano Rajoy, que consideraba demasiado socialista, al desinterés del Gobierno popular por el aborto y a lo que percibía como inacción ante el

creciente reto del independentismo catalán, a partir de entonces asumió buena parte del discurso de los reunidos en Coblenza. Dejó de ser un partido convencional más conservador que el PP y se convirtió en otra cosa. Santiago Abascal, su líder, describió aquella reunión como «el epicentro de la gran reacción que se avecina en todo el mundo […] el punto de inflexión para […] la salvación de Occidente». En su discurso, habló de Vox como parte de un fenómeno relativamente difuso, pero que alejaba a estos partidos del conservadurismo tradicional, incluso de su versión más dura: era una «derecha alternativa», un concepto surgido de los oscuros debates filosóficos estadounidenses acerca del paleoconservadurismo y el tradicionalismo, y que había popularizado Bannon tras afirmar que Breitbart era «una plataforma para la derecha alternativa».[13]

Resultaba un poco extraño que Vox asumiera tan resueltamente esta postura, visto el origen familiar y político de sus impulsores, e incluso sus ademanes y su indumentaria, propios de la clase alta española tradicional, pero la nueva coalición de revolucionarios conservadores que hablaba en nombre del pueblo, y se consideraba alternativa, solía proceder de las élites tradicionales de su país. Además, el partido mezclaba su nacionalismo con ideas importadas de otros países que en España no tenían demasiado arraigo. También era algo raro en términos estratégicos. Vox inició ese mismo año un ascenso estable que, en el siguiente ciclo electoral, le llevaría a las principales instituciones representativas españolas y al Parlamento Europeo. Sin embargo, es probable que este no se debiera a la asunción de esa nueva identidad «alternativa», sino al auge del feminismo y de Podemos, así como a la creciente actividad del independentismo catalán, que ese año culminaría con la aprobación por parte del Parlament de leyes anticonstitucionales que marginaban a las fuerzas políticas

constitucionalistas y dejaban desprotegidos a los catalanes no independentistas y la celebración de un referéndum ilegal.

En ese proceso, Vox y el nacionalismo catalán se retroalimentaron. Hasta entonces, este último había adoptado una retórica política que convergía con las grandes corrientes progresistas europeas, y hacía hincapié precisamente en su europeísmo, que consideraba una seña de identidad frente al histórico atraso español. El inicio de un proceso independentista de final incierto había sido, como los movimientos insurgentes de la época, una consecuencia de la crisis económica. Y al igual que estos, el nacionalismo catalán se había transformado durante la década hasta convertirse en un movimiento que ponía más énfasis en las cuestiones identitarias —que siempre habían estado presentes en su ideología— que en las financieras. La mayor parte de él no suscribía las ideas morales de esta nueva derecha, ni hacía demasiado patentes sus vínculos con el cristianismo y los mitos nacionalistas relacionados con el territorio natural y la etnia. Pero el independentismo también era una insurgencia que, cuando vio que su proyecto iba a fracasar, fue asumiendo muchos de los rasgos ideológicos de la nueva derecha radical: desde la colaboración con agentes que hablaban en nombre del Gobierno ruso —que ofrecieron ayuda a la Generalitat si proclamaba la independencia— hasta el progresivo distanciamiento del europeísmo tradicional, cuando las instituciones europeas no se pronunciaron sobre la independencia e insistieron en que todas las partes respetaran la Constitución. Y desde la utilización de técnicas comunicativas que mezclaban conspiraciones internacionales con bulos malintencionados hasta la movilización de la población en grandes demostraciones de fuerza organizativa. Para el independentismo catalán, como para los demás movimientos, la identidad de la nación estaba muy por encima

de los legalismos que regulaban el pluralismo, y aunque su rechazo a la inmigración era más sutil, era evidente el desprecio que sentía por los inmigrantes de origen español que no asumían públicamente una identidad catalana, empezando por el uso del catalán. Los enemigos de la nación no eran, en su caso, los miembros de una conjura internacional progresista, sino los catalanes no independentistas y sus apoyos en el resto de España. En muchos sentidos, pues, el enfrentamiento con Vox beneficiaba a ambos, porque no se trataba de un conflicto entre una fuerza nacionalista y otras constitucionalistas, que era como se había planteado durante la mayor parte de la democracia el conflicto catalán, sino entre dos fuerzas nacionalistas con una relación ambigua con el liberalismo y el Estado de derecho.

Así pues, a pesar de que sus logros en España se debían principalmente a razones internas, Vox quedó enmarcado en esa nueva internacional nacionalista y se sumó a sus estrategias de derecha alternativa. Tras el encuentro de Coblenza se produjo un nuevo impulso para coordinar todas estas fuerzas cuyo principal promotor fue Bannon. En julio de 2018, cuando ya había abandonado la Casa Blanca, Bannon fundó The Movement, una organización con sede en Bélgica cuyo objetivo era ayudar a los partidos nacionalistas europeos a coordinar sus propuestas políticas y sus estrategias comunicativas siguiendo el exitoso modelo de Trump, dotarlos de recursos tecnológicos y enseñarles a utilizar los datos para mejorar sus campañas.[14] Pero Bannon no solo quería coordinar los partidos, también pretendía impulsar una educación específica para los líderes nacionalistas del futuro, para lo cual planeaba fundar un centro de formación al que llamó «escuela de gladiadores». Pensaba hacerlo en Italia, donde su mensaje contra la inmigración y su reivindicación de la civilización judeocristiana había tenido una importante repercusión entre los nacionalistas

conservadores del país. Además, esta derecha, muy arraigada en una particular interpretación del cristianismo, expresaba abiertamente su rechazo al papado de Francisco, al que consideraban un izquierdista afín a las élites progresistas globales porque había criticado a Trump por sus políticas migratorias, había apoyado la Agenda 2030 y era un tanto ambiguo en cuestiones morales. Con la ayuda de la derecha italiana, Bannon intentó crear esta escuela en el monasterio de Trisulti, un edificio medieval de la orden de los Cartujos situado a cien kilómetros de Roma, rodeado de robles y montañas. Consideraba Italia el centro de su proyecto por razones históricas, pero también porque sentía simpatía por Matteo Salvini, entonces líder de la Liga y vicepresidente del Gobierno de coalición entre su partido y el M5S, y uno de los intermediarios entre los nacionalistas europeos y Putin, que entonces era uno de sus principales patrocinadores. Sin embargo, el proyecto de formar a una nueva generación de luchadores cristianos y nacionalistas en el monasterio medieval fracasó. El Ministerio de Cultura italiano —en manos del M5S — le denegó el permiso por razones técnicas. Bannon respondió con la retórica grandilocuente que ya había adoptado el movimiento: «La lucha por Trisulti es un microcosmos de la lucha por el Occidente judeocristiano». The Movement y la «escuela de gladiadores» se fueron desvaneciendo. Pero Bannon y los nacionalistas europeos, aunque con frecuencia fracasaran o no llegaran al poder, habían establecido su marco político. En primer lugar, si la izquierda quería presentar la política en términos identitarios, ellos responderían con una copia exacta de sus tácticas, aunque con el hombre blanco y cristiano convertido en la verdadera víctima en lugar de las minorías raciales o sexuales. En segundo lugar, afrontarían la política como una lucha apocalíptica entre los defensores de la civilización y los partidarios de su disolución y corrupción. El

debate político no siempre se produciría en estos términos, que resultaban demasiado abstractos y grandilocuentes para unos partidos que aspiraban a ser mayoritarios, pero ayudarían a conformar el rasgo principal en el que acabaron desembocando todas las insurgencias de esos años: la pasión ideológica, la visión de la lucha política como un choque civilizatorio y la búsqueda deliberada de la polarización.

6
La gran ruptura

La suma de todo lo descrito hasta aquí —una gran crisis económica, la percepción de que el viejo sistema estaba moribundo, la aparición de ideologías económicas insurgentes, la transformación del mercado de las ideas y las nuevas obsesiones identitarias— generó los rasgos políticos y culturales que han definido a buena parte de las democracias durante los últimos quince años: la polarización y la tendencia al extremismo.

Por supuesto, la polarización no es un fenómeno nuevo. En España, el final de la presidencia de Felipe González, sobre todo entre los años 1993 y 1996, estuvo marcado por un fuerte enfrentamiento entre el PSOE y el PP, que los medios de comunicación amplificaron y se acabó trasladando a la convivencia social. En esa misma época, la aprobación del Tratado de Maastricht generó importantes brechas en la Unión Europea; en Francia y Dinamarca, donde el tratado se sometió a referéndum, la sociedad se dividió casi por la mitad entre partidarios y detractores. En esos países, y en otros como Austria, Italia o Países Bajos, esa discordia provocada por el proyecto europeo fue una de las causas del auge de los primeros partidos relevantes de derecha radical desde la posguerra mundial. También en la década de 1990, durante la presidencia de Bill Clinton, se produjo en Estados Unidos un agrio enfrentamiento entre los demócratas y los republicanos; las mentiras de Clinton sobre su relación con Monica Lewinsky y el proceso de destitución posterior impregnaron todos los

aspectos de la vida política y cultural del país, y sentaron las bases —desarrolladas por el estratega republicano Newt Gingrich— de algunas de las tácticas polarizantes que vivimos hoy en día. En la década de 2000, la guerra de Irak generó una enorme polarización en aquellos países, como España, cuyos gobiernos la apoyaron, y en otros, como Francia, lo hizo el creciente rechazo a la inmigración de origen musulmán e incluso al islam en general. Si las presidencias de George W. Bush y José María Aznar fueron probablemente igual de polarizantes que las de sus predecesores, las de Barack Obama y José Luis Rodríguez Zapatero lo fueron aún más.

Sin embargo, la polarización posterior a la crisis financiera fue distinta. Por un lado, se debía en mayor grado a motivos económicos: la desigualdad había crecido, se habían interrumpido varias décadas de crecimiento económico casi constante y la clase media se sentía maltratada y tenía miedo a perder su estatus central en las sociedades occidentales. Las grandes insurgencias políticas surgidas entonces generaron polarización ideológica por una simple razón: los mecanismos que la nueva izquierda y la nueva derecha proponían para salir de la crisis rompían consensos establecidos desde hacía mucho tiempo y eran profundamente contrapuestos. Su enfrentamiento iba mucho más allá del habitual entre la derecha y la izquierda tradicionales porque se basaba en un antagonismo identitario, y sus identidades no se correspondían con las de la política democrática tradicional. Durante la última década del siglo XX y la primera del XXI la polarización se había producido casi siempre entre fuerzas e ideologías que aceptaban la legitimidad del sistema político, mediático y cultural dominante. Durante la segunda década del XXI, sin embargo, ya no solo se daba entre actores que asumían el sistema, sino entre quienes lo defendían y quienes consideraban imprescindible acabar con él. Y, en ocasiones,

llegó a enfrentar a visiones identitarias para las que la política no significaba la gestión de lo público, sino el campo de batalla para la supervivencia de grupos que se sentían amenazados por sus rivales. Se trataba de un choque maximalista que podía adquirir un tono casi apocalíptico. En un momento en que Occidente debía abordar problemas técnicos —desde la recuperación económica, primero, hasta la guerra comercial con China, la respuesta a una pandemia global o, más tarde, una guerra en Ucrania con inmensas consecuencias económicas, logísticas y humanitarias—, la política democrática se estaba volviendo puramente emocional. Y la posibilidad de perder ante el adversario era tan insoportable que la polarización condujo a consecuencias radicales, como el rechazo a los resultados electorales y el asalto de las instituciones democráticas.

En realidad, como cuenta el sociólogo Luis Miller en su libro *Polarizados. La política que nos divide*, la polarización que empezó en esos años combinó tres fenómenos que no son iguales. Por un lado está la «polarización ideológica», que se da cuando los partidos, y con ellos sus votantes, adoptan «posturas cada vez más alejadas entre sí», dice Miller. Quienes son de derechas o de izquierdas se sienten más enfrentados a su contrario, y sus ideas sobre cuestiones como la política económica, la inmigración, las políticas sociales o el cambio climático difieren cada vez más. A consecuencia de ello, en estos años ha tenido lugar un doble proceso: las personas de izquierdas se parecen cada vez más a otras personas de izquierdas —están más de acuerdo con los suyos— y son más diferentes de las de derechas —están más en desacuerdo con ellas—. Y viceversa. Cada vez es, pues, más infrecuente situarse en tierra de nadie, o ser centrista, o adoptar algunas ideas de la izquierda y otras de la derecha. Miller señala que en España esta clase de polarización ha ido creciendo «elección tras

elección desde principios del siglo XXI», y pone un ejemplo. Explica que hasta 2015 apenas existía diferencia entre las preferencias de los votantes de los principales partidos políticos españoles respecto al pago de impuestos, pero «desde entonces, las posturas en torno a esta cuestión se han polarizado enormemente».[1]

El segundo tipo de polarización no tiene que ver tanto con el posicionamiento ideológico de los partidos políticos y sus votantes como con «los sentimientos que los partidos y los líderes despiertan». Miller la llama «polarización afectiva» —otros autores hablan de sectarismo o partidismo— y es indicativa de «un mayor apego hacia los partidos, líderes y votantes con los que nos sentimos identificados y una mayor hostilidad hacia los partidos, líderes y votantes con los que no compartimos dicha afinidad». Así, lo importante no es si entre nuestro grupo y los otros existen grandes diferencias respecto a las medidas políticas concretas que se defienden, sino que nuestros sentimientos y emociones nos empujan a defender sistemáticamente a nuestro bando y a tener sentimientos negativos hacia el otro. En ocasiones, esto se ha convertido en un «partidismo negativo»: uno no es sectario porque su grupo le despierte emociones positivas, sino porque las que le genera el contrario son muy negativas.

Por último, Miller habla de «polarización cotidiana». Esta no solo tiene que ver con la política y, en cierto sentido, es la más grave, porque afecta a todos los aspectos de la vida. La polarización cotidiana se produce cuando existe una identificación directa entre la ideología política de un individuo y sus gustos y estilo de vida. Por ejemplo, cuando «ser progresista» o «ser conservador» condiciona cuestiones aparentemente apolíticas como la dieta que sigue una persona, el deporte que le gusta, su equipo preferido o la marca de camisetas que viste. Esto debería ser independiente de la

opinión sobre, por ejemplo, la política fiscal o el aborto. Sin embargo, en contextos de polarización social, la gente tiende a seguir patrones parecidos a los que ve en la burbuja social o geográfica en la que vive, y estos acaban formando parte de las identidades políticas. «Eso refuerza las otras dos caras de la polarización».

Este tipo de polarización cotidiana se ha dado sobre todo en Estados Unidos, donde algunos políticos la utilizan para sus propios fines. Un ejemplo fue la manera en que, en febrero de 2023, Ron DeSantis, el gobernador del estado de Florida, y candidato a representar al Partido Republicano en las elecciones de 2024, utilizó el presupuesto de su Administración para el año fiscal 2023-2024. Como todos los presupuestos, este tenía innumerables apartados de gasto, algunos dedicados a cosas tan prácticas como el apoyo al acceso a internet en las zonas rurales, la construcción de infraestructuras o las desgravaciones fiscales para productos relacionados con la crianza de hijos, como los pañales o las cunas. Pero DeSantis acabó convirtiendo la rueda de prensa en la que lo presentó en un ejemplo de cómo utilizar la polarización cotidiana: el tema principal de la comparecencia acabó siendo los fogones de gas.

Las cocinas de gas iban a estar exentas de impuestos durante todo el año. Era, por supuesto, una cuestión marginal desde un punto de vista económico: suponía siete millones de dólares en un presupuesto de 116.500 millones de dólares.[2] Pero el gobernador le dedicó una parte relevante de la rueda de prensa porque los fogones, quiso transmitir, formaban parte de la identidad de los habitantes de Florida.

En realidad, en ese estado muy poca gente cocina con fogones de gas —solo el 8 por ciento de los hogares; la mayoría, como en el resto de los estados del sur de Estados Unidos, lo hace con electricidad—,[3] pero esa no era la cuestión. Unas semanas antes un miembro de la Comisión de

Seguridad de Productos del Consumidor, un funcionario desconocido para la mayoría de los estadounidenses, sugirió en una entrevista que el Gobierno debería aprobar nuevas regulaciones sobre los fogones de gas porque contaminaban mucho, y que entre ellas no había que descartar su prohibición. Las declaraciones generaron cierta controversia, aunque, en cuestión de días, el jefe de la Comisión desmintió las declaraciones y afirmó que esa prohibición no estaba en los planes del Gobierno. Nadie iba a prohibir los fogones de gas. Pero para DeSantis, según dijo en la rueda de prensa, su defensa era una cuestión de «principios».

«Quieren llevarse tu fogón de gas —dijo en referencia al Gobierno federal, presidido por el demócrata Joe Biden— y no vamos a dejar que eso suceda». «Quieren controlar todos y cada uno de los aspectos de tu vida. Forma parte de un plan más general y en el estado de Florida lo que les decimos es "No nos vais a pisotear con eso"», dijo, haciendo referencia al lema de la guerra de independencia de su país contra Reino Unido que el Tea Party había hecho suyo.[4]

El discurso de DeSantis tal vez no fuera más que un exceso de teatralidad en un político que esperaba ser nombrado candidato de los republicanos en las elecciones del año siguiente y que vio en los fogones una manera más de enfrentarse al Gobierno demócrata. Sin embargo, reflejaba la manera en que se estaba haciendo política no solo en Florida y en Estados Unidos, sino también, cada vez más, en buena parte de Europa: la utilización de obsesiones identitarias y mensajes con poca trascendencia práctica, pero mucho contenido simbólico para sus destinatarios, que generaban una enorme división social. En España esta forma de polarización cotidiana era menos frecuente, aunque hubo algunos casos. Comer menos carne, como cocinar con gas o con electricidad, es algo bastante independiente de las preferencias políticas, pero cuando

Alberto Garzón, el ministro de Consumo, recomendó reducir la ingesta de carne, sus declaraciones se volvieron al instante una cuestión identitaria. De repente, para muchos conservadores comer carne se convirtió en algo crucial. Y para algunos progresistas lo fue proclamar que su vegetarianismo, o su escaso consumo de carne, eran también una forma de identificación con un partido o un Gobierno.

En todo caso, Miller señala que los tres tipos de polarización —ideológica, afectiva y cotidiana— se entremezclan y refuerzan. Y han tenido consecuencias evidentes en la vida política y social. En uno de los mejores libros que se han escrito sobre el partidismo en esa época, *Por qué estamos polarizados*, el periodista estadounidense Ezra Klein explicaba la lógica que este generaba:

> Para apelar a una sociedad más polarizada, el comportamiento de las instituciones y los actores políticos se polariza aún más. A medida que las instituciones y los actores políticos se polarizan más, también polarizan más a la sociedad. Esto pone en marcha un ciclo de retroalimentación: para apelar a una sociedad aún más polarizada, las instituciones públicas deben polarizarse aún más; cuando la sociedad interactúa con instituciones aún más polarizadas, se polariza aún más, y así sucesivamente.[5]

Esa lógica se ha dado también en España: la aparición de nuevos movimientos políticos y partidos y la transformación del mercado de las ideas han incentivado aún más la asunción y puesta en práctica del principio que enunciaba Klein: para resultar atractivo en una sociedad cada vez más polarizada, es necesario polarizar cada vez más.

Esto ha supuesto un embrutecimiento del tono dominante en la vida pública. Muchas veces sus efectos han sido puramente estéticos; a fin de cuentas, la agresividad suele ser desagradable. Pero también ha tenido otros más graves: la

polarización y los incentivos para aumentarla han hecho que cualquier debate —en el ámbito académico, mediático, electoral o entre familiares y amigos— resulte ineficaz. Uno de los resultados más perversos de la polarización es que nadie está dispuesto a cambiar de opinión y muchas veces ni siquiera a escuchar los argumentos contrarios. En consecuencia, lo importante no es ya seducir al adversario para que se pase a tu bando, sino insultarle de manera ostensible para cohesionar a tu grupo e impedir así que nadie tenga tentaciones de abandonarlo. Es el equivalente dialéctico a la guerra de trincheras: las dos partes luchan con fiereza y, aunque ninguna avanza sobre el terreno, ambas temen verse obligadas a retroceder si dejan de combatir.

A su vez, esto tiene una consecuencia mucho más nociva. Da a los gobiernos incentivos para que desatiendan su gestión y se centren en la propaganda contra el adversario. A fin de cuentas, si los votantes de cada bloque son cada vez más homogéneos, están más alejados ideológicamente del bando rival y sienten emociones más negativas hacia este y sus líderes, es muy poco probable que cambien la orientación de su voto. La preferencia por un partido, y por supuesto la militancia en él, siempre ha estado relacionada con cuestiones tribales y de pertenencia. Pero, en general, los ciudadanos son capaces de valorar la gestión de un Gobierno y, si juzgan que no es buena, lo castigan votando a otro partido. En los momentos de polarización esto es mucho más difícil, porque la calidad de la gestión gubernamental pasa a un segundo plano y lo que más valoran los votantes es el grado en que un partido —o un periódico, una emisora de radio o un grupo de amigos— refuerza y satisface los sentimientos negativos frente al bando contrario. Donald Trump cumplió algunas de las exigencias ideológicas de sus votantes, como la bajada de impuestos a las grandes fortunas, mantener el desempleo en niveles muy bajos

o la reducción drástica del número de extranjeros que llegaba a Estados Unidos, pero sus partidarios lo valoraron sobre todo por su capacidad para *owning the libs*, es decir, «hacer rabiar a los progresistas» con afirmaciones provocadoras y radicales. Steve Bannon explicó por qué había convencido a Trump para que, al principio de su mandato, aprobara enseguida una serie de leyes que iban contra las creencias más básicas de la izquierda: «Era partidario de esta técnica para desorientar a los enemigos del presidente[:] los medios de comunicación. Ataca lo que más les importa: la sanidad, el medioambiente, el aborto, la inmigración. Atácalo tan rápido que no puedan centrarse en nada».[6] Las promesas de la campaña en favor del Brexit eran manifiestamente falsas: la salida de Reino Unido de la Unión Europea no iba a liberar trescientos cincuenta millones de libras semanales para financiar la sanidad pública británica, ni a permitir que el país estableciera acuerdos comerciales más beneficiosos que los existentes, ni mucho menos supondría una bajada de impuestos y, al mismo tiempo, una mejora de los servicios públicos. Pero el fin de esas mentiras no solo era ilusionar y movilizar a quienes votaban por el Brexit, era presentar a los que las denunciaban, los *remainers* (los partidarios de permanecer en la Unión Europea), como *remoaners*, «quejicas» y «tiquismiquis» progresistas y urbanos que querían que a Reino Unido le fuera mal y no progresara. Este empeño resultaría especialmente útil cuando, una vez concluido el Brexit, los beneficios económicos prometidos no llegaron: quizá quienes habían votado a favor no notaran los resultados esperados, pero ver cómo rabiaban las élites urbanas podía ser una compensación razonable.

En España, esa forma de polarización llegó a su punto culminante en 2019, cuando se celebraron en un solo año elecciones locales, autonómicas, europeas y nacionales (estas últimas, en dos ocasiones, en abril y noviembre). Estas

votaciones fueron precedidas en 2017 por el referéndum ilegal en Cataluña y la huida al extranjero de varios líderes independentistas para no ser juzgados, y en 2018 por la llegada al poder de Pedro Sánchez tras una moción de censura en la que contó con el apoyo de Unidas Podemos, varios partidos autonómicos y la abstención de los independentistas EH Bildu y ERC. Esos sucesos crearon un contexto político que favoreció la polarización, y el presidente del Gobierno se dio cuenta de que esa situación podía beneficiarle y se propuso explotarla. Si en los años anteriores había sido el PP de Mariano Rajoy el que había visto en Podemos una oportunidad para afianzar el voto de la derecha y debilitar al PSOE, ahora Sánchez veía en Vox la posibilidad de debilitar al PP, porque los votantes de izquierdas se mantendrían fieles al bloque por miedo a un Gobierno de derechas que incluyera a su facción nacionalista y autoritaria. El 15 de febrero de 2019, antes del comienzo del ciclo electoral en abril, el Gobierno aprobó la exhumación y el traslado del cadáver de Francisco Franco del Valle de los Caídos. Tras varios retrasos por decisiones judiciales, se llevó a cabo el 24 de octubre, a poco más de dos semanas de la repetición de las elecciones generales, el 10 de noviembre. La estatal Agencia EFE, la única autorizada a sacar fotos del acontecimiento, retrató al portavoz de la familia Franco, Francis Franco, portando una bandera preconstitucional. La televisión pública, que hizo una cobertura amplia y detallada, retransmitió la salida del féretro a hombros de sus familiares entre gritos de «¡Viva Franco!» y luego su traslado a un cementerio privado en helicóptero.

Era difícil imaginar un espectáculo más polarizador a pocas semanas de las elecciones. De hecho, como señaló el politólogo Pablo Simón en un estudio académico, las elecciones de noviembre de 2019 fueron las más polarizadas en la historia reciente de España. Lo que generó que, en un Congreso ya

fragmentado, aumentara el número de escaños obtenidos por los partidos radicales.[7]

En muchos sentidos, polarizar ha sido algo racional: no perjudicaba los intereses de los actores políticos y mediáticos que lo hacían. De hecho, en términos egoístas, ha sido una estrategia eficaz: todo el mundo parecía beneficiarse de ella o creía que lo haría en el futuro, al obtener más votos, más poder de negociación o, en el caso de los medios privados, más ingresos. Sin embargo, juntos, todos esos comportamientos aparentemente racionales han dado lugar a una sociedad con innumerables conflictos, que, en algunos aspectos, ha parecido encontrarse al borde de la disfuncionalidad. Aunque en los países occidentales los sistemas electorales son distintos, en muchos de ellos la táctica para obtener el poder ha sido la misma: explotar la posibilidad de contar con la minoría más grande y más motivada, lo cual en parte se conseguía irritando a las demás minorías. Ser de centro tenía aún cierto prestigio entre las élites tecnocráticas que, a pesar de los reiterados fracasos de las formaciones centristas, seguían pensando que ese era el camino para solventar los problemas políticos de sus países, también los de España. Con todo, en el mercado de las ideas esta postura ha sido cada vez más irrelevante. Y la vieja noción de que los grandes partidos deberían tener programas centristas para alcanzar el poder, porque las clases medias tienden a premiar esa moderación, ha perdido sentido en un entorno fragmentado en el que ya era imposible alcanzar el número de escaños habitual en las mayorías parlamentarias del pasado. Las fuerzas polarizantes han triunfado. Es necesario escoger uno de los dos bandos, que son presentados por el contrario en términos voluntariamente ahistóricos: hay que formar parte del bloque que lucha contra el fascismo o del que lo hace contra el comunismo. Cualquier otra postura significa blanquear a uno u otro bando. Y aunque la polarización

cotidiana no llega a los extremos de la estadounidense, también aquí estamos empezando a crear las megaidentidades que esta ha generado: ya no se trata solo de ser antifascista o anticomunista, por absurdo que sea enmarcar la política en esos términos en la tercera década del siglo XXI, es que todo lo demás emana de esa posición ideológica. «Conforme nuestras muchas identidades se funden en una sola megaidentidad política —escribió Klein— estas cuestiones viscerales y emocionales aumentan y con ellas nuestra disposición a hacer cualquier cosa para asegurar que nuestro grupo gana».[8] En España se ha vuelto habitual no solo negar la legitimidad de la victoria del adversario, sino de su propia existencia. Aunque por el momento no se ha llegado al extremo estadounidense de negar un resultado electoral.

Dos acontecimientos dramáticos impregnaron las dinámicas políticas insurgentes que se fueron desarrollando durante esos quince años. A principios de 2020 la pandemia de COVID-19, y a principios de 2022 la guerra de Ucrania, agravaron la polarización y demostraron, al mismo tiempo, los límites de la política radical. En los países occidentales estas tragedias generaron una convergencia entre los extremos izquierdo y derecho del espectro político. Según una encuesta del CIS, una vez la vacuna contra el COVID-19 estuvo disponible en España, las personas que se negaban a vacunarse se identificaban en mayor medida con las ideologías más derechistas, pero también con la extrema izquierda.[9] En Alemania, las protestas minoritarias contra la vacunación y los confinamientos, muchas veces lideradas por un pequeño grupo informal llamado Querdenkers («Inconformistas»), unieron a los viejos militantes del ecologismo y el movimiento antinuclear de izquierdas con militantes de extrema derecha afines a Alternativa por

Alemania; todos coincidían en el rechazo a acatar las medidas del Estado y en el escepticismo respecto a la existencia de la pandemia y lo que los medios de comunicación contaban de ella.[10] En Estados Unidos, si bien la mayoría de quienes se oponían a la vacunación y el uso obligatorio de la mascarilla en algunos lugares públicos eran votantes de Trump y espectadores de la cadena Fox —cuyos presentadores manifestaban su desconfianza de las intenciones reales de los gobiernos y las autoridades sanitarias—, también había libertarios de izquierdas que propugnaban la educación infantil alternativa, agricultores orgánicos y viejos hippies pacifistas que pensaban igual.[11] Todos recelaban de las élites encargadas de la gestión de la pandemia, que consideraban exagerada y un intento de manipular y controlar a la gente.

No hacía falta ir a los extremos ideológicos de los insurgentes para ver que la tendencia a polarizarlo todo ya estaba asentada. Durante la década y media anterior, los ciudadanos politizados han tenido opiniones previas sobre cuestiones polarizantes como los impuestos, el feminismo o las políticas sociales, y en los años siguientes eso ha alcanzado a cuestiones aparentemente apolíticas como los valores empresariales o la alimentación. Sin embargo, en el caso de la pandemia, como dice Miller para explicar la dinámica a la que ya entonces se había adaptado la sociedad, «la inmensa mayoría de la población no teníamos ni idea de lo que era un test de antígenos, pero su uso se polarizó políticamente; no teníamos ni idea de qué eran los rastreadores, pero su contratación se polarizó; o no teníamos una posición clara sobre si preferíamos proteger la salud o la economía, y esto se polarizó».[12] Cuestiones técnicas sobre las que la mayoría de los ciudadanos no sabíamos nada se convirtieron en generadores de identidad: por un lado, quienes eran partidarios de las restricciones, la obligatoriedad de las mascarillas y la suspensión de las

reuniones de Navidad, por ejemplo; por el otro, los partidarios de la apertura de los bares, el uso voluntario de la mascarilla y las celebraciones sociales. Luego, esas identidades recién generadas servían para crear brechas sociales que a su vez provocaban enfrentamientos. Javier Salas, periodista de *El País*, escribió en diciembre de 2020 que, desde la aparición de la pandemia, «cada nuevo factor o medida que surge en el debate público se convierte en la discusión final, la decisión definitiva. No puede ser simplemente un aspecto a tener en cuenta que influya más o menos, dependiendo de la circunstancia; o es la bala de plata que acaba con el problema o un error garrafal que provocará una ola de muertos».[13] El nuevo mercado de las ideas parecía incitar a ese dualismo.

La invasión rusa de Ucrania en febrero de 2022 produjo una convergencia ideológica semejante. En buena parte de Europa occidental y Estados Unidos, los menos inclinados a ayudar con armas al país invadido, que responsabilizaban de lo ocurrido a la OTAN y veían con cierta simpatía o comprensión a Vladímir Putin, eran o bien simpatizantes del Partido Republicano estadounidense y de amplios sectores de la derecha nacionalista europea, o bien partidarios de movimientos de izquierdas como Podemos, el izquierdismo estadounidense más radical —con el apoyo de intelectuales clásicos como Noam Chomsky— o Die Linke, el partido poscomunista alemán. Si los primeros consideraban que el régimen ucraniano tenía la culpa de lo ocurrido por abandonarse al liberalismo y los valores progresistas de la Unión Europea, los segundos creían que en realidad Ucrania estaba dominada o muy influida por el neonazismo y la extrema derecha.

Sin embargo, la brutalidad de la invasión y el hecho de que la mayoría de los partidos políticos europeos se pusieran enseguida del lado de Ucrania —entre ellos varios que en el pasado habían simpatizado en menor o mayor medida con

Putin, como Hermanos de Italia, Vox o Reagrupación Nacional — hicieron que en este caso la polarización fuera menor que respecto a la pandemia. De hecho, el enorme respaldo que recibieron las iniciativas para apoyar con armas, dinero y ayuda humanitaria al país invadido fue una sorpresa. En 2022, en Alemania o España, países que tradicionalmente habían sido reticentes a implicarse en conflictos militares, el apoyo de la población rondaba el 70 por ciento.[14] Aun así, y con todas sus diferencias de tamaño e influencia, tanto la Fox en Estados Unidos como Canal Red en España —el pequeño grupo mediático organizado en torno de Pablo Iglesias tras su salida de la política institucional— seguían pensando que podían aumentar la polarización y beneficiarse de ella si atribuían la responsabilidad de la guerra a Occidente y minimizaban la de Putin y las élites rusas.

Aunque los movimientos antivacunas y los que se oponían al envío de ayuda occidental a Ucrania eran minoritarios, demostraban que en algunos casos el rechazo a las élites tradicionales y los valores liberales que compartían la izquierda radical y la derecha autoritaria podían converger. Y el nuevo mercado de las ideas favorecía su sobrerrepresentación, porque daban pie a contenidos mediáticos estridentes, atractivos y polarizantes. Sin embargo, la pandemia y la guerra también evidenciaron la enorme influencia que seguían teniendo los grandes partidos tradicionales. Si, como pasó durante la primera, estos partidos asumían cierto consenso basado en la ciencia, pero en ese marco polarizaban para obtener réditos electorales, la sociedad los seguía y se polarizaba. En cambio, si, como en la invasión de Ucrania, esos mismos partidos decidían que una cuestión no debía convertirse en objeto de enfrentamiento, la población también los seguía y la polarización era escasa.

Así, si bien los dos grandes acontecimientos que cerraron

este ciclo político provocaron grandes consensos, también pusieron de manifiesto los múltiples usos de la polarización política y la capacidad de las insurgencias para alentarla en contra de las élites tradicionales. Las posturas sobre la salud y la guerra se sumaron a las megaidentidades que habían ido formándose en torno a cuestiones como la desigualdad, el feminismo, la Unión Europea, la raza, la religión, la ecología, la nación y hasta la alimentación. A esas alturas, para muchos votantes la defensa de estas megaidentidades era la esencia de la lucha política y el enfrentamiento social.

Al mismo tiempo, las ya veteranas insurgencias, cuyas formas habían impregnado toda la política occidental, presentaban algunos síntomas de declive. Las crisis sucesivas de la pandemia y la guerra en Europa generaron enormes transformaciones políticas, algunas inesperadamente rápidas, en cuestiones muy técnicas, que iban del desarrollo y la distribución de vacunas con apoyo público a la sustitución de los combustibles con los que funcionaba la economía europea. Estos cambios hicieron que las élites tradicionales —los partidos con experiencia de gestión, los tecnócratas conectados con el mundo científico y empresarial y un sector privado deseoso de colaborar con los gobiernos— recuperaran el centro de la discusión política. También en esta ocasión las insurgencias se sintieron más cómodas en el diagnóstico y la denuncia que en el planteamiento de soluciones realistas. Ni siquiera fueron creíbles sus propuestas para uno de los problemas más inmediatos que se encontraron los ciudadanos: la inflación provocada, entre otras razones, por la pandemia, debido a la ruptura de las cadenas logísticas globales, y por la guerra, que supuso el encarecimiento de la energía y la escasez de algunos alimentos. Cuando el debate público giraba en torno a cuestiones políticas concretas o medidas específicas del ámbito sanitario, comercial o empresarial, era posible reducir

la agresividad del debate público y encauzarlo hacia lo que debería ser en una democracia funcional: no un consenso absoluto, sino una discrepancia organizada y la búsqueda de pactos acerca de cuestiones específicas. Durante esas dos grandes crisis y el periodo posterior, en Occidente se abrió paso cierto regreso a una paradójica normalidad. Gobernaban Biden, los socialdemócratas alemanes, Macron en Francia y, en España, tras las elecciones de julio de 2023, los dos partidos insurgentes, Vox y Podemos (este último ya integrado en la coalición Sumar) caían respecto a sus picos de la década anterior y daban paso a una recuperación del bipartidismo. En países como Alemania y Austria, la derecha nacionalista crecía en las encuestas, pero el Gobierno italiano, liderado por Giorgia Meloni, de los Hermanos de Italia, estaba adoptando posturas más cercanas a la derecha tradicional que al duro radicalismo de sus orígenes ideológicos. Parecía probable que Ley y Justicia abandonaría el poder en Polonia en favor de una coalición de partidos más moderados. Y la Comisión Europea daba la impresión de haber recuperado parte de su credibilidad perdida con sus medidas anticrisis. Incluso parecía que, salvo cuando estallaban conflictos como el israelí-palestino, o se celebraban unas nuevas elecciones, la intensa repolitización de la sociedad empezaba a revertirse tentativamente.

En 2022 el consumo de Facebook descendió por primera vez en sus casi veinte años de historia. Y los cambios introducidos en Twitter por Elon Musk, su nuevo propietario, generaron descontento entre muchos de sus usuarios, hasta el punto de que algunos medios de comunicación y periodistas abandonaron la red social y muchas marcas dejaron de anunciarse en ella por su creciente falta de credibilidad. Ambas redes decidieron reducir el peso de las noticias políticas y de los enlaces a las informaciones de los medios en sus algoritmos. En una encuesta del Reuters Institute publicada en 2023, el 72

por ciento de los editores de prensa del mundo afirmó que detectaban que, cada vez más, los usuarios evitaban leer noticias; el 66 por ciento decía que intentarían contrarrestar esa tendencia produciendo más historias inspiracionales y el 48 por ciento que lo haría publicando noticias positivas.[15] En España, después de más de una década de politización activa, muchos programas de debate e información política vieron cómo su audiencia descendía (fue el caso de *Al rojo vivo*) o fueron cancelados por falta de demanda (como *El Objetivo*). Tras un cambio en la dirección de Mediaset, sus nuevos gestores prohibieron a los productores y directores de los programas de entretenimiento que hablaran de política o se significaran políticamente. Jorge Javier Vázquez, que se encontraba en una posición de poder gracias a sus enormes audiencias, desafío esa prohibición, pero su programa fue cancelado. El programa presentado por Ana Rosa Quintana que lo sustituyó tuvo malas audiencias. *La Última Hora*, el periódico digital vinculado a Podemos que había nacido en 2020, y 7NN, la cadena de televisión privada creada en 2021 con una orientación editorial afín a la derecha nacionalista de Vox, cerraron en 2023.

Eso podía deberse a que se estaba revirtiendo la intensa repolitización que se había producido durante los años anteriores. O podía ser un simple episodio pasajero de hartazgo por una dieta mediática obsesivamente centrada en la política. Pero, en todo caso, después de quince años de insurgencias, de radicalización y de experimentos políticos, la insatisfacción parecía seguir siendo estructural. En febrero de 2023, una encuesta del CIS indicaba que los problemas políticos de distinta índole, agregados, suponían la principal preocupación para el 61,3 por ciento de los españoles.[16] Era el doble que cuando estalló el 15M. La aparición de nuevos partidos, y su llegada a las instituciones y el poder, no había servido para

paliar la desafección hacia la política; si acaso, esta había aumentado.

La repolitización de la sociedad había sido una demostración de vigor democrático frente al evidente fracaso que supuso el estallido de la crisis económica y, en Europa, su mala gestión. Si el ordoliberalismo estaba agotado, esa era además la respuesta madura: la repolitización para encontrar un nuevo sistema. Pero ni ella ni sus múltiples consecuencias en el mercado de las ideas y la configuración del poder han generado una política mejor, sino gobiernos más incompetentes, más extremos, parlamentos más radicalizados, mayores dificultades para crear gobiernos estables y una sociedad más polarizada sobre casi todo, incluso lo que en principio no tiene nada que ver con la política. La repolitización y la aparición de unas élites nuevas que, en nombre del pueblo, luchan por sustituir a las antiguas no han restablecido la confianza en la política. No es una idea agradable para un demócrata, pero ha sido la demostración de que, para que las democracias funcionen, debe existir cierto desapego de la política, cierta indiferencia por los asuntos que los partidos y los medios de comunicación utilizan para polarizar a las sociedades y movilizarlas. Para que la política funcione, debe ser posible que los ciudadanos puedan atender sus asuntos privados con la confianza de que el Gobierno, la Administración y los medios harán su trabajo con un grado razonable de competencia y buena fe. Lograr esa distancia escéptica, por supuesto, requiere confiar en las élites y, al mismo tiempo, someterlas a controles mucho más estrictos. Es un equilibrio complejo que las democracias asentadas habían conseguido mantener, siempre de manera precaria y parcial, durante las décadas de inspiración ordoliberal que fueron de la reconstrucción democrática hasta la crisis financiera. Desde entonces, vivimos en una especie de transición hacia otro modelo que todavía no se ha definido del

todo. Pero en ese proceso que nos ha ocupado durante los últimos quince años no hemos sabido restaurar ese equilibrio entre la confianza y el control, entre un moderado aprecio al trabajo de las élites y la existencia de mecanismos eficaces para sustituirlas cuando sea necesario. No hemos sabido, en buena medida, porque los aspirantes a configurar las nuevas élites han querido ser depositarios de una nueva confianza, pero con frecuencia no lo han logrado y, además, sus instintos autoritarios los han llevado a intentar no ser controlados. Y, en parte por eso, estos han sido años peligrosos y la política se ha vuelto radical.

Epílogo
La transición inacabada

En noviembre de 1964 el historiador Richard Hofstadter publicó en la revista *Harper's* un largo artículo titulado «El estilo paranoico en la política americana».[1] En él sostenía que, en algunos periodos de la historia de Estados Unidos, «el resentimiento y las pasiones de una pequeña minoría» se habían apoderado de la política del país. La táctica de esas minorías, decía, siempre había sido la misma: acusar a determinados grupos de personas de todos los males que aquejaban a la nación. En la década de 1960, en plena Guerra Fría, mientras surgía la nueva izquierda y se producía una caza de brujas anticomunista, el país vivía uno de esos momentos, decía Hofstadter. En medio de una enorme histeria, los cargos electos, los periodistas y los buscavidas denunciaban el carácter corrupto de la élite política, acusaban de traición a los funcionarios y los académicos y aseguraban que los enemigos de la nación se habían infiltrado en sus pilares básicos. Hofstadter consideraba que detrás de estas omnipresentes denuncias había un estilo identificable, una mentalidad que llamaba «paranoica». Sin embargo, aclaraba, el problema no era que hubiera unos cuantos «hombres perturbados» que adoptaran esa predisposición. Lo preocupante era que «gente más o menos normal», «incluso muchos hombres de Estado respetables» que no tenían inclinación por las ideas radicales, había asumido esa manera de hacer política: las circunstancias parecían haberle obligado a hacerlo.

Durante los últimos quince años he pensado con frecuencia

en el artículo de Hofstadter. Su retrato de la volátil política estadounidense de los años sesenta, en la que proliferaron dos radicalismos enfrentados y muchos percibían la amenaza de una catástrofe inminente si no se purgaban todas las instancias de la sociedad, se parece al de nuestro tiempo. Ahora como entonces, quienes han asumido o dado por bueno ese estilo radical y apocalíptico de hacer política han sido por lo general una pequeña minoría, casi siempre liderada por representantes de una élite que se presentaba como alternativa. Pero en ocasiones esa minoría ha sido más grande e incluso se ha convertido en una mayoría electoral. En todos los casos, sin embargo, esta forma de hacer política y de hablar sobre ella ha capturado la imaginación de naciones enteras. Su identificación de los enemigos del pueblo ha sido absorbente. Y para muchas personas su insistencia en la necesidad acuciante de acabar con el sistema político tradicional, y con las élites asociadas a él, ha resultado adictiva. Pero ¿ha tenido éxito?

«Si no lo ha tenido ya, lo acabará teniendo», hemos respondido durante estos años con un aire de inevitabilidad incluso muchos escépticos. El ascenso de las minorías insurgentes a lo largo de este periodo ha sido repentino y gradual al mismo tiempo. Su dominio del nuevo mercado de las ideas y su actitud paranoica ante la política les ha permitido convertir en legítimas y populares algunas nociones que hace no tanto parecían marginales y extravagantes. Han entrado en las instituciones. Han contagiado su actitud y unas cuantas de sus ideas a los partidos tradicionales, como el republicano en Estados Unidos y el *tory* británico. O, como en el caso del Partido Socialista francés, han acabado con ellos. Han integrado coaliciones de Gobierno y, en algunos casos, los han liderado. Eso ha supuesto un gran logro para las insurgencias de derechas y de izquierdas que empezaron a cobrar visibilidad hace década y media con una serie de protestas informales y

desjerarquizadas. También es evidente que no han logrado muchos de sus objetivos. Hasta cuando han conseguido el poder, cuando han parecido más fuertes —e incluso convincentes—, siempre se han quedado a medio camino de sus ambiciosos planes de destrucción y reconstrucción. ¿Acaso ha sido por incapacidad? ¿Porque el paso por las instituciones modera inevitablemente a sus dirigentes, o si no acaban por expulsarlos?

Estos movimientos extremistas han demostrado más capacidad para la oposición, la comunicación política y la generación de nuevas ideas que para el ejercicio del poder. Y, si bien de manera precaria, se han mantenido los principios básicos de las sociedades plurales y los gobiernos liberales. Las amenazas han sido muchas. Sin embargo, no se ha destruido la democracia, ni parece que eso vaya a suceder en los países con instituciones consolidadas. En contra de lo que en ciertos momentos algunos pensamos, y del verso de W.B.Yeats que tanto nos gustaba citar, «todo se desmorona; el centro no puede aguantar», el centro, en un sentido amplio, sí resistió. A duras penas. Con evidentes signos de debilidad y derrotas notables, y asumiendo incluso una parte relevante de las ideas insurgentes. Pero aguantó. Para los insurgentes, que recurrentemente anuncian un triunfo definitivo que casi siempre acaba postergándose, esta resistencia puede interpretarse como la prueba de que el sistema político, económico y cultural está trucado, y de que las élites actuales han conseguido volverlo casi inexpugnable. Para los centristas o los gradualistas puede significar que las sociedades occidentales desean estabilidad a largo plazo, aunque en momentos transitorios hasta las clases medias se suman en la desconfianza y prefieran asumir el riesgo que implica la promesa de un cambio radical.

La parte del sistema que ha resistido lo ha hecho, en buena medida, porque las élites tradicionales han sabido adaptarse a

la nueva realidad. No solo han adoptado los mecanismos que rigen el mercado de las ideas —por ejemplo, ya es indistinguible la comunicación política de los nuevos y los viejos partidos—, sino que han aprendido varias lecciones de la gestión de la crisis financiera que provocó el inicio de estos años peligrosos y han intentado reconstruir el equilibrio entre confianza y escepticismo. Durante esta etapa de pruebas, de búsqueda de nuevas ideologías, el orden neoliberal y el sistema europeo hijo de la moral ordoliberal no han desaparecido. Pero sus límites se han expandido enormemente. Debido al impacto que tuvieron la pandemia y la guerra en Ucrania, y las crisis que generaron ambos acontecimientos, el sistema se ha vuelto más flexible y osado. Y se ha pensado que estas cualidades recién adquiridas serían útiles para solventar otras crisis, tanto larvadas —la persistente desigualdad económica o la desindustrialización— como incipientes, por ejemplo el enfrentamiento con China o la transición energética.

Los fondos Next Generation EU, un inmenso paquete fiscal para apoyar a las economías nacionales golpeadas por los confinamientos, debían servir para acelerar la transición energética y la digitalización de la economía. Supusieron una intervención tradicional por parte del sector público cuyo fin era reactivar la economía y encauzar proyectos urgentes que no saldrían adelante únicamente con financiación privada y sin un impulso político. La Comisión Europea suspendió de manera temporal las reglas fiscales de los países de la Unión: a diferencia de lo sucedido durante la crisis financiera, en ese momento los gobiernos pudieron gastar casi sin límite para mantener a flote a las empresas y los trabajadores. El Banco Central Europeo compró bonos de deuda pública para impedir que la prima de riesgo aumentara como lo había hecho una década antes. Y la Comisión Europea consiguió que se lanzara un plan de deuda conjunta entre todos los países, esta vez sin la

oposición del *establishment* alemán ni de los países frugales. Esto se acordó con asombrosa rapidez entre países que estaban gobernados por conservadores, socialdemócratas, liberales o populistas de derechas. Pero lo hicieron bajo la coordinación política de Ursula von der Leyen, una democristiana alemana que a lo largo de su vida política había encarnado en muchos sentidos la tradición moral, económica y política del ordoliberalismo.

El cambio ideológico fue igualmente evidente en Estados Unidos cuando Joe Biden asumió la presidencia del país en enero de 2021. Desplegó un plan de inversión pública en tecnología, infraestructuras, energía verde y educación casi sin precedentes desde el New Deal de la década de 1930, y muchísimo mayor que los planes de recuperación de George W. Bush y Barack Obama tras la crisis financiera. Se trataba de una medida muy osada viniendo de un político que era considerado un moderado centrista. Biden pertenecía al sector del Partido Demócrata más partidario de los mercados y el capitalismo, y suscitaba recelo entre la nueva oleada de izquierdistas que creían que sus recetas iban a ser puro *establishment*. De hecho, consiguió que una parte relevante de los congresistas republicanos apoyaran el proyecto y propiciaran con su voto que saliera adelante.

Más tarde, tras la invasión rusa de Ucrania, cuando quedó claro que la rivalidad geopolítica, tecnológica y económica entre Occidente y otras potencias como Rusia y China iría a más y generaría nuevos problemas, Von der Leyen y Biden lideraron nuevas propuestas intervencionistas y proteccionistas. Sacaron adelante medidas que incluían más ayudas para la industria, subsidios para la producción de energía y la protección de los consumidores, incentivos para aumentar la autonomía tecnológica frente a China, así como propuestas para reducir el precio de los productos agrícolas básicos. Esta

clase de medidas implicaban una ruptura evidente con el consenso neoliberal u ordoliberal; en Estados Unidos, de hecho, suponían más bien la continuación de algunas ideas proteccionistas de Trump y del giro nacionalista del Partido Republicano más populista; en Europa, rompían con décadas de compromiso entre los países de no ayudar con dinero público a grandes empresas privadas de carácter industrial para no adulterar la competencia y no generar los carteles que tanto aborrecían Walter Eucken y los ordoliberales. Pero si Biden y Von der Leyen —y, con ella, todos los jefes de Gobierno de los estados miembros de la Unión Europea— pudieron sacar adelante medidas tan rupturistas y, en algunos casos, tan cercanas al pensamiento de los insurgentes fue porque eran líderes moderados. Tanto ellos como los burócratas y académicos que les facilitaron apoyo tecnocrático fueron capaces de impulsar propuestas revolucionarias porque sus trayectorias ortodoxas, y una retórica y un aspecto aceptables para el *establishment* económico e intelectual, no infundían temor. Cuando los insurgentes defendían un intervencionismo y un nacionalismo semejantes, parecía que se ponían en riesgo los pilares de la competencia, el mercado y la economía capitalista. Cuando esto lo ponía en práctica la vieja élite, todo el mundo daba por sentado que eso fortalecería el sistema. Y no parecía que fuera a significar el final definitivo del orden que los insurgentes habían intentado sustituir una y otra vez durante quince años. Cuando se lo pregunté a Adam Tooze, uno de los economistas de izquierdas que más prestigio ha adquirido en los últimos años gracias a sus crónicas y análisis sobre el desplome tras la crisis financiera y luego durante la pandemia, me respondió con ambigüedad:

> Es muy difícil proclamar el fin del neoliberalismo. Podría decirse que 2020 fue, de hecho, su expresión más evidente. El neoliberalismo

> acabó con el equilibrio de clases socialdemócrata de los años cincuenta y sesenta y lo sustituyó por un régimen claramente dominado por el 1 por ciento más rico. Desde entonces, la desigualdad en Estados Unidos, la desigualdad en Reino Unido, se han estabilizado en niveles extraordinariamente altos y nada de eso ha cambiado en 2020. Nada lo ha subvertido. De modo que si dices que la esencia del neoliberalismo es «haz lo que tengas que hacer para estabilizar el *statu quo* y sus desigualdades»,2020 fue su demostración más evidente. Sí, hay un auge de los economistas de izquierdas, estamos leyendo a Piketty y a Mazzucato, incluso los partidos de derechas, o al menos de centro, están reconociendo que quizá necesitemos una estrategia más keynesiana. Pero todo eso sigue dentro del neoliberalismo.[2]

Durante un tiempo pareció que esa nueva concepción del orden, trastocado pero no subvertido, podía convertirse en un nuevo consenso. Un acuerdo fundamentado en el aumento del gasto público, la financiación política de grandes proyectos y la protección de las empresas y los trabajadores ante las crisis y los cambios profundos, como los que van a suponer la transición energética y la digitalización. Un consenso que también estaría respaldado por los objetivos geopolíticos, dado que Occidente se ha dado cuenta de que la competencia de China y los peligros de su auge requieren precisamente proteccionismo, intervencionismo y versiones más o menos drásticas de nacionalismo. A este consenso podían sumarse muchos insurgentes, aunque no estaría exento de discrepancias. Sin duda, buena parte de esas ideas parecen de inspiración progresista —un regreso del keynesianismo y el papel relevante del Estado en la economía—, hijas de los grandes programas globales como la Agenda 2030, que han colocado la inclusión y la lucha contra el cambio climático en el centro de los debates políticos. Pero, al mismo tiempo, la derecha nacionalista podría sentirse vindicada: a fin de cuentas, estos programas se construyeron en torno a la reindustrialización, el regreso del

obrero industrial, bien pagado y con un papel central en la economía y la cultura de las naciones. A esas alturas, además, las políticas de la identidad de inspiración izquierdista parecían haber entrado en cierto declive debido a sus propios excesos, y tanto en Estados Unidos como en la Unión Europea la idea de que hay que reducir aún más el flujo de migrantes y refugiados que llegaban a sus países se ha vuelto, si cabe, más transversal. Esos grandes programas parecían una solución equitativa sobre la que empezar a construir una era de discrepancias democráticas más controladas, menos polarizantes, más tolerables para un ciudadano un poco más despolitizado y, quizá, más deseoso de estabilidad.

Sin embargo, no ha sucedido así y enseguida han surgido desacuerdos sobre esas medidas que van más allá de las obvias divergencias ideológicas. Se sigue produciendo un choque paranoico entre dos visiones alternativas del apocalipsis: un mundo, teme la izquierda, parecido al de *Mad Max*, arrasado por el calor y el fascismo, y un Occidente ecototalitario y feminista, anuncia la derecha, gobernado por funcionarios progresistas no electos. El conflicto constante y aparentemente irresoluble persiste. Y en ese proceso han quedado claras dos cosas: por un lado, que no se sabe exactamente cómo será, ni cuándo llegará, un nuevo consenso ideológico en el cual, como sucedía antes de la crisis financiera, las discrepancias puedan ordenarse; por el otro, que ese nuevo consenso, cuando se produzca, será económicamente más cerrado y ensimismado, y tendrá una orientación geopolítica y una mentalidad de guerra fría. La gran duda es en qué medida será menos liberal en aspectos no económicos. Es probable que en los próximos años se agudice la tendencia actual a reducir la separación de poderes para atenuar la autonomía de los jueces y asegurar que el poder real lo ejercen los cargos electos. Es probable que en las democracias aumente el recelo ante el pluralismo

ideológico: existirá una voluntad de homogeneización que muy posiblemente fracasará porque la sociedad es mucho más compleja que hace cincuenta años, lo que seguirá generando conflictos identitarios. Es probable que la polarización se convierta en la nueva normalidad y que la «polarización cotidiana» impregne nuestra existencia: en el futuro, tal vez veamos como algo del todo normal que nos mudemos de barrio por cuestiones ideológicas, convirtamos nuestra ropa y nuestra dieta en herramientas de promoción partidista y aspiremos a vivir en burbujas intelectuales aún más cerradas. Parte de lo que he mencionado se debe a la coyuntura internacional actual, pero también supone un éxito ideológico de las insurgencias.

Este ha sido desigual. Quizá se trate de una situación temporal, pero en el momento en que escribo, el otoño de 2023, parece claro que las insurgencias de derechas que dieron paso a estos años peligrosos han tenido mucho más éxito, y son más decisivas políticamente, que las de izquierdas. En Europa, varios partidos de derecha autoritaria forman parte del Gobierno de su país, es previsible que en el futuro próximo lo hagan algunos más, y en Estados Unidos es verosímil un retorno al poder de Trump. Es muy probable que la influencia de la nueva derecha aumente y permee todas las demás ideologías, que seguramente, en distinto grado, incluirán el resentimiento y el miedo institucionalizado en sus programas y su visión del mundo. Por lo que respecta a las insurgencias de izquierdas, apenas desempeñan ya un papel relevante en el Parlamento español y en la Asamblea Nacional francesa. Como tantas veces, la izquierda radical salió de su hábitat universitario, contracultural e intelectual, fracasó en sus ambiciones revolucionarias, dejó un buen puñado de ideas que cobraron vida propia dentro del *establishment*, y ahora está volviendo a retirarse a una relativa oscuridad.

Con todo, seguramente, quienes traduzcan a la política esta

nueva realidad sean élites muy parecidas a las anteriores —de clase media, con estudios universitarios, cosmopolitas—, con una socialización política y una formación ideológica tradicionales, aunque en muchos casos, como han hecho en este tiempo, tratarán de ocultar que, en realidad, son élites tradicionales. La cuestión clave es en qué medida estas élites serán capaces de mantener un orden en el que predomine el respeto a las libertades individuales, la tolerancia, la relativa autonomía de los grupos y las identidades, cierta confianza en las instituciones e incluso una razonable cortesía en el debate público, algo que el neoliberalismo o el peculiar ordoliberalismo europeo, pese a sus innumerables problemas, permitió y aun alentó. Es imposible, y seguramente indeseable, regresar a ese ordoliberalismo. Pero sea cual sea el nuevo sistema de ideologías al que nos dirigimos, deberíamos intentar que conservara algunos de sus rasgos más exitosos, especialmente en términos de convivencia y de encauzamiento pacífico y relativamente estable de los inevitables conflictos sociales y políticos.

Si algunas de las cosas que he contado en este libro, y de mis ideas sobre ellas, parecen contradictorias es porque lo son. Aún estamos en tránsito. La lucha por cambiar el sistema, que se inició hace quince años, no ha terminado; los momentos en que parecía que podía surgir un nuevo consenso han sido fugaces y hasta los actores tradicionales que no solían tener inclinaciones radicales han asumido una mentalidad polarizante y algo paranoica. Nada de esto es del todo nuevo, pero sí ha adoptado un nuevo carácter gracias, entre otras circunstancias, a los cambios en el mercado de las ideas. Por ahora tenemos unas pocas certezas, algunas dudas y una única pregunta relevante: ¿será el nuevo mundo que está surgiendo necesariamente más autoritario, menos libre, más controlado y menos plural? Mi respuesta tentativa es que sí. Se lo debemos a estos años

peligrosos.

Agradecimientos

Durante la escritura de *Los años peligrosos* hablé con frecuencia con Carlos Barragán, Jorge Galindo y Kiko Llaneras. Me dieron ideas nuevas, matizaron las mías y, además, leyeron el manuscrito y me ayudaron a mejorarlo con sus comentarios.

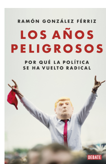
Muchos de los temas que aparecen en este libro los abordé por primera vez en las columnas que he escrito en las secciones de Opinión y Cultura de *El Confidencial*. El periodista peruano Diego Salazar me pidió un ensayo para un libro colectivo sobre el populismo cuya escritura contribuyó a aclarar mis ideas. Dos fragmentos de *Los años peligrosos* son elaboraciones de sendos artículos que me pidió Cristina Moreno para la revista *Política & Prosa*. También consulté con Luis Miller cuestiones sobre la polarización, y con Ángel Villarino sobre los cambios en la oferta mediática. Vaya mi agradecimiento a todos ellos.

La primera vez que le conté a Miguel Aguilar, director de la editorial Debate, que estaba pensando en escribir este libro, me dijo que debía responder a una sola pregunta: «¿Cómo hemos llegado donde estamos ahora?». La he tenido siempre en cuenta. También Elena Martínez Bavière, editora, me ha acompañado en estos casi dos años. Y Nacho Ruiz hizo que el manuscrito original se convirtiera sin mayores contratiempos en un libro. Gracias a los tres.

Conocí a Marta Valdivieso unos pocos meses antes del surgimiento del Tea Party. Y nuestra relación ha sido tan plácida como convulsa ha sido en este tiempo la política. Durante ella, me ha oído hablar constantemente sobre las nuevas insurgencias políticas y el mercado de las ideas. Con

mucha frecuencia, sin embargo, sus observaciones han sido mucho más perspicaces que las mías y las he incorporado, consciente o inconscientemente, a mis argumentos. También sometió el manuscrito a una exhaustiva corrección, gracias a la cual ahora muchas páginas están mejor escritas y muchas ideas son más claras. Pero le estoy agradecido, especialmente, por todo lo demás.

El ensayo imprescindible para entender la política de los últimos quince años: un lúcido repaso de los recientes y convulsos movimientos extremistas para afrontar el futuro.



En los último años, la política española, europea y occidental se ha radicalizado. Después de la crisis financiera aparecieron movimientos de partidos que exigían una total transformación de la economía y de la distribución de la riqueza. De Voz a Podemos, del Brexit al procés, se trata de movimientos de élite que encauzaron un malestar legítimo y radical, abandonado su tradicional moderación y apoyando renovadas formas de extremismo. Pero lo que habían sido exigencias económicas se transformaron en una lucha por la identidad.

Los años peligrosos repasa estos años de política convulsa y el proceso de radicalización y confrontación de unas ideas que han devenido estériles y abandonadas al extremismo. ¿Es posible una nueva política de consensos positivos?

Ramón González Férriz (Granollers, Barcelona, 1977) es editor y periodista. Escribe sobre política y cultura en El Confidencial, es consejero editorial de la consultora LLYC y dirige el pódcast *El futuro de las ideas* para el Center for Economic Policy de la escuela de negocios Esade (EsadeEcPol). Anteriormente, fue editor asociado de la revista *Política Exterior*, director del semanario Ahora y responsable de la edición española de la revista *Letras Libres*.
Es autor de los libros *La trampa del optimismo. Cómo los años noventa explican el mundo actual* (2020), 1968. *El nacimiento de un mundo nuevo* (2018) y *La revolución divertida* (2012), todos ellos publicados en Debate.



Primera edición: enero de 2024

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la cubierta: Javier Aristu
Fotografía de la cubierta: © Getty Images

ISBN: 978-84-19642-39-4

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
Facebook: debatelibros
Instagram: @debatelibros
X: @penguinlibros
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

1. LA HEGEMONÍA INVISIBLE

[1] Markus K. Brunnermeier, Harold James y Jean-Pierre Landau, *El euro y la batalla de las ideas*, Barcelona, Deusto, 2017, p. 92. Varias de las ideas sobre el ordoliberalismo expuestas en este capítulo las he tomado de este libro.

[2] *Ibid.*, p. 94.

[3] *Ibid.*, p. 96.

[4] «Why Germany sticks to strict budget rules despite a slowdown», *The Economist*, 14 de noviembre de 2019, <https://www.economist.com/europe/2019/11/14/why-germany-sticks-tostrict-budget-rules-despite-a-slowdown>.

[5] Peter Spiegel, «How the euro was saved», *Financial Times*, 11 de mayo de 2014, <https://www.ft.com/content/f6f4d6b4-ca2e11e3-ac05-00144feabdc0>.

[6] *Ibid.*

[7] *Ibid.*

2. LOS NUEVOS INSURGENTS

[1] «Squawk Box», CNBC, <https://www.cnbc.com/squawkbox-us/>.

[2] «Rick Santelli and the 'Rant of the Year'», <https://www.youtube.com/watch?v=bEZB4taSEoA&t=70s>.

[3] «When CNBC Created the Tea Party», *The Daily Beast*, 13 de abril de 2017, <https://www.thedailybeast.com/when-cnbc-createdthe-tea-party>.

[4] Lydia Saad, «Tea Partiers Are Fairly Mainstream in Their Demographics», *Gallup*, 5 de abril de 2010, <https://news.gallup.com/poll/127181/tea-partiers-fairly-mainstream-demographics.aspx>.

[5] Mark Lilla, «The Tea Party Jacobins», *The New York Review of Books*, 27 de mayo de 2010, <https://www.nybooks.com/articles/2010/05/27/tea-party-jacobins/>.

[6] William F. Buckley Jr., «Our Mission Statement», *The National*

Review, 19 de noviembre de 1955, <https://www.nationalreview.com/1955/11/our-mission-statement-william-f-buckley-jr/>.

[7] CIS, *Barómetro de junio. Estudio n.º 2.905*, junio de 2011, <https://www.cis.es/cis/export/sites/default/-Archivos/Marginales/2900_2919/2905/Es2905.pdf>.

[8] Ramón González Férriz, «Entrevista con Daron Acemoglu», *Letras Libres*, 9 de diciembre de 2012, <https://letraslibres.com/revista-espana/entrevista-con-daron-acemoglu/>.

[9] «Rosa Díez ofrece UPYD al 15M para acabar con el 'hartazgo' y el bipartidismo», *El Mundo*, 20 de mayo de 2011, <https://www.elmundo.es/elmundo/2011/05/20/espana/1305923706.html>.

[10] Jeff Madrick, «A Zucotti Park Education», *The New York Review of Books*, 11 de octubre de 2011, <https://www.nybooks.com/online/2011/10/11/zuccotti-park-education/>.

[11] Oficina del Censo de Estados Unidos, *Current Population Survey, 2011. Annual Social and Economic Supplement*, «Table 3. Detailed Years of School Completed by People 25 Years and Over by Sex, Age Groups, Race and Hispanic Origin: 2011», <https:// www2.census.gov/programs-surveys/demo/tables/educationalattainment/2011/cps-detailed-tables/table3.xls>.

[12] Graeme Wood, «The Next Decade Could Be Even Worse», *The Atlantic*, diciembre de 2020, <https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2020/12/can-history-predict-future/616993/>.

[13] Luis B. García, «Mas entierra el pacto fiscal ante el 'no' de Rajoy y emplaza a tomar decisiones», *La Vanguardia*, 20 de septiembre de 2012, <https://www.lavanguardia.com/politica/20120920/54350609421/artur-mas-rajoy-pacto-fiscal-decisiones. html>.

[14] Íñigo Errejón Galván, *La lucha por la hegemonía durante el primer gobierno del MAS en Bolivia (2006-2009): un análisis discursivo*, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2011, <https://eprints.ucm.es/id/eprint/14574/1/T33089.pdf>.

3. EL MERCADO DE LAS IDEAS

[1] Banco Mundial, Datos, «Personas que usan Internet (% de la población) – United States», <https://data.worldbank.org/indicator/IT.NET.USER.ZS?end=2021&locations=US&start=2008>.

[2] Statista, «Number of monthly active Facebook users worldwide as of 4th quarter 2022», <https://www.statista.com/statis tics/264810/number-of-monthly-active-facebook-users-world wide/>.

[3] Noah Smith, «The internet wants to be fragmented», Noahpinion (newsletter), 16 de diciembre de 2022, <https://newsletters.feedbinusercontent.com/0a3/0a3fd7aed12630a5b2c803d92f61d682e8c6

[4] Eli Pariser, «Did Facebook's Big New Study Kill My Filter Bubble Thesis?», Backchannel, 7 de mayo de 2015, <https://medium.com/backchannel/facebook-published-a-big-new-study-onthe-filter-bubble-here-s-what-it-says-ef31a292da95>.

[5] Mark Bergen, *Like. Comment. Suscribe. Inside Youtube's Chaotic Rise to World Domination*, Londres, Penguin, 2022, p. 193.

[6] Jonathan Haidt, «Why the past 10 years of American life have been uniquely stupid», *The Atlantic*, 11 de abril de 2022, <https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2022/05/social-mediademocracy-trust-babel/629369/>.

[7] Ben Smith, *Traffic: Genius, Rivalry, and Delusion in the Billion-Dollar Race to Go Viral*, Londres, Penguin, 2023, pp. 4-8.

[8] *Ibid.*, pp. 20-21.

[9] *Ibid.*, p. 80.

[10] *Ibid.*, pp. 104-105.

[11] Jill Abramson, *Merchants of Truth. The Business of Facts and the Future of News*, Nueva York, Simon & Schuster, 2019, p. 6.

[12] Jorge Javier Vázquez, «'Sálvame', al igual que nuestra sociedad, también está en crisis», Vidas propias (blog), *Lecturas*, 9 de noviembre de 2017, <https://www.lecturas.com/blogs/jorgejavier-vazquez/salvame-igual-que-nuestra-sociedad-tambienesta-crisis_29550>.

[13] «¿Por qué llamó Pedro Sánchez a Jorge Javier en 'Sálvame'?», *La Vanguardia*, 20 de febrero de 2019, <https://www.lavanguardia.com/television/20190220/46596908282/pedro-sanchez-llamadajorge-javier-vazquez-motivo-salvame-libro-manual-de-resistencia. html>.

[14] Simon Kuper, *Chums. How a Tiny Caste of Oxford Tories Took Over the UK*, Londres, Profile Books, p. 141. [Hay trad. cast. *Amigocracia*, Madrid, Capitán Swing, 2023].

[15] Tuit de Rupert Murdoch, 19 de julio de 2015, <https://

twitter.com/rupertmurdoch/status/622558129742573568?s=20&t=ZNJhHEKPLqWuNJcChIblpA>.

[16] Anna Nicolaou y Joshua Chaffin, «Trump and Murdoch's marriage of convenience breaks down after US midterms», *Financial Times*, 11 de noviembre de 2022, <https://www.ft.com/content/0c7da17f-59bc-4c0e-bec4-ef9e0e73fbbc>.

[17] Silvia Sciorilli, «It's the Matteo Salvini summer roadshow», *Politico*, 6 de agosto de 2019, <https://www.politico.eu/article/mcmatteo-hits-the-decks/>.

[18] Aitor Riveiro, «Podemos convierte su programa en un catálogo de Ikea para aumentar su difusión», *elDiario.es*, 8 de junio de 2016, <https://www.eldiario.es/politica/podemos-convierte-ikeaaumentar-difusion_1_3960404.html>.

[19] Juan José Mateo, «La guerra mediática de Miguel Ángel Rodríguez en favor de Ayuso», *El País*, 8 de marzo de 2022, <https://elpais.com/espana/madrid/2022-03-06/la-guerra-mediatica-demiguel-angel-rodriguez-en-favor-de-ayuso.html>.

[20] Eitan Hersh, *Politics is for Power. How to Move Beyond Political Hobbyism, Take Action, and Make Real Change*, Nueva York, Scribner, 2020, p. 3.

[21] *Ibid.*, p. 4.

[22] *Ibid.*, p. 8.

[23] *Ibid.*, p. 18.

4. «LA POLÍTICA MÁS PROFUNDA Y RADICAL SURGE DE NUESTRA IDENTIDAD»

[1] «The Combahee River Collective Statement», Internet Archive, <https://web.archive.org/web/20170224021117/http://circuitous.org/scraps/combahee.html>.

[2] George Packer, *Last Best Hope. America in Crisis and Renewal*, Londres, Jonathan Cape, 2021, p. 126.

[3] *Ibid.*, p. 126.

[4] *Ibid.*, p. 130.

[5] José Luis Pardo, *Estudios del malestar. Políticas de la autenticidad en las sociedades contemporáneas*, Barcelona, Anagrama, 2016, p. 290.

[6] Marina Pastor, «¿Es Podemos un partido feminista?», *ctxt*, 26 de

diciembre de 2017, <https://ctxt.es/es/20171220/Firmas/16890/feminismo-podemos-votantes-hombres-mas-que-mujeres. htm>.

[7] *Feminismo en movimiento para todas*, <https://imagenes.diario16.com/wp-content/uploads/2017/02/Feminismo_en_Movimiento_para_Todas.pdf>.

[8] Marta Borraz, «Así son las propuestas feministas de los sectores de Podemos para Vistalegre 2», *elDiario.es*, 26 de enero de 2017, <https://www.eldiario.es/sociedad/propuestas-feminismo-sectores-podemos-vistalegre_1_3622937.html>.

[9] Desirée de Fez, «Mar García Puig: "La locura no se puede atajar totalmente, hay que aceptar que está ahí"», *El Periódico*, 31 de marzo de 2023 <https://www.elperiodico.com/es/ocio-y-cultura/ 20230331/mar-garcia-puig-libro-locura-entrevista-85447138>.

[10] «Palabras del Secretario General en la Cumbre para la aprobación de la agenda para el desarrollo después de 2015», 15 de septiembre de 2015, <https://www.un.org/es/sg/messages/2015/sdg_summit_2015.shtml>.

[11] Simon Clark y Will Louch, *The Key Man. How the Global Elite was Duped by a Capitalist Fairy Tale*, Londres, Penguin, 2023, p. 146.

[12] Pacto Mundial, *Who Cares Wins. Connecting Financial Markets to a Changing World*, 2004, <https://www.unepfi.org/fileadmin/events/2004/stocks/who_cares_wins_global_compact_2004. pdf>.

[13] Milton Friedman, «A Friedman doctrine. The Social Responsibility Of Business Is to Increase Its Profits», *The New York Times*, 13 de septiembre de 1970, <https://www.nytimes.com/1970/09/13/archives/a-friedman-doctrine-the-socialresponsibility-of-business-is-to.html>.

5. LA INTERNACIONAL NACIONALISTA

[1] Luis Doncel, «Merkel presiona a los socios de la UE para que acepten acoger a refugiados», *El País*, 4 de septiembre de 2015, <https://elpais.com/internacional/2015/08/31/actualidad/1441030530_048333.html>.

[2] Patrick Temple-West, «Trump calls German chancellor's immigration moves 'insane'», *Politico*, 11 de octubre de 2015, <https://

www.politico.com/story/2015/10/donald-trump-immigrantsangela-merkel-214648>.

[3] Timothy Garton Ash, *History of the Present. Essays, Sketches, and Dispatcher from Europe in the 1990s*, Nueva York, Vintage Books, 2000, p. 50. [Hay trad. cast.: *Historia del presente*, Barcelona, Tusquets, 2012].

[4] Fintan O'Toole, *Un fracaso heroico. El Brexit y la política del dolor*, Madrid, Capitán Swing, 2019, p. 89.

[5] Ivan Krastev, *After Europe*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2017, pp. 103-104. [Hay trad. cast.: *Europa después de Europa*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2019].

[6] Comité Nacional Republicano,Growth & Opportunity Project, 18 de marzo de 2013, <https://www.wsj.com/public/resources/documents/RNCreport03182013.pdf>.

[7] Benjamin R. Teitelbaum, *War for Eternity. The Return of Traditionalism and the Rise of Populist Right*, Londres, Penguin, 2021, p. 82.

[8] «Full text: 2017 Donald Trump inauguration speech transcript», *Politico*, 20 de enero de 2017, <https://www.politico.com/story/2017/01/full-text-donald-trump-inauguration-speechtranscript-233907>.

[9] Ivan Krastev y Stephen Holmes, *La luz que se apaga. Cómo Occidente ganó la Guerra Fría pero perdió la paz*, Barcelona, Debate, 2019, p. 97.

[10] Anne Applebaum, *Twilight of Democracy. The Seductive Lure of Authoritarianism*, Nueva York, Doubleday, 2020, p. 16. [Hay trad. cast.: *El ocaso de la democracia. La seducción del autoritarismo*, Barcelona, Debate, 2021].

[11] Lionel Barber, Henry Foy y Alex Barker, «Vladimir Putin says liberalism has 'become obsolete'», *Financial Times*, 28 de junio de 2019, <https://www.ft.com/content/670039ec-98f3-11e99573-ee5cbb98ed36>.

[12] Guy Chazan, «Europe's top rightwing politicians gather in Koblenz», *Financial Times*, 21 de enero de 2017, <https://www.ft.com/content/d712b906-dff2-11e6-8405-9e5580d6e5fb>.

[13] «Discurso de Santiago Abascal en la cumbre de Coblenza (Alemania)», Vox España, YouTube, 23 de enero de 2017, <https://www.youtube.com/watch?v=O1wwSICsa9Y>.

[14] Teitelbaum, *War for Eternity*, p. 93.

6. LA GRAN RUPTURA

[1] Luis Miller, *Polarizados. La política que nos divide*, Barcelona, Deusto, 2023, p. 57 y ss. de la edición Kindle.

[2] «Fiscal Year 2023-24. Framework for Freedom Budget», <https://www.flgov.com/wp-content/uploads/2023/02/FY-2324-Governor-Rec-Budget-Highlights-FINAL-1.31.23.pdf>.

[3] Administración de Información Energética de Estados Unidos (EIA), «Highlights for appliances in U.S. homes by state, 2020», marzo de 2023, <https://www.eia.gov/consumption/residential/data/2020/state/pdf/State%20Appliances.pdf>.

[4] Michael Smith, «DeSantis Proposes Tax Exemption for Gas Stoves, Ridicules Talk of Ban», Bloomberg, 2 de febrero de 2023, <https://www.bloomberg.com/news/articles/2023-02-02/gasstoves-in-florida-would-be-tax-exempt-with-desantis-proposal>.

[5] Ezra Klein, *Por qué estamos polarizados*, Madrid, Capitán Swing, 2021, p. 32.

[6] Benjamin R. Teitelbaum, *War for Eternity. The Return of Traditionalism and the Rise of Populist Right*, Londres, Penguin, 2021, p. 120.

[7] Pablo Simón, «The Multiple Spanish elections of April and May 2019: the impact of territorial and left-right polarisation», *South European Society and Politics* 25(3-4), 2020, <https://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/13608746.2020.1756612?journalCode=fses20#.XrE8qRCehow.twitter>; y «Two-bloc Logic, Polarisation and Coalition Government: The November 2019 General Election in Spain», *South European Society and Politics* 25(3-4), 2020, <https://www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/13608746.2020.1857085?src=recsys>.

[8] Klein, *Por qué estamos polarizados*, p. 113.

[9] Sofía Pérez Mendoza y Raúl Sánchez, «El perfil de los no vacunados, según el CIS: jóvenes, de Vox o abstencionistas», *elDiario.es*, 22 de noviembre de 2021, <https://www.eldiario.es/sociedad/perfil-no-vacunados-cis-jovenes-vox-abstencionistas_1_8513258. html>.

[10] Marcel Fürstenau, «Germany's Querdenker COVID protest movement», Deutsche Welle, 3 de abril de 2021, <https://www.dw.com/en/meet-germanys-querdenker-covid-protest-movement/

a-57049985>.

[11] Eoin Higgins, «Not Getting Vaccinated to Own Your Fellow Libs», *The Atlantic*, 22 de septiembre de 2021, <https://www.theatlantic.com/ideas/archive/2021/09/what-do-lefty-anti-vaxx ers-do-now/620092/>.

[12] Miller, *Polarizados*, p. 42.

[13] Javier Salas, «Una pandemia de falsos dilemas que polarizan y confunden a la población», *El País*, 3 de diciembre de 2020, <https://elpais.com/ciencia/2020-12-02/una-pandemia-de-falsosdilemas-que-polarizan-y-confunden-a-la-poblacion.html>.

[14] «70% of Germans back Ukraine despite high energy prices, survey shows», *Reuters*, 15 de julio de 2022, <https://www.reuters.com/business/energy/70-germans-back-ukraine-despite-highenergy-prices-poll-2022-07-15/>; «Siete de cada diez españoles apoyan el envío de armas, según el CIS», *Europa Press*, 17 de marzo de 2022, <https://www.europapress.es/nacional/noticia-siete-cadadiez-espanoles-apoyan-envio-armas-ucrania-cis-2022031715 4311.html>.

[15] Nic Newman, *Journalism, Media and Technology Trends and Predictions 2023*, Reuters Institute for the Study of Journalism, Universidad de Oxford, 2023, <https://reutersinstitute.politics.ox.ac.uk/sites/default/files/2023-01/Journalism_media_and_technolo gy_trends_and_predictions_2023.pdf>.

[16] CIS, «Barómetro de febrero 2023», 1 de febrero de 2023, <https://www.cis.es/cis/opencm/ES/1_encuestas/estudios/ver.jsp?estudio=14692>.

EPÍLOGO. LA TRANSICIÓN INACABADA

[1] Richard Hofstadter, «The Paranoid Style in American Politics», *Harper's*, noviembre de 1964, <https://harpers.org/archive/1964/11/the-paranoid-style-in-american-politics/>.

[2] Ramón González Férriz, «No es revolución verde, sino modernización», entrevista con Adam Tooze, *Política Exterior*, 1 de enero de 2022, <https://www.politicaexterior.com/articulo/no-es-revolucion-verde-sino-modernizacion/>.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Índice